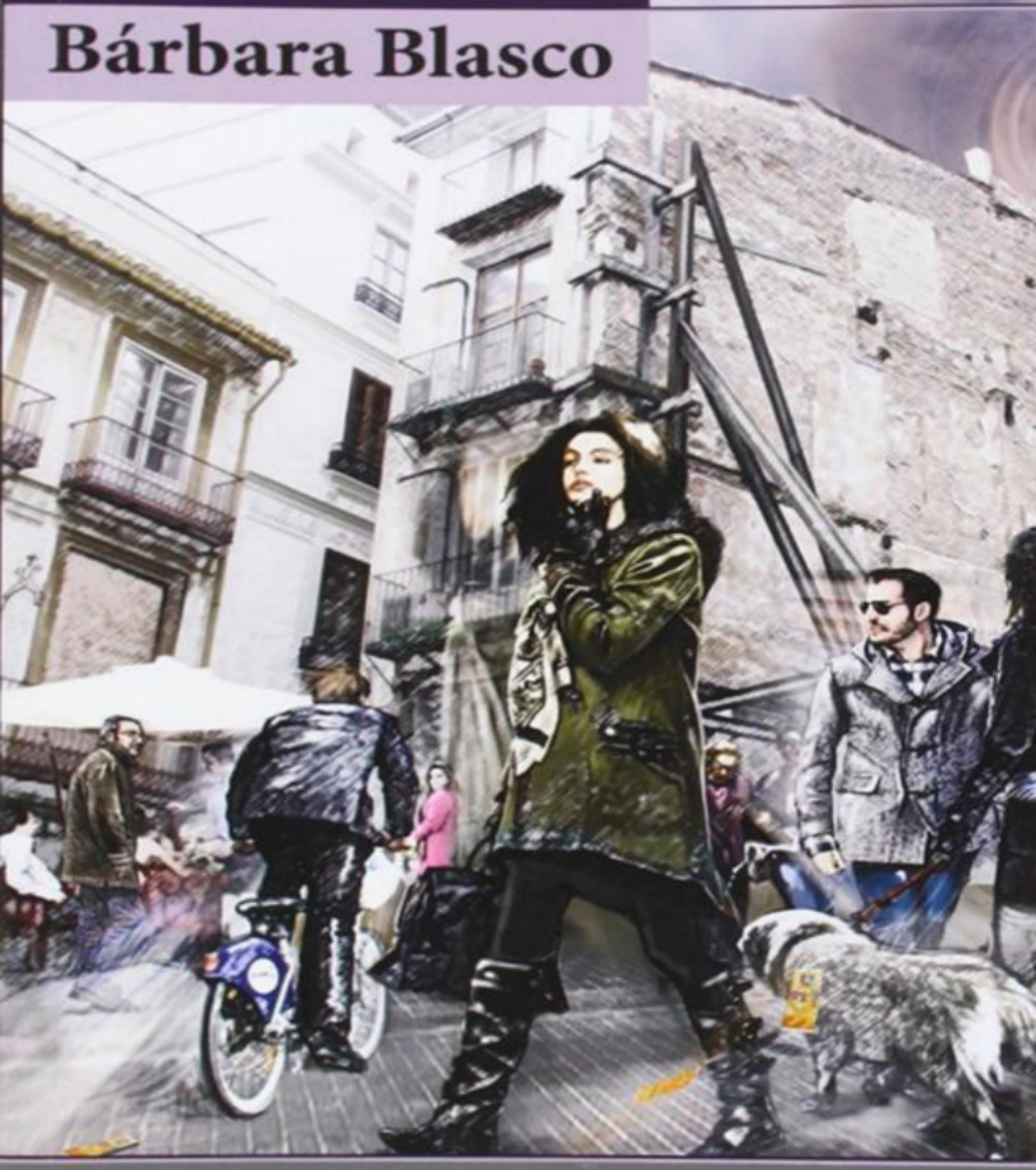
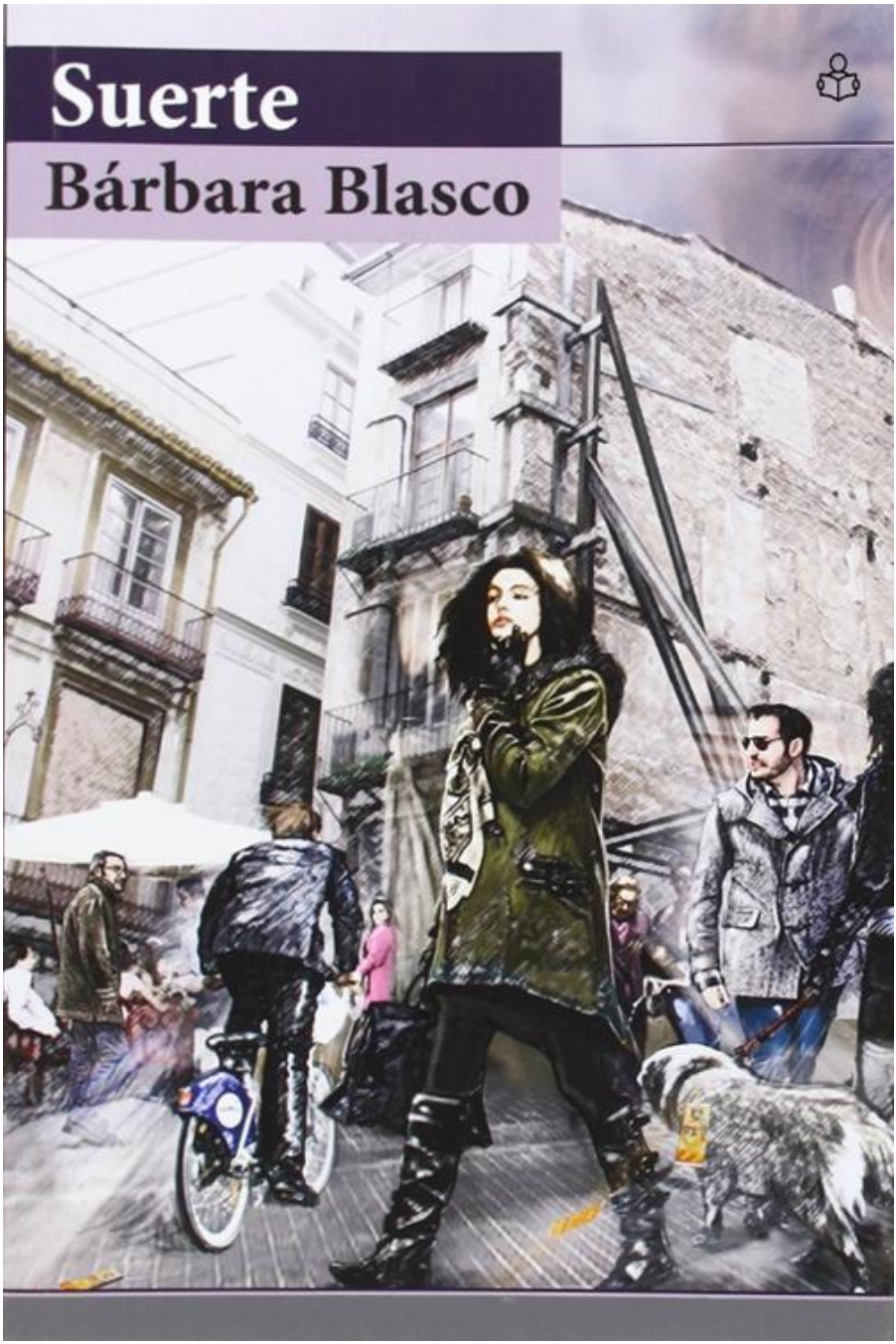
Suerte

Bárbara Blasco





Suerte es una palabra extraña, diversa; un territorio vasto y complejo disputado, a la vez, por lo fortuito (el azar) y el éxito (la fortuna). Pero «suerte» es también la casualidad a la que se fía la resolución de una cosa.

Adela, un ama de casa en las puertas de la madurez, con los hijos ya criados, hastiada de la rutina y de una vida vacía («robada»), descubre un día que ya no soporta a su marido, Raúl, un profesor de literatura francesa, enterrado en sus propias rutinas y alimentado de citas en las que está dejando de creer. Arrastrada por su propio desconcierto, Adela recurre al azar del tarot para que le ayude a escapar de su destino. Pero la irrupción de este elemento, ajeno por completo a ellos, va a desencadenar un insólito vuelco en sus vidas.

Suerte indaga en el laberinto inconmensurable de la vida moderna, donde todo el mundo está perdido, y tan fácil es buscar salidas absurdas. Con un lenguaje vigoroso y actual, moderno e intuitivo, Bárbara Blasco traza en esta, su primera novela, un retrato vivo y certero del naufragio contemporáneo.

Bárbara Blasco

Suerte

A F. B., mi suerte

«Pero nada eleva el corazón de un modo tan espléndido como la caída de

un hombre en lucha contra

el predominio invencible del destino».

STEFAN ZWEIG

Agradecimientos

A Martí Pallás, a Miquel Martínez, a Fede Rojas y a Manuel Turégano por su impulso

en las distintas fases de cocción de esta novela.

UNO

La televisión escupía incansable sus mensajes: dos figuras exasperadas discutían sin pudor en el canal siete, risas enlatadas tras un chiste fácil en una telecomedia americana, calculadamente ácida, en el seis. El dedo de Raúl se detuvo en el cinco, en el pseudodebate sobre las infidelidades del marido de una folclórica, cansado de la errante búsqueda. Pero pronto la presentadora, de escote vertiginoso, cortó limpiamente a sus invitados para dar paso a unos breves consejos publicitarios.

No nos dejen, volvemos en un suspiro.

Millones de anuncios publicitarios. Curiosamente, fueron ellos los que lograron captar su atención, atrapándolo entre sus cálidas promesas, aislándolo en un dulce vacío. Se sorprendió, los ojos fijos en la pantalla, hipnotizado por una leve música, observando con extrema atención cómo un coche, del que más tarde no recordaría la marca ni el modelo, se deslizaba por la calzada de seda, al ritmo de una suave canción pop interpretada por una voz aniñada, susurrante de pasión. Solo una voz. La prodigiosa voz de una Lolita atemporal, vestida de algodones, los labios dulces como el algodón dulce, la mirada velada de una sutil nostalgia que ninguna de sus sonrisas adolescentes podría ocultar.

La opresión en la vejiga lo conminó a salir de su ensoñación. El sonido del chorro de orín reverberó en las paredes alicatadas. Con la banda sonora de su Lolita resonando dentro, observó su imagen rebotada en el espejo: cuarenta y nueve años de tez morena, de facciones marcadas, de ojos hundidos, sombreados por los bordes, como los de un mapache inofensivo. No le gustó lo que vio.

Tampoco le desagradó.

Había llegado en el vuelo de las 8.40, en un día que amaneció gris, custodiado por espesas nubes que terminaron por desplomarse sobre

la pista de aterrizaje. Y nada más traspasar la puerta de la habitación 412, con la placentera anestesia que producen los días nublados, se había tendido sobre la cama y le había dado al mando, dejando que el tiempo se enredara indolente entre las 625 líneas.

No sabía qué cantidad exacta de tiempo.

Odiaba la televisión. Le encantaba ver la televisión en los hoteles. Le gustaban los hoteles, le gustaban los viajes de trabajo, escapar a la rutina y adentrarse en las fauces de la ciudad extraña.

En ese espacio doblemente ajeno —ciudad extraña, habitación extraña — sentía más que nunca que pertenecía a este mundo, que sus raíces se aferraban con desconocido vigor a la tierra. Que encajaba por fin en algún lugar, de manera casual aunque perfecta, como esas piezas que encastran los bebés con sus torpes manos en el vacío que desaparece con su forma.

Menos por menos es más. Desde que aprendió esa regla matemática siendo niño, no había dejado de aplicarla a su vida. Y

no fue un descubrimiento fácil, no, a su pequeña lógica le costó comprender que el resultado de multiplicar dos números negativos fuera positivo. La misma perplejidad que al dividir su número mágico, el ansiado y perfecto diez entre tres, y hallar de pronto el infinito.

Con el tiempo, se había acostumbrado a convivir con la paradoja, a hallar infinitos placeres en actos aparentemente banales y hasta repudiables, como ver televisión basura por la mañana comiendo una latita de cacahuetes del minibar, o sentirse como en casa, mejor que en casa, en un hotel extraño de una ciudad extraña.

—Ella sabía que él la engañaba, pero la pregunta es: ¿sabía él que ella sabía que la engañaba?

Los enormes pechos habían vuelto. La presentadora inclinó su cuerpo hacia delante, dejando asomar el canalillo, mientras esperaba respuesta al trabalenguas por parte del tertuliano de su izquierda, uniformado con traje y corbata impecables.

Raúl se tendió de nuevo sobre la cama, en línea con el imaginario azarbe que discurría entre aquellos senos, mientras se imaginaba a sí mismo respondiendo de forma razonada una de aquellas preguntas.

En un par de horas, él mismo estaría frente a un auditorio, impartiendo su conferencia: «El compromiso social y la fantasía en los

autores del *boom* latinoamericano». Y tras ella, abriría a su vez un turno de preguntas, no menos estúpidas, que masticaría lentamente antes de escupir respuestas, no menos estúpidas, con su traje y su corbata igualmente impecables. Podía haber elegido otro título, pero eso era lo de menos. A menudo, a partir de estúpidos encabezamientos se llegaba a importantes conclusiones.

Lamentó haberse perdido la respuesta del tertuliano con sus disquisiciones. Atisbo la posición de las manecillas del reloj. Aún quedaba casi una hora para que vinieran a por él. Se aferró con fuerza al mando a distancia y navegó sin rumbo fijo. Transitó del canal de deporte al de cocina macrobiótica, del de música latina al de leones tumbados al sol, haciendo escala en un magazín chileno que presentaba el hombre con la cara más triste que jamás hubiera visto.

Un toque más y su dedo quedó anclado en la tecla Pr+, y su mirada varada en una gorda de pelo seco como la paja, que le habló directamente a los ojos mientras una segunda voz sin rostro le atravesaba las entrañas, con el furor de un cohete espacial.

En un movimiento instintivo, apartó los pies calzados de la cama.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo, Morgana.

—Hola de nuevo, Piscis. Te echábamos de menos esta semana.

¿Cómo estás?

—… Bien. Estoy bien.

El tono de Piscis contradecía vivamente sus palabras.

—Un poco más animada que la última vez. Puede que sea la primavera, o puede que sea porque él está fuera unos días. Pero ya no aguanto más esta situación, Morgana, no lo soporto.

Silencio. Tal vez Piscis estuviera estrangulando lágrimas en su

garganta para seguir alumbrando más palabras.

—Venga, querida Piscis, quiero que te animes. Vas a hacerme ese favor, ¿verdad? Tú me prometes que te vas a animar, y nosotras vamos a ver qué nos dicen las cartitas…

La gorda le hablaba a la voz etérea como a una niña estúpida, pero eso no parecía molestar a Piscis que, más bien al contrario, parecía

hallar consuelo en sus palabras.

—¿Quieres que miremos cómo se presenta el panorama en el tema amoroso? ¿A ver si llega pronto esa separación que tanto deseas?, ¿si se avista otra persona en el horizonte?

La vidente comenzó a barajar las cartas y a desplegarlas sobre el tapete de terciopelo negro en el que estaban impresos los doce signos del zodíaco. Con cada movimiento de sus extremidades superiores, bailaban sus dañosas carnes. Cada vez que extendía su brazo rematado en cinco uñas rojo sangre, se producía un ligero seísmo, cuyo epicentro se localizaba bajo el tectónico pecho.

—No. Prefiero que esta vez me mires cómo me va a ir en el terreno laboral. Creo que es la única forma de librarme de él.

—Como quieras, corazón.

Las cejas de la vidente se fruncieron formando un acento circunflejo para, acto seguido, volver a su línea recta original.

—Parece que no se presenta nada mal, amiga Piscis. Aquí tenemos la carta de la sacerdotisa, junto con la de la rueda de la fortuna, que apuntan a un cierto equilibrio económico. Veo algunas dificultades iniciales, no te lo voy a negar, la carta del loco está actuando como un poderoso freno. Pero veo algo, puede que no sea el trabajo de tu vida, puede que no vayas a cobrar un sueldazo, pero es un principio. Y ya sabes, hasta Amando Ortega empezó vendiendo batas de guatiné.

La vidente rio su propia gracia. Piscis no rio.

Tras unos cuantos consejos más que no encontraron contrapunto sonoro alguno, despidió a su interlocutora para dar paso a una nueva llamada, como quien gira una esquina por la que jamás volverá a pasar.

Raúl permaneció inmóvil, los ojos anclados en la pantalla, sin escuchar lo que la gorda decía, pero viéndola hablar a la cámara, desencadenar nuevos microseísmos con el movimiento de sus brazos.

En la esquina derecha de la habitación, su Lolita le sonreía ahora con una tristeza tres tonos más amarga mientras le susurraba su canción, que sonaba cada vez más lejana, cada vez más metálica.

El tiempo se espesó hasta quedar comprimido en una pequeña cápsula.

Por fin, el dedo de Raúl, provisto de una sobrevenida autonomía, apagó la tele y su cuerpo se desplazó hasta el portatrajes.

Se vistió, siguiendo un preciso ritual: deslizó roll on por las axilas, se abotonó la camisa rosa palo, se anudó la corbata granate, se enfundó los pantalones gris marengo, se caló la chaqueta a juego, se peinó las cejas con el índice ensalivado.

Pero fue otro el que descendió al vestíbulo del hotel, otro el que esperó un tiempo indeterminado hasta que Miguel Ángel, el corpulento profesor de literatura hispanoamericana, con aspecto de camionero bajo el traje, apareció para conducirlo hasta la universidad donde impartiría su conferencia. Otro el que habló del compromiso social en la obra de Cortázar, de su fantasía solidaria, de la actualidad de su Fantomas contra los vampiros multinacionales. Otro el que estuvo brillante a tenor de los comentarios posteriores, aunque él, ni aun sometido a la más concienzuda de las torturas, hubiera sido capaz de recordar una sola de las palabras pronunciadas ante el nutrido auditorio.

Otro el que regresó al hotel, ansioso de recuperar su empeñada soledad.

Solo entonces pudo comprobar cómo se unían por la cola dos momentos distantes en el tiempo. Y ese otro supo que el lapso transcurrido entre ellos no había sido más que un amable paréntesis, una ristra de anuncios publicitarios entre programa y programa, un bonus de vida regalada, tan falsa como la de un videojuego.

Lo peor de todo es que su mujer ni siquiera era Piscis. Pero hubiera reconocido su voz entre miles de voces. Con una sola palabra, con la leve aspiración para tomar aire.

DOS

Está muerto.

Celia no pudo descifrar el significado exacto de las palabras de Andrés. Su mente permanecía encadenada a la música machacona que sonaba fuera, pujando por acabar pronto y dejar atrás aquella escena, de un sonoro portazo. La voz de Andrés le llegaba por encima de la caja de ritmos, como una molesta distorsión. Prefería creer que se trataba de un juego más de la noche, de otra broma a la que no encontraba la gracia cuando iba tan pasada. Las relaciones se estrechaban cuando hacían cola para entrar en los servicios, podía palparse el calor de la complicidad, la excitación de la experiencia

compartida. Pero esa sensación se disipaba sin más, como la niebla en la proximidad, y en el horizonte solo quedaba el deseo feroz de concentrarse en ella misma y en los efectos de lo que se estaba metiendo. Un tándem en el que no cabía nadie más.

Y las conversaciones se tornaban abundantes pero vacías de contenido, y las palabras tan urgentes como innecesarias.

Lo cierto es que Tino no se movía. Permanecía tirado junto al váter, la cabeza echada a un lado, la baba fluyendo impertérrita por su barbilla. Había algo grotesco en su pose, como si hubiera resbalado haciendo el payaso y adoptado esa postura imposible para hacerles reír. De hecho, Celia estuvo a punto de reírse, pero le entró tos y no quiso que ni un ápice de la raya que acababa de esnifar escapara por la puerta falsa de las aletas de su nariz.

—Tino, tío, despierta, di algo.

Andrés sacudía su cuerpo por enésima vez, mientras Celia calificaba mentalmente la escena de *telefilm* de sobremesa, con clara sobreactuación actoral.

Tino no podía estar muerto. Morirse es algo reservado para la gente normal, que tiene una vida normal que teme perder de forma anormal.

Lo miró fijamente, esperando que despertara, borracho, pasado, hundido, pero riéndose de ellos, sobre todo de Andrés por el numerito que estaba montando. Pero Tino seguía empeñado en no moverse.

Andrés le espetó:

—Busca a alguien, y date prisa, que esto va en serio.

Se alegró de poder huir de allí, aunque fuera para seguir como una autónoma la incómoda orden. Caminó sin saber a dónde dirigirse, sorteando a los que le salían al paso con la gracia de una bailarina mientras el amargo dulzor descendía por su garganta y la anestesia escalaba hasta su labio superior. Una agradable sensación, tan agradable como inoportuna, comenzaba a rellenarla sin resquicios. La música house se acompasaba al palpitar de su corazón, al bombeo cadencioso de su sangre, y más que andar, flotaba entre la multitud, a golpe de pliés, componiendo arabescos en mitad de la pista donde sonaba una lejana melodía setentera, machacada a martillazos por la electrónica.

A pesar de la dulce sensación de la coca, algo dentro, como un

abejorro en un hermoso día de campo, zumbaba en su cabeza.

Se dirigió a la puerta de la discoteca, donde recordaba a la persona de más autoridad: el portero, calvo, de la edad de su padre, de bigote cerrado y enormes brazos. Esperó a que pasara el grupo de minifalderas excitadas ante las expectativas de la noche, y solo entonces se acercó a él. Trató de no mirarle a los ojos cuando le dijo:

—Hay un chico tirado en los lavabos, creemos que está mal.

Era una extraña la que hablaba. Un extraño el que estaba tendido junto al váter, sobre el inmundo suelo. Un chico, un indeterminado. Tino, el mismo Tino que la llevaba en coche a la facultad, el mismo Tino con el que se dio un par de morreos hacía solo unas semanas, nada serio, algo de lo que se arrepintió al

instante.

El calvo, sin inmutarse, habló por el walki.

TRES

—El gran valor de la obra de Proust no reside, o no reside solo, en los soberbios retratos de la sociedad de su época, en su lenguaje preciosista, en las minuciosas descripciones interiores de sus personajes, en la certera disección que hace de sus emociones, sino en su planteamiento filosófico del tiempo. Siguiendo la estela del filósofo Henri Bergson, Proust consiguió captar el fluir del tiempo, atraparlo entre las páginas de esa grandiosa obra, En busca del tiempo perdido, compuesta por siete volúmenes, escritos entre 1908 y 1922.

Raúl daba la tercera clase del día. Se sabía de memoria el discurso porque hacía más de veinte años que lo repasaba en público. Carraspeó. Hoy sin embargo le costaba proyectar la voz que se empeñaba en aferrarse a su garganta, temerosa de caer al vacío y estrellarse contra el silencio espectral del aula.

—A menudo, decía Proust, estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas. El escritor supo percibir el tiempo más allá de las convenciones espacio-temporales, un tiempo que no existe fuera de nosotros, que no sobrevive al contacto con el aire. Un tiempo compuesto de pasado, de presente y de futuro, en cantidades únicas, intransferibles. Una construcción subjetiva en la que la memoria juega un papel fundamental. Y es que a medida que avanzamos por ese túnel temporal, seleccionamos, reinterpretamos, reconstruimos nuestros propios recuerdos, dotándolos de un nuevo

significado. En definitiva, creamos nuestro propio tiempo: un tiempo amasado de infancia, de deseos, de pasiones, de remordimientos. De todos los tiempos posibles.

Se quedó mirando fijamente el paisaje tras la ventana, sin poder apartar la vista.

—El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón.

Sus propias palabras le sorprendieron.

—El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón, afirmó Proust.

Si, la frase era del escritor, pero ¿a qué santo venía?

—El escritor exploró los abismos de la psique humana, las motivaciones inconscientes y la conducta irracional, sobre todo en relación con el amor —trató de justificarse.

Decenas de ojos lo observaban con recelo. Miradas ávidas, pupilas que huían inquietas en cuanto se posaban las suyas sobre ellas.

Solo al fondo de la sala, unos ojos brillantes, muy negros, le devolvieron algo de vida. Se concentró en esos ojos mientras trataba de insuflar oxígeno a su discurso, verbo muerto suspendido en el aire.

—El escritor distinguía entre memoria voluntaria y memoria pura o involuntaria. La primera es aquella que no está ligada directamente a nuestra experiencia, son los recuerdos que decidimos traer conscientemente al presente… eh… La segunda es la memoria afectiva, la que se produce como un fogonazo que nos traslada al pasado de forma involuntaria. Es la famosa magdalena.

La ventana le atraía de forma inexorable. El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón. De nuevo se coló esa frase y tras ella la espalda muda de Adela, su nuca hierática. Esta vez, se abstuvo de pronunciarla en voz alta. Tenía que seguir, tenía que recuperar la concentración. Sus silencios se le antojaron eternos. El cansancio comenzaba a ser insoportable.

—Para Proust, la única forma de atrapar el tiempo se daba a través del arte. Solo así, reconstruida por el recuerdo y aprehendida en una obra de arte, la vida cobra verdadero sentido. «La verdadera vida es la vida atrapada, recompuesta y comprendida en la literatura, vivida a través de la literatura».

Leyó la frase que tenía apuntada pero que se sabía de memoria.

Conocía multitud de citas de sus escritores preferidos, pero no quería parecer pedante, por eso fingía leerlas. Y sin embargo, esas citas que siempre lo habían transportado a un lugar preeminente, desde el que la tierra se divisaba pequeña y segura, eran hoy una retahíla de vacías oraciones sintácticas que no lograban hacerle despegar ni un milímetro del suelo.

Los rostros boquiabiertos, de ojos muertos, como pescados sobre el hielo picado del mostrador, seguían observándolo. Raúl tembló ligera, imperceptiblemente. Buscó de nuevo los ojos negros, como un faro en la inmensidad del océano.

Celia, distraída, se dejaba mecer por las palabras del profesor como por un mar de fondo, embelesada por el rumor de sus olas.

De pronto, una ola rompía más fuerte en la orilla: «El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón». El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón, anotó. Intentó recordar la cara de Proust sin éxito. Se preguntó si fue feliz. La imagen que tenía de él era la de un hombre triste, feúcho y enfermo. Pero le reconfortaba que estuviera muerto. Todo parecía banal, incluso la muerte, en cuanto uno se distanciaba cien años de ella. ¿Fue Tino consciente de toda esta banalidad? Repasó aquella noche, una de esas noches intrascendentes en las que no esperas que suceda nada, si acaso matar el aburrimiento a golpe de sensaciones fuertes, aunque sean artificiales, y se acaba matando el conjunto. Como cuando uno quiere sacar una mancha y estropea la camisa entera.

Repasó cada hora, cada minuto de aquel día, tratando de captar alguna señal que anunciara el fatídico fin. Como si los que fueran a morir destilaran un olor característico, un aura fluorescente que permitiera intuir su aciago destino, aunque Fuera *a posteriori*. Como si, con solo un pequeño esfuerzo de atención, ella debiera haber detectado la inminencia de esa muerte en el gesto de encenderse un cigarrillo, de echarse la chaqueta sobre los hombros.

Le pareció que el profesor la miraba fijamente sin verla, mientras seguía hablando de Proust a través de ella, de su cuerpo transparente que las palabras horadaban.

También esa noche ella tuvo la sensación de carecer de límites físicos hasta que la realidad le devolvió un cuerpo de hormigón que se desplomó sobre la cama, tras más de cuarenta horas sin dormir.

El médico del hospital, que era muy joven, informó de que la mezcla de éxtasis, cocaína y alcohol resultó un cóctel explosivo. A Tino le hubiera encantado la expresión, lo imaginó diciendo: «Esta noche me voy a tomar un cóctel explosivo», con esa mirada siniestra que a veces inventaban sus ojos.

El médico, siempre serio y circunspecto, y que tenía pelos que le salían de las orejas a pesar de ser muy joven, dictaminó que Tino había reventado por dentro, que su hígado, sus pulmones, su corazón, habían reventado. Ese fue el diagnóstico. O acaso Celia, que no pudo dejar de mirar esos pelos que asomaban como ratas por la madriguera, ya no escuchó el resto de la explicación.

Cuando se lo llevaron de aquel cuarto de baño, estaba prácticamente en coma, doscientas pulsaciones por minuto y más de cuarenta grados de fiebre. En sus bolsillos encontraron un par de pastillas destinadas a ser ingeridas en horas que ya no le pertenecieron. Al analizarlas, los resultados revelaron que, además de éxtasis y anfetamina, contenían restos de polvos de talco, de ladrillo machacado y de matarratas. Matarratas que ella misma probó.

A menudo creemos que el presente es el único estado posible de las cosas. El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón.

Releyó las dos únicas frases que componían sus apuntes, y le pareció que se comunicaban entre ellas. Pero no pudo descifrar en qué idioma.

En la sala de espera, las horas pasaron como minutos y los minutos como horas. De todo el tiempo que permaneció sentada junto a Andrés, sin pronunciar una sola palabra, soportando el bajón de la coca y el éxtasis, apenas recordaba la máquina de bebidas

que tenía enfrente, la marca de agua estampada que leyó infinidad de veces, como si a fuerza de repetir aquellas letras, su mente fuera a aclararse. Como si a través del azul claro de Fontvella penetrara en un mundo más simple, infinitamente más limpio. Y de nuevo pensamientos estúpidos como qué pensaría la novia del médico cuando hicieran el amor y ella le mordisqueara las orejas.

No hablaron Andrés y Celia en ningún momento. Ni siquiera cuando el médico de la rata en las orejas reapareció y, con ojos duros como diamantes, les comunicó que Tino había muerto, manteniendo su mirada fija en ellos para que les rasgara lo más posible.

Muerto. Como si aquello significara algo. Celia solo pensó en su boca seca, y en toda esa agua atrapada, fresca y azul, tan cerca.

Abandonó el hospital antes de que llegara la familia de Tino. No quiso enfrentarse a ellos y tampoco quiso ir al entierro, convencida ya de que no encontraría la cara que poner.

Y aunque había transcurrido más de un mes desde aquel 12 de abril, aún se sorprendía esperando encontrarlo a la salida de la facultad, ver su nuca caminar delante de ella, su coche mal aparcado en doble fila.

—Proust colocó la palabra «Fin» al terminar el manuscrito de su obra maestra, cinco años antes de su muerte, en 1922. Y sin embargo, la siguió reescribiendo hasta el final, hasta el borde mismo de la muerte, demostrando así su teoría de que ningún tiempo es perfecto, de que todo está en constante movimiento y nada se acaba hasta la muerte. Y puede que ni entonces. Pero no teman, esta clase sí tiene fin. Proust buscó el tiempo y lo encontró, a nosotros se nos ha acabado. Hasta lii semana que viene.

Dio por terminada la clase, resignado a que nadie le devolviera una sonrisa cómplice. Al menos esta vez, sus palabras sí provocaron una reacción en el auditorio y decenas de cuerpos despertaron de su letargo para recoger raudos sus folios, bolígrafos y carpetas, como si la vida esperara ansiosa en la calle, como si las clases fueran morir un poco cada día.

Él también recogió los folios que apenas había mirado y los guardó mansamente en su maletín. Se encaminó hacia su despacho, sin volver la vista atrás.

Cada vez estaba más convencido de predicar en un desierto, en una tierra tan baldía que no florecería ni un maldito cactus. A diferencia de un médico que salva vidas, de un agricultor que cultiva alimentos o incluso de un tendero que los vende, su trabajo era perfectamente inútil, radicalmente prescindible. Pensó en Proust y en sus propias palabras que percutieron en su mente —«la verdadera vida es la vivida a través de la literatura»— y su persona se le antojó tan ridícula que sus mejillas se colorearon mientras esperaba el ascensor. Ese discurso que durante años había predicado, orgulloso, esas pomposas y huecas palabras no hacían sino hurtarle el sentido a la vida, ahora lo veía claro. Cómo podía haber sido tan pedante o peor aún, tan ingenuo—, cómo podía haber creído durante años que la literatura era algo trascendental, que saber de literatura era, ni más ni menos, que saber de la vida.

Nadie debería confundir realidad y literatura, determinó, mientras pulsaba con fuerza el botón del ascensor que también parecía

confabularse contra él, ninguneándolo. Literatura y vida son cosas distintas, como la física cuántica y la vida, como la geometría y la vida. Nadie trata de aplicar literalmente la geometría a la vida, nadie piensa en sus congéneres como en triángulos isósceles o en poliedros irregulares. Nadie ve el mundo como una elipse achatada por los polos, con todos los problemas que eso conlleva. Claro que, bien mirado, si él fuera algo más rectangular en vez de ser tan obsesivamente redondo, si ofreciera solo un poco de resistencia en sus aristas, sus pensamientos no se enredarían en aquella noria incansable y tendrían un fin, constreñido entre cuatro puntos, entre cuatro ideas o valores importantes, pero un fin en resumidas cuentas.

Basta ya. Eso era una estupidez. La geometría estaba en la vida pero no era la vida, lo mismo que la literatura, por más que empleara el mismo vehículo de expresión, por más que se

empeñara en confundirse con la realidad camuflada bajo las palabras, no era la vida.

El ascensor llegó justo cuando se disponía a encarar las escaleras. Las puertas se cerraron automáticamente tras él, se sintió a salvo. Con el movimiento ascendente, la maquinaria de su cerebro se ralentizó y una paz flotante se apoderó del pequeño cubículo. Un extraordinario silencio que parecía provenir del interior.

Hasta que, sin previo aviso, una ventosidad rasgó ese silencio.

Una cálida flatulencia, que arrancó como un suspiro, largo tiempo contenido, cuyo timbre fue tornándose agudo, casi desesperado en su desarrollo, como un matasuegras accionado por un borracho al final de la noche. Y poco a poco, un olor nauseabundo alcanzó su nariz, corrompiendo el aire a su alrededor. Raúl sintió el impulso de abrir bien las aletas de su nariz e inhalar ese aire putrefacto, de impregnarse de lo único real que le ofrecía aquella mañana. Como un castigo merecido a tanta impostura. Cerró de nuevo los ojos y aspiró profunda, desesperadamente.

Las puertas del ascensor se abrieron de golpe y se topó de bruces con la jefa del departamento y el catedrático de literatura comparada.

—Vamos a tomar un café a la calle —informó la mujer de torso esbelto, tras saludarlo.

Raúl no supo dirimir si había una invitación velada en sus palabras. Quiso sonreír, pero solo consiguió componer una mueca extraña.

—Hacéis bien. Conviene airearse —respondió.

Y salió, envuelto en su fétido nimbo, rojo como la grana, arrastrando su halo de mofeta. Conviene airearse, repitió para sus adentros. Malditas palabras. Odiaba la trampa de las palabras, de las que no podía escapar y de las que vivía muy a su pesar.

Y es que desde que oyera a su mujer aquel fatídico 12 de abril, esas eran las únicas palabras que le acompañaban, las que habían vaciado de sentido el resto. No lo soporto. No lo soporto. Lo peor de todo era que él, acostumbrado a desvelar las pasiones, los

desvelos, los secretos ocultos tras las palabras de otros, se revelaba incapaz de comprender el sentido exacto, trascendental de aquellas pocas palabras de su mujer.

Tampoco se había atrevido a preguntarle directamente a ella.

Desde que volvió de aquel viaje, se había mostrado cauto, esperando que fuera ella quien tomara la iniciativa, limitándose a devolver a la cancha contraria, sin brillo ni alegría, las pelotas envenenadas con efecto de su adversaria. Como un tenista que se sabe perdedor. Observándola desde la retaguardia, tratando de diseccionarla analíticamente como a uno de sus textos. Primero la forma, el estilo, perfilado en unas profundas ojeras que no había percibido antes, en oscuras raíces aradas de canas que trazaban una adusta frontera con su castaño artificial. Como si todo el tiempo que había estado sin mirarla abiertamente se abalanzara de golpe sobre ella, que se limitó a preguntar:

—¿Toda la ropa de la maleta es para lavar?

Bajo la bata y el aspecto cansado, él encontró hermoso el contenido, *sexy* la decrepitud.

—Sí, pero deja, ya lo hago yo.

Al acercarse a la maleta, su mano rozó la de ella, que estaba fría. Ella lo miró, escéptica y solo añadió:

—Como quieras.

Y se marchó a la cocina a seguir con sus cosas. Pero ¿cuáles eran sus cosas? ¿En qué empleaba ella su tiempo? ¿Qué poblaba su cabeza? ¿Qué la desvelaba por las noches? ¿Qué la hacía levantarse cada mañana? Y sobre todo, ¿desde cuándo creía en las garrapatas teñidas

de rubio que chupaban la sangre de la incultura y la desesperación?

Pasó junto al secretario del departamento que le lanzó una de sus aviesas miradas. Lo saludó, la cabeza gacha. No le pareció oír respuesta alguna, aunque no pudo asegurarlo.

Por fin, entre las cuatro paredes de su despacho, se sintió a salvo. Se descalzó y se acomodó en su sillón, sin más intención que seguir pensando. Y pensó. Pensó que la resaca había devuelto a la

playa a dos extraños que conocían sus costumbres al dedillo pero que desconocían a los dueños tras las costumbres. Pensó que la convivencia arrastraba amargas contradicciones: que llevaba tanto tiempo con su mujer que ya solo podía pensar en sí mismo cuando estaba con ella. De hecho, esa era la mayor queja argüida por ella: eres un egoísta, solo piensas en ti. Y era cierto, pensó. Cuando la veía coger un libro, le sobrevenían súbitas ganas de leer, cuando la veía prepararse un té, sentía irrefrenables deseos del amargor de la hoja en su boca, cuando miraba aquellos ojos pardos, se veía a sí mismo claramente reflejado. Era tan cierto como que cuando estaba lejos de ella, solo podía pensar en ella, y eran sus pasos los que perseguía y su mano ausente la que empuñaba su estilográfica y su voz grave la que resonaba dentro cuando trataba de comunicarse consigo mismo. Pensó que esta paradoja sí le causaba desazón. Y

de nuevo asomó Proust para susurrarle, con una voz que se le antojó femenina: «Solo se ama lo que no se posee totalmente».

Celia recorrió el pasillo de la facultad con la mirada puesta en el suelo, sorteando a los alumnos que zumbaban de forma sostenida.

Le pesaban las piernas. Le pesaban los pocos folios que dormían en su carpeta. No sabía a donde dirigirse, no podía ir a la cafetería, no podía volver al aula. Sentía una presencia constante caminar cerca de ella, unos ojos observándola. Pero no era su perfil, no era su nuca, no era su coche mal aparcado. El presente no es el único estado posible de las cosas, recordó. Pensó que no existía mayor presencia que una ausencia constante.

No pudo permanecer por más tiempo en el edificio.

CUATRO

El mundo es un lugar cruel para una mujer que ha rebasado la curva de los cuarenta. Bien pensado —se puntualizó a sí misma Adela— el mundo es un lugar cruel para la mujer en general. Para cualquier

mujer en particular. Conduzca o no, tenga la edad que tenga. No digamos ya si le da por nacer en África. Será entonces la mano de su propia madre, la misma mano que ha acariciado en la noche los temores aún sin forma, la que un día de sol y moscas, un día idéntico al resto, la arrastre hasta una chabola de adobe, donde otra mano de mujer, esta vez la de una vieja siniestra, sin ansia de sangre, en el frío nombre de la tradición, le arrebate con un cuchillo de descuartizar animales ese botón mágico capaz de suspender la gravedad. Con la impunidad de los que asestan golpes profundos, pero no mortales.

Adela cruzó las piernas, embutidas en unas medias tupidas que disimulaban los varicosos riachuelos que fluían por sus piernas. Se felicitó internamente por conservar intacto su clítoris, aunque hiciera tiempo que no lo usara.

—Depilación con láser, lo mejor, te lo aseguro, no duele nada y en pocas sesiones te olvidas del pelo para siempre. A la larga, resulta mucho más barato que la cera. Yo lo llevo todo depilado.

Inclinada sobre su amiga, la chica del anuncio improvisado hablaba en susurros. El silencio en la sala impulsaba sus palabras que llegaban intactas a los oídos de Adela.

No era guapa, pero creía serlo. Cabello cobrizo, largo y rizado, cara salpicada de pecas, dientes saltones.

—¿Pero todo, todo? —quiso saber la amiga, morena, de nariz aguileña y bonitos ojos color miel.

—Todo —declaró la otra con satisfacción.

—Pero… ¿y si vuelve a ponerse de moda el pelo?

—Mujer —replicó la pelirroja—, el pelo siempre será pelo.

¿Cómo va a ponerse de moda si es as-que-ro-so?

Y la palabra asqueroso recorrió su cara de arriba abajo, arrugando su nariz, alzando su labio superior, dejando al descubierto sus palas de conejo.

La morena se revolvió incómoda en su asiento.

—No me refiero a llevar las ingles peludas como un oso, pero tener un poco de vello ahí abajo, ya sabes, apenas el triangulito…

Dicen que tiene una función protectora, que es una barrera natural contra las… bacterias.

—Eso es si no te lavas —zanjó la otra.

Adela trató de imaginarlas veinte años más tarde, cuando la ceniza se hubiera acumulado alrededor de sus ojos, escociendo su mirada, cuando el viento agostador hubiera secado sus conductos internos, la gravedad sometido a sus pechos. Pero la imagen la rehuyó como una ardilla asustada y las dos muchachas se le mostraron eternamente jóvenes.

Le pareció mentira que a ella misma la separasen tantos años de su propia juventud, unos años que habían transcurrido como un largo suspiro, como esas nubes en los días nítidos, que parecen no moverse hasta que uno las atrapa en el marco de una ventana y se da cuenta de que llevan una velocidad endiablada.

—¿Adela Ruiz?

El chico que les había adjudicado los turnos al llegar, el que había sostenido su mirada más tiempo del necesario en los ojos de la morena, la que aún conservaba el vello en el pubis, la invitó a pasar.

Tenía la edad de su hijo. Traje de rayas ajustado, los dos primeros botones de la camisa desabrochados dejando entrever un pecho ralo, acaso depilado, que contrastaba con el frondoso cabello, cuidadosamente despeinado con gomina. Adela deseó con todas sus fuerzas que no fuera él quien le hiciera la entrevista, pero en el

despacho contiguo en el que recaló no había nadie más.

El entrevistador se acomodó sin ofrecerle asiento.

—Adela hemos dicho, ¿verdad? Con tantas entrevistas en un día, uno no sabe ya ni con quién está hablando.

No le gustó que empleara el plural, como buscando coartadas en el vacío. Sonrió sin embargo.

—Y cuéntame, Adela, ¿tienes experiencia en un puesto similar?

—No mucha. Hace años estuve trabajando en un despacho de abogados, en el bufete de Luis Cardell, en la plaza del Ayuntamiento, al lado del Rialto. No sé si lo conoce, no sé si aún sigue allí…

Aquel abogado de modales exquisitos y hablar pausado le pareció un dinosaurio del jurásico. Estuvo segura de que pertenecía a una especie ya extinguida.

—He llevado las cuentas de mi casa, hago la declaración de la renta de toda mi familia, se me da bien administrar, llevar la contabilidad. Hablo inglés y francés, aunque mi vocabulario está un tanto oxidado.

Adela sonrió y su labio superior quedó enganchado en su encía.

El entrevistador la escuchaba sin dejar de mover las manos, ordenando y desordenando compulsivamente los clips de colores que tenía sobre la mesa. Una pegadiza melodía emanó de su móvil.

—Perdona…

Se levantó y fue hasta la ventana, dándole la espalda a Adela.

—Sí… oye, estoy currando. Vale, luego te llamo… ¿este *finde*?

Díselo a los colegas… sí, pero yo paso de coger mi coche que quiero beber… Vale, no puedo hablar, que estoy en una entrevista…

jajaja, qué cabrón.

Mudó el gesto de camino a la mesa y, antes de sentarse de nuevo, estiró el brazo izquierdo para alcanzar los clips, como si esa fuera la ocupación principal que hubiera interrumpido.

—Disculpa.

Adela lo disculpó con un rápido gesto de cabeza. A estas alturas lo que le hubiera gustado era darle unos azotes en el culo y

castigarle sin comprarse ropa de marca durante un mes. Tuvo que conformarse sin embargo con sonreír blandamente, ensayando una actitud que fluctuaba entre la sumisión de la aspirante madura y el tono algo maternal que le confería la edad, siempre dentro del respeto a la jerarquía.

Él sujetaba ahora con una mano la cajita de clips provista de un imán y con la otra dejaba caer un clip que se adhería a ella con leve tintineo para, acto seguido, volver a separarlo.

—¿Decías que hablas inglés?

— *Yes, I speak english* —contestó Adela.

Trató de añadir algo más pero el tintineo de los clips le impedía concentrarse en nada más. Hizo un esfuerzo para no darle un manotazo a la cajita y acabar con todo de una vez.

Como si hubiera leído su pensamiento, el entrevistador apartó los clips y tomó el currículum de Adela con sus largos dedos tamboriles. Le echó un vistazo como quien mira por encima la factura del teléfono. Era más que suficiente para ver toda su experiencia laboral. Apenas un contrato en prácticas tras terminar la facultad, unos meses como pasante en aquel despacho de abogados y un gran vacío que se extendía a lo largo de los últimos veinte años.

—Así que licenciada en derecho…

De nuevo atacó los clips.

—Sí, hace ya algunos años…

—Y no has ejercido desde entonces, desde… ¿1982?

1982, el año del mundial, pensó Adela. Y se sintió tan oronda y ridícula como Naranjito. Sin duda, para él veinte años eran una eternidad insoportable. Él, hacía veinte años, aún se cagaba en los pañales mientras una abnegada mujer le limpiaba el culo, le daba de comer su amor triturado, acariciaba su pecho lampiño, tan suave como el de ahora, renunciaba a una vida por él. Ella sin embargo era la misma de hace veinte años, la misma bajo las arrugas, las varices, el vello arraigado en los lugares clave.

Un clip se le escapó al entrevistador de entre los dedos y fue a

aterrizar justo delante de Adela, que respondió como si le arrancaran sin prisa la blusa que llevaba.

—He estado criando a mis hijos y ocupándome de mi casa.

Sin dejar de sostener su mirada, formó una pinza con sus dedos pulgar e índice y disparó el clip que derrapó hasta el borde mismo de la mesa.

Él la despidió diciendo que ya la llamarían, estrechándole blandamente la mano como quien sujeta una sardina muerta. Adela sabía que nunca la llamarían para aquel maldito puesto de secretaria, por mucho que hubiera sido recomendada.

Mientras descendía los peldaños, lo vio todo claro: no era nada

personal. Simplemente existía un plan, un plan sencillo que no necesitaba de pactos ni de alianzas explícitos porque distinguía claramente a los dos bandos en conflicto: hombres y mujeres. Un plan eficaz de puro elemental: la mitad de la población debía someter a la otra mitad para así poder disfrutar de beneficios adicionales. Ella simplemente había nacido en el lado equivocado.

Para que el manojo de llaves colgara eternamente de las trabillas masculinas, el mercado debía ser una caja fuerte blindada contra las mujeres, salvada por una profunda zanja y custodiada por una decena de matones de discoteca. Y el golpe final había que asestarlo desde dentro. Cada hombre tenía que rematar la faena en casa, con contundencia pero, ante todo, con sutileza.

El sol había escalado a lo más alto cuando Adela y sus teorías alcanzaron la calle. Una vendedora de la ONCE le sonreía al aire primaveral, dejando acariciar al azar su beatífica cara. Adela la envidió sin rencor. Le pareció un ángel, sin sexo, sin alas, sin ojos.

Le compró un boleto terminado en siete y quiso rozar su mano cuando le devolvió el cambio, pero la vendedora la apartó en el último momento.

Decidió regresar a casa en autobús. Hacía más de veinte años que no cogía el autobús y tuvo que preguntarle al conductor el precio del billete.

—Un euro diez —gruñó, con malos modos.

Adela mantuvo su mirada fija en él, destilando desprecio, mientras depositaba, con altivez, dos monedas sobre la repisa, confiando que al añadir mirada y gesto, él obtuviera la suma exacta de su desdén.

Se sentó atrás y observó el universo bullicioso que se desplegaba a su alrededor. Contempló durante un buen rato el desfile de caras anónimas, feas en su mayoría, plagadas de imperfecciones, arrugas, opacidades, algunas grotescas, algunas anodinas, pero en general imbuidas del espíritu que hace girar lentamente el mundo. Creyó detectar una solidaridad invisible entre los que se levantaban y los que se sentaban, entre los que subían y los que bajaban, una ancestral solidaridad de panal, tan primitiva, tan necesaria para la supervivencia. Afuera, los coches pitaban, el humo envolvía el asfalto. Tranquilidad pasmosa dentro del autobús que se movía entre el tráfico como un elefante por un campo de minigolf.

Se sintió bien. Hasta que un sofoco repentino escaló hasta su rostro. Se

despojó de la fina chaqueta de ante como si le hubiera caído una araña dentro. Sabía que el proceso ígneo era ya imparable, que su cara, su cuello, su cuerpo arderían como antorchas olímpicas. El ginecólogo había dicho que ya no era bueno eso de administrar estrógenos y progestina para mitigar los efectos de la menopausia, que ahora se vivía a pelo y con alegría, como un festín crepuscular, haciendo como que a una le importaban un bledo los sofocos, las sequedades, los bailes hormonales, que se toleraban con gallardía por ser naturales. Tan naturales como una mordedura de serpiente, pensó Adela. Pero no dijo nada, sospechando ya entonces que su ginecólogo formaba parte del plan.

Y de pronto, la extraña reflejada en el cristal de la ventanilla la interpeló directamente. Solo entonces fue consciente de su condición de mujer sin identidad. Ya no habitaba en la personalidad de la esposa del profesor universitario, de la abnegada madre de dos hijos con brillante futuro. Había salido despedida al vacío y

flotaba a la deriva, sin identificación, avanzando despacio hacia la nada. En autobús de línea. Toda ella era una digresión, un elemento disonante, como un par de zapatillas colgadas de lo alto de un semáforo.

Cuando volvió a mirar desde sus pensamientos hacia fuera, a través de la ventanilla, se dio cuenta de que se había pasado de parada. Pero no le importó caminar.

CINCO

Raúl miraba fijamente su plato mientras se preguntaba cómo se puede dar de comer a quien no se quiere. Cómo se pueden dejar las lentejas en remojo toda la noche, pelar y picar una a una las verduras, la patata, la cebolla, entre lágrimas que uno escurre con el revés de la manga. Sofreirías, añadir unos ajos y el pimentón y rápidamente el tomate para que no se queme, agregar el agua, las lentejas, el chorizo, y un hueso de jamón, y unas hojas de laurel.

Dejarlo cocer a fuego lento, sin taparlo por entero, sin asfixiarlo.

Todo para alguien a quien uno detesta.

Por un momento la idea de que Adela lo estaba envenenando pasó fugaz por su mente. Pero ella ni siquiera le prestaba atención.

Iba del salón al recibidor, acentuando la inmovilidad de Raúl que, sentado a una esquina de la mesa, el mantel desplegado a medias, se

aferraba absurdamente a su plato de lentejas cocinadas por ella.

Ella, que ya había comido. Ella, que se arreglaba para salir. Ella, que iba y venía. Ella, el inmarcesible, el misterioso, el insondable océano. Él, un islote pelado tratando desesperadamente de mantenerse a flote.

Desde el aparador, la foto del viaje a Egipto lo observaba comer sin ganas. Aquellas sonrisas enmarcadas, congeladas por el tiempo, se le antojaron familiarmente lejanas. La imagen de Adela joven, tostada por el sol, era la de un ser extraño al que uno se había acostumbrado, a fuerza de presidir el salón durante años. A su lado, un hombre deslizaba un brazo por sus hombros, un hombre joven, con barba de varios días, que ofrecía a cámara su media sonrisa.

No se reconoció. No porque tuviera menos canas y una sonrisa que al emerger no fruncía toda su piel por los bordes, como ahora, sino

porque había algo indefinible en aquella cara plana del papel Kodak que le era ajeno. Pudo sin embargo recordar, con absoluta precisión, el momento exacto en que la instantánea fue tomada, tras una copiosa comida a base de gambas gigantes con salsa de ajo, de pasta de berenjenas, de cordero con especias, en uno de los mejores restaurantes de El Cairo, ebrios de exotismo, de gloriosa historia y de unas infundadas expectativas en un futuro mucho más amable.

Le pidieron al camarero, que se mostró cómplice durante toda la comida, que les hiciera una foto, en el idioma internacional de los gestos, y rieron cuando este intentó inmortalizarlos sin haberle quitado la tapa a la cámara y volvieron a reír tontamente cuando, al devolvérsela, su dedo quedó enganchado en la correa y casi acaba entre los restos del baklava.

Pudo revivir con exactitud la luz cobriza de aquella tarde, espolvoreada sobre la ciudad como un pan de oro microscópico.

Pudo reconstruir concienzudamente la sensación al mirar hacia dentro, como un preciso cirujano del recuerdo, pero no pudo verse a sí mismo desde fuera. No pudo situar su cara y su cuerpo en aquel lugar.

Al fin y al cabo, se excusó, a quien menos vemos a lo largo de los días es a nosotros mismos. Se nos va la vida contemplando el rostro de nuestra mujer, de nuestros hijos, del quiosquero de la esquina, de cientos de estudiantes que no significan nada para nosotros, pero vivimos ajenos a la evolución de nuestro propio semblante, a la paleta completa de nuestras expresiones.

Desconocemos la cara que ponemos cuando dormimos, cuando sonreímos, cuando eyaculamos, cuando morimos.

Observó de nuevo la foto. Detrás de ellos, un desconocido, sentado a una de las mesas contiguas, sonreía indolente, captado por un capricho de la cámara, sin saber que iba a formar parte de una familia para el resto de sus días. Aguzó la vista. Nunca antes se había fijado en él, al menos no de esa manera. Nunca antes había observado con detenimiento ese rostro de formas redondeadas, esa

sonrisa ondulante, enigmática. Y sin embargo, aquella cara anónima le resultaba más familiar que la suya propia. ¿Qué habría sido de aquel hombre? ¿Viviría en Egipto? ¿Sería un turista más, como ellos? ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? ¿Comería lentejas?

Aunque la desconocía, existía una verdad indiscutible, una verdad por encima de su imaginación, por encima de las máquinas de fotografiar, por encima de todas las cosas. En ese preciso instante en que él pensaba en el desconocido, el desconocido que tendría nombre y apellidos, estaría haciendo algo concreto, real, verdadero.

Aunque fuera viajar en autobús o rascarse una oreja. Aunque fuera yacer en una tumba, en silencio.

La idea de que estuviera muerto lo entristeció más allá de lo razonable. Rellenó su copa de vino y dio un trago largo, tratando de arrastrar con él el oscuro pensamiento.

Aunque estuviera muerto, seguro que su nombre se conservaba en alguna lápida. Aunque lo hubieran incinerado, sus cenizas reposarían en una urna, custodiada con esmero, su nombre flotaría en la mente de una viuda afligida, de una madre desconsolada. Ese pensamiento lo hundió aún más en la tristeza.

Masticó un trozo de chorizo que se convirtió en chicle en su boca.

¿Y si él mismo disfrutara de una vida paralela en casa de unos extraños? ¿Y si presidiera a diario el aparador de un salón, si vigilara de reojo el discurrir de unas vidas ajenas, atrapado en los confines de un marco dorado? ¿Y si una parte de él se hubiera conservado intacta, le hubiera sobrevivido en algún hogar remoto?

Decidió que no. Un no rotundo y categórico. Nadie querría tenerlo en su casa, mirándolo a todas horas. Los desconocidos de las fotos eran casuales, livianos, felices, y él no era ninguna de las tres cosas. Si su rostro hubiera asomado por azar en el fondo de alguna imagen, la

dueña de la casa jamás la hubiera escogido: no sé, cariño, ni tú ni yo estamos mal, pero hay algo en esta foto que no me acaba de gustar, habría alegado, sin ser consciente de que era su presencia en segundo plano lo que arruinaba cualquier

instantánea.

Las lentejas estaban sosas, pero no se atrevió a levantarse a por sal. Intentó parecer liviano y casual, como el desconocido de la foto, cuando preguntó:

—¿Y dónde vais, Esther y tú?

Ella se miraba en el espejo de la entrada. Con la boca, sujetaba unas horquillas que, con habilidad de matador de toros, clavó certeramente en su moño.

—Hemos quedado para tomar café y mirar unas cosas para la casa.

Unas cosas para la casa. ¿Qué clase de cosas? ¿Unas bombillas? ¿Unas alfombras persas? ¿Unas hipotecas? Raúl sabía que mentía, por la forma de clavar las horquillas, mentía.

Se hundió un poco más en su silla. Las lentejas se habían vuelto pastosas. Le acometió una oleada de pena al ver el mate engrudo, sin el brillo del caldo caliente que, tan poco antes, hacía vibrar el rojo del pimentón, el oro del aceite de oliva. Lo aplastó la brutal consciencia de que el tiempo cae de forma inexorable sobre los vivos, sobre todas las sustancias a su alrededor.

En cuanto Adela desapareció, tras un golpe seco de la puerta, precedido de un frío hasta luego, Raúl tiró furiosamente la pasta de lentejas a la basura y corrió tras ella. Descendió los escalones de tres en tres y se plantó en el zaguán tan rápido que el ascensor que contenía a su mujer aún no había alcanzado su destino. Esperó agazapado en el segundo escalón, la espalda pegada a la fría pared. El sonoro taconeo de ella no logró imponerse al atronador latir de su corazón.

La vio coger un taxi. Maldita costumbre la suya, como si el metro o el autobús estuvieran reservados para una plebe a la que ella nunca pertenecería. Tuvo suerte de que otro taxi pasara justo detrás. Decidió jugársela, salir de su escondite y colocarse frente a él. El vehículo frenó con brusquedad y Raúl se precipitó sobre el asiento trasero. Pero fue incapaz de decirle al conductor, que tenía bigote franquista y camisa de manga corta franquista: siga a ese

taxi. Así es que le fue indicando —ahora tuerza a la derecha, ahora a la izquierda—, a veces en el último momento, mientras el conductor, obligado a poner precipitadamente el intermitente, a girar de forma brusca, no cesaba de maldecir entre dientes. Finalmente, cansado de los ojos desafiantes en el retrovisor, pronunció las palabras mágicas:

—Siga a ese taxi.

Y empezó a inventar excusas en su cabeza que justificaran la persecución, aun sospechando que no iba a ser capaz de esgrimirlas. Que si habían venido unos amigos de fuera a visitarles, y su mujer se había ofrecido para guiarles y de paso evitar que fueran víctimas de la falta de escrúpulos de algunos taxistas. Le reconfortó criticar, aunque fuera mentalmente, al gremio del que le tenía acobardado en el asiento trasero, inventando estúpidas excusas. Y esta, tuvo que reconocerlo, era estúpida: nadie se divide de esa manera en dos taxis. Para ello tenían que ser más de cuatro, y nunca se repartirían en cuatro y uno. Su unicidad por tanto lo delataba.

Que si le estaba gastando una broma a un amigo, una de esas bromas que se emiten por televisión, que planean cuatro compañeros en la oficina y luego el programa a traición. El rostro desencajado y tenso que le devolvió el retrovisor le hizo descartar aún más rápido esta segunda posibilidad.

No. Definitivamente, sería un detective privado que investigaba un caso menor, un caso de infidelidad matrimonial. Sí, esa era sin duda la única versión plausible y la personalidad que Raúl decidió adoptar, aunque fuera solo hacia dentro. Sería un detective profesional venido a menos, un tipo curtido y solitario, sin familia ni ataduras. Un tipo en franca decadencia, que no se quejaba por tener que resolver estúpidos casos de infidelidad matrimonial porque jamás en su vida había abierto la boca para quejarse.

Solucionada su coartada, Raúl se relajó en el mullido asiento.

Sudaba. Bajó el cristal de la ventanilla, evitando hacer el más mínimo ruido. Una brisa maravillosa, de mediados del mes de mayo,

penetró por la rendija. La tarde lucía luminosa, los árboles pasaban presurosos por la ventanilla, sus hojas emitían brillantes destellos, como lomos de peces saltando en el mar. Le sobrecogió la hermosura del paisaje urbano, felizmente ajeno a los cláxones, al humo, a las cuitas de sus habitantes. El cielo seguía siendo grande, solo había que mirar hacia arriba.

El taxi frenó y la cabeza de Raúl impactó bruscamente contra el reposacabezas. Pudo entrever cómo del vehículo de delante, la blanca pierna de su mujer asomaba por la puerta.

—Parece que hemos llegado —espetó el taxista.

La sola visión de aquella pantorrilla provocó de nuevo que el corazón de Raúl se desbocara y su cuerpo se encogiera dentro del taxi. Ya no recordaba las excusas verosímiles rumiadas durante el trayecto para el abrupto taxista, que le espetó:

—Son 9 con 40, caballero.

Y aquel caballero sonó a cualquier cosa menos a eso.

Desde su incómoda posición, Raúl echó mano al bolsillo trasero pero sus dedos solo palparon su propia carne a través de la tela de algodón. La visión de su figura, abandonando precipitadamente su hogar, la cartera muda sobre el aparador de la entrada, discurrió a cámara rápida. Maldijo una y mil veces su suerte. Buscó con desesperación en sus bolsillos delanteros. Nada, absolutamente nada.

Un coche pitó. El taxista sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Tienes prisa, chaval? Pues te compras un helicóptero. Si será desgraciado el tío…

Raúl no se atrevía a confesar que no llevaba ni un euro.

Aparentando una tranquilidad que se le escurría por el sudor de los poros, le indicó, muy serio:

—A la calle Bachiller, por favor.

El conductor giró su enorme cuerpo para mirarlo de frente.

—¿Me toma el pelo?, si venimos de allí.

—Lo sé, lo sé. Lléveme de nuevo —imploró.

Trataba de mostrarse calmado, de imbuirse ahora en su respetable identidad de profesor universitario. Pero se daba cuenta de que parecía excéntrico, de que su rostro, su voz, sus gestos carecían de su aplomo habitual. Ni rastro del detective curtido y sin sentimientos. Tampoco ayudaba que el taxista no dejara de mirarlo como se mira a un violador de niñas mientras él no podía hacer otra cosa que sudar a mares.

—¿Y no podía haberlo dicho antes? Ahora le tengo que cobrar de nuevo la bajada de bandera —farfulló.

Todo el viaje de regreso se lo pasó resoplando y mascullando frases que Raúl no pudo ni quiso descifrar. Cuando llegaron de nuevo a su calle, se sentía exhausto. No se veía con fuerzas de decirle al taxista que esperara, que confiara en él una vez más, que se trataba de una estúpida carrera que no llegaba a los veinte euros.

Acabó confesándolo todo, que era profesor de literatura, que las lentejas estaban sosas, que ella había clavado las horquillas en su moño con una seguridad inaudita, que solo se ama lo que no se posee enteramente, que el amor es el espacio y el tiempo medidos con el corazón, que había olvidado la cartera sobre el aparador.

El taxista lo escuchó sin alterar un solo músculo de su cara.

—No querrá usted engañarme. No ha nacido aún el tío que me deje a mí una carrera sin pagar.

Raúl rebuscó en los bolsillos. Nada, ni una maldita tarjeta de visita. Ni siquiera llevaba el reloj de oro que heredó de su padre.

—Enseguida bajo con el dinero. Tome, si quiere le dejo en prenda mi anillo de casado. Es de oro.

El taxista lo miró como si cada palabra que añadiera fuera la confirmación definitiva de su locura.

—Quite, quite. Ande, suba que le espero aquí. Y dese aire, que el taxímetro sigue corriendo.

Raúl le dio veinticinco euros, veintitrés de la carrera y el resto de

propina, una suma que el taxista guardó en el bolsillo delantero de su camisa sin inmutarse.

No quiso seguir en aquel taxi, así es que en cuanto se lo tragó el humo del tráfico, paró otro vehículo de luz verde.

Pronto se halló de nuevo en la avenida de Francia, a la misma altura a la que había visto apearse a su mujer. Pero con todo el asunto de la cartera, no recordaba cuál de aquellos portales se la había tragado. Rescató de nuevo el maltrecho disfraz de detective privado y observó uno a uno los nombres de cada finca. Edificios altísimos, espaciosos portales de relucientes suelos se sucedían uno tras otro. Los García,

Puelles, Muñoz, Estellés, Sánchez, vivían sin despertar en él ninguna curiosidad, ajenos a sus preocupaciones. En el tercer bloque, los vecinos solo se identificaban por un número. Pulsó varios timbres a la vez.

—Carta del banco.

Le abrieron. Era la segunda decisión impulsiva que tomaba en un solo día. Ya dentro, examinó los nombres de los buzones que no le sugirieron absolutamente nada, salvo una vida tranquila que, definitivamente, él había perdido.

Hasta que por fin, un nombre sostuvo su mirada: Morgana. Piso quinto. Puerta doce. Solo eso. Ninguna mención a la videncia, ni al tarot, ni a que se destrozaran las vidas de las personas.

SEIS

Estiró el brazo y alcanzó un paquete de Marlboro blando del que extrajo, con pericia de médico forense, un último cigarrillo zigzagueante que, tras unas sabias y precisas caricias, recuperó su forma cilíndrica original. Celia lo observó hipnotizada. Toda esa habilidad en las manos al manejar el pitillo había sido torpeza al acariciarla a ella. Ajeno a la fascinación que provocaba, él entró en el cigarrillo como si atravesara un túnel de masaje. Volvió a estirar el cuerpo sobre la sábana surcadas de pelotillas, puso el cenicero sobre su pecho e inhaló una segunda y larga bocanada. El humo no podía ser malo para aquellos pulmones.

Celia cogió el cigarrillo que le tendía y trató de imitar esa forma magistral de fumar, pero solo consiguió recalentarlo y que el extremo incandescente adquiriera la consistencia de un capullo de gusano de seda. Temió que se desprendiera y quemara el colchón, así que restregó el cigarrillo contra el cenicero, descabezándolo.

Trató de encender el pitillo con los restos de ceniza incandescente.

—¿Sabes?, en mi curro hay un tipo que fuma por la nariz. No es que eche el humo por la nariz, sino que fuma por la nariz y echa el humo por la boca. Es un pirado. No habla con nadie, va con auriculares a todas partes y todos los días del año, almuerza un bocata de sardinas con tomate. Todos los putos días del año. Lo llaman *el Sardina*. Dicen que estuvo en el Kosovo, de milico. Que antes era normal y que volvió así de allí.

—¿Ah, sí? —se interesó Celia.

—Yo no puedo imaginármelo como un tipo normal. A saber las cosas que vería. La cabeza te puede jugar muy malas pasadas —

aseguró.

Y se pasó la mano por la cabeza rapada. Trabajaba en la cadena de montaje de la Ford, lo había dicho con orgullo obrero al subir a su coche, un Ford Escort. Celia, la cabeza vuelta hacia la ventanilla, había respondido que ella estudiaba. ¿Qué estudias? Filología hispánica. Y él la había mirado como a un bicho raro y a la vez como si estuvieran a punto de concederle el premio Nobel, justo antes de darle al botón del *play* y dejar que la música house borrara sus últimas palabras.

Él llevaba tatuada una letra china en el brazo derecho, tan musculado como el izquierdo. Sus trazos negros bailaban cada vez que giraba el volante. Condujo hasta su piso, en el barrio de San Marcelino. Un piso oscuro, aunque puede que fuera porque las persianas estaban echadas. Un piso de techos bajos, con olas amarillas por la nicotina y quién sabe los años sin pintar. Un techo cuya mirada ahora compartían, desnudos sobre la cama.

Celia apagó con cuidado el cigarrillo, dejó el cenicero sobre la mesilla y buscó la sábana para taparse, exhalando un último hilo de humo por la nariz, sin lograr quitarse de la cabeza al chico de las sardinas. Quiso decir algo, algo amable, algo ligero, contar una anécdota divertida o simplemente curiosa, pero no se le ocurrió nada. Absolutamente nada.

De afuera llegaba el ruido del camión de la basura, el ronroneo del motor, la máquina elevando el contenedor, el chocar del depósito volviendo a su sitio.

Hacía solo unos minutos, mientras él cavaba fosas dentro de ella, hubiera querido dejar la mente en blanco y disfrutar con la jardinería. Pero decenas de pensamientos se habían agolpado en su mente, como palomas revoloteadoras tras echar unas migas de pan. Un *zapping* tan frenético como estéril: el tatuaje de su brazo, el póster de Fórmula 1 de la pared, la luna en relieve de la carretera, ella ensayando un gemido, ella rodeando con su pierna la cintura de él, sus cuerpos vistos desde arriba, su respiración jadeante por el aplastamiento intermitente, no por el placer, sus ojos entornados, no por el placer, sino por no saber dónde depositar la mirada, las orejas

perfectas de él, pequeñas, redondeadas, limpias, una virgen de oro rebotando sobre su pecho, acercándose y alejándose.

No le atrajo especialmente pero se fue con él. Porque le invitó a un ron con coca cola en aquel *pub* de la playa lleno de pijos, porque al tenderle la copa, su sonrisa saltó sin previo aviso y era una sonrisa impar. Porque esa lengua con sabor a alcohol consiguió aislar el sonido a su alrededor.

Condujo sin decirle a dónde iban, por la avenida de la Malvarrosa, desierta a esas horas de la madrugada, tomando la ronda sur a gran velocidad, derrapando ligeramente en las curvas, la luna baja y rugosa al fondo, como si fuera de Méliès.

Nada más traspasar la puerta de su piso de techos bajos, Celia advirtió que las líneas de dibujos geométricos de las baldosas del pasillo se separaban y se volvían a unir, como figuras de un caleidoscopio. Apenas tuvo tiempo de abrir la primera puerta que, por suerte, resultó ser el baño. Aferrada a la taza del váter, trató de ahogar el sonido de las arcadas en los restos de pudor que la borrachera no había conseguido matar del todo.

Al poco, sin el eco de unos pasos que anunciaran su presencia, una mano le sujetaba la cabeza por detrás mientras la otra le echaba agua por la nuca. Una mano fresca de manantial que recorría una y otra vez el camino del grifo hasta su nuca, por un puente de dulzura repentina, inusitada. Celia pensó que podría estar así toda la vida. Y casi le pareció una vida los cuatro minutos y veintisiete segundos que permaneció arrodillada junto al váter, dejándose llenar de caricias mojadas. Cuando él la cogió en brazos, como un padre a su pequeña, ella se abandonó definitivamente.

La cama fue una bendición para su cuerpo cansado. Deseó que él siguiera mimándola sobre aquel catre hasta el que escalaba un matizado olor a pies. Pero pronto las caricias inocentes del pelo fueron bajando por su cuerpo derrotado, haciéndose cada vez más rugosas, tratando de penetrar su piel, mientras su miembro, duro como un ariete, se estrellaba contra su muslo izquierdo, a un ritmo cadencioso, pausado pero implacable. Con la tranquila seguridad de

quien sabe acabara derribando el portón de una fortaleza en ruinas.

Se dejó hacer bajo sus movimientos bruscos, sus manos secas, su lengua seca, su miembro seco, sospechando que era del centro de su propio cuerpo de donde emanaba toda esa sequedad.

No quedó ni rastro de la borrachera. Sobre los pectorales de gimnasio tintineaba una virgen diminuta que iba y venía, mostrando a veces la

cara, a veces la espalda. La virgen de los desamparados.

Ni siquiera usó preservativo. Celia quiso decir algo al respecto, protestar levemente pero se entretuvo tanto dentro de su cabeza, pensando en las palabras apropiadas, en el momento oportuno de interrumpir la acción, que finalmente no dijo nada. Él eyaculó dentro de ella con un gemido sordo, de levantador de pesas y la virgen quedó quieta, mirándola de frente.

En pocos minutos, se había hecho de día y el guion mental de Celia alcanzaba solo al cigarrillo de después. No le hubiera sorprendido evaporarse sin más, como un tímido vampiro. Pero la luz seguía penetrando por los minúsculos puntos de la persiana echada, formando estrellas de puntas cada vez más largas y brillo más intenso. Su cuerpo permanecía tendido junto al de él, adquiriendo formas cada vez más rotundas, mientras apuraban las últimas caladas de un cigarrillo compartido.

—¿Te gusta la música electrónica? Hay un festival muy guapo en Barcelona el próximo fin de semana. Si te apetece podías venirte conmigo y con mis colegas.

—Sí —mintió Celia—, estaría bien.

Él quiso que desayunaran juntos, que tomaran café en el bar de la esquina —«tengo turno de tarde, no entro hasta las tres»—, pero Celia anticipaba ya el incómodo silencio, el uno frente al otro, masticando la violenta sensación de extrañeza por el contraste idéntico pero distinto del silencio de los que sí eran auténticos desconocidos a su alrededor.

—No puedo, tengo que estar a primera hora en la facultad para entregar un trabajo —volvió a mentir.

Y por un momento le pareció que los dos miraban de reojo su

mentira.

Él le dijo que la llamaría para lo del festival y ella apuntó un número de teléfono al azar en el paquete de Marlboro. La acompañó hasta la puerta y le dio un beso largo. En el ascensor, Celia se limpió esa saliva que le escocía como sal gorda.

Penetró en la calle sin unas coordenadas fijas. El sol le hizo fruncir los ojos.

No había alcanzado la esquina cuando comprendió que lo echaba de menos, que su soledad era aún peor que la soledad con él.

Se dirigió hacia la facultad.

SIETE

Adela se miró en el espejo del ascensor que la conducía al quinto piso. No esperaba una dulce promesa de vuelta así que se conformó con la realidad que, mudo, reflejó. Traje chaqueta rojo, pero no de un rojo chillón sino del rojo de la granada, elegante, acuoso. Pelo castaño, espeso, firmemente recogido tras la nuca, labios apenas perfilados. Parecía una señora y eso era a lo único que aspiraba, superada la fase de querer secuestrar la juventud en contra de su voluntad. Nadie hubiera pagado el rescate.

La cita era a las cuatro. Por fin iba a conocer a Morgana en persona. En la última de sus conversaciones telefónicas, la vidente le había dicho algo que había quedado flotando en su cabeza, como espuma de detergente en el mar:

—Tu problema, Piscis, es que has olvidado soñar. Tienes que rescatar a la niña que llevas dentro.

Era verdad. Ella ya nunca recordaba sus sueños. Cada día se unía al anterior por un fundido a negro desconcertante, un punto y aparte que se colaba cada noche, deshaciendo nexos entre imágenes conscientes y oníricas, soterrando deseos, temores, sin dejar huella alguna. Y el tiempo de la infancia se le aparecía mudo, tan lejano que podría pertenecer a otra vida.

Buscó en el espejo los ojos de aquella niña bajo el rímel y la miríada de arrugas pero su pragmatismo, la legendaria falta de imaginación que tanto alabara su madre en su niñez —sensatez lo llamaba ella—, le devolvieron a una mujer madura, medianamente atractiva. Ni rastro de la Adela niña.

Al salir del ascensor, la penumbra la envolvió y un leve pánico se apoderó de ella. Tras unos instantes de acostumbrar sus ojos al

negro, divisó, al fondo del pasillo, un haz de luz dorada que, a medida que se acercó, fue componiendo las letras de Morgana.

Quedó embelesada por aquella placa refulgente. El recuerdo de una paz lejana le sobrevino, una antigua paz de reflejos azules y verdes que deshacían con su parpadeo las tinieblas de la habitación,

fulminando a los monstruos agazapados tras las sombras. Luces sedantes, intermitentes, que la unían a sus padres a través del programa de televisión que estaban viendo, meciéndola con sus reflejos submarinos.

Había logrado ver a la niña, aunque no fuera de frente.

La placa se movió bruscamente, con sonido de goznes sin engrasar, y en el umbral apareció una chica joven, rubísima, ceñidísima, que al trasluz brilló mucho más de lo que Adela hubiera deseado. La joven accionó el botón de la luz y el dorado de la placa se desvaneció. Bien iluminada, la rubia ni siquiera era hermosa. Su boca resultaba demasiado grande, su nariz chata colgaba sin personalidad, su prominente barbilla le confería un aspecto vulgar.

Pero el conjunto invitaba a gritos a mirarla y esta constatación estuvo lejos de reconfortar a Adela.

La rubia la hizo pasar y, como en la consulta de un médico, le preguntó su nombre mientras lo comprobaba en la pantalla del ordenador. Alzó su porcina nariz:

—Lo siento, pero no me aparece entre las citas de hoy. No sé si Morgana podrá atenderla.

Adela había anticipado todo tipo de situaciones en su cabeza, todas menos esta.

—Debe de haber un error —balbució—, si fue la propia Morgana quien me dio cita desde su programa, para el martes quince, a las cuatro de la tarde. Lo tengo aquí apuntado. Soy Piscis.

Y buscó su agenda, dispuesta a jurar sobre ella como sobre una biblia.

—Ya, si no lo dudo, pero es que siempre hace lo mismo. Da citas por su cuenta y se le olvida comunicármelas. Y luego no puede atender a los clientes porque tiene otros compromisos. No sé para

qué quiere una secretaria —masculló la oxigenada.

Sin darle tiempo a reaccionar, la hizo pasar a una sala contigua, mientras veía qué podía hacerse. Adela la siguió sin atreverse a protestar.

En la sala de espera, una horrible mujer que parecía haber saltado directamente de la cama tras una noche de desenfrenada juerga, no se

molestó en levantar la cabeza cuando Adela emitió su tímido saludo. La melena cardada tapaba a medias su demacrada cara, su cabello, ahuecado hasta lo grotesco, aparecía sin embargo aplastado en la parte trasera, como si hubiera recibido una coz. Sus ojos, pintados de negro azabache por un pulso que hace años dejó de ser firme, contrastaban con la palidez azulina del rostro, camuflada sin éxito bajo el colorete naranja que berreaba desde los pómulos; la cara pintarrajeada, el cuerpo enjuto, las raquíticas piernas arqueadas en postura impúdica asquearon profundamente a Adela. Todo se empeñaba en ser mucho más sórdido de lo que podía soportar.

Acurrucada en su butaca, odió en silencio a la histriónica mujer que impregnaba de vulgaridad aquel espacio, odió a la rubia marcona de la entrada, odió a Morgana por hacerle pasar este trago y sobre todo se odió a sí misma, por haber cruzado la segura frontera telefónica, porque de nuevo se abrían abismos entre su imaginación y la realidad.

Pensaba seriamente en desaparecer cuando la fea encubierta se plantó de nuevo en el umbral:

—Adela. Puede pasar.

Se alzó, ligera como un cervatillo, y pasó triunfal junto a la patética mujer, con una fingida indiferencia que no era sino condescendencia por la victoria conseguida.

La mujer ni siquiera alzó la vista del Hola que leía con avidez.

Tras la segunda puerta del pasillo aguardaba Morgana. Era igual que en la tele, aunque su cabeza parecía mucho más pequeña al

natural, como si la hubieran reducido unos jíbaros o la hubieran tenido una semana en remojo. Su mirada era sin embargo la misma que ofrecía a cámara, profunda, expectante, una mirada que transmitía confianza al instante.

Bajo esa mirada se agazapaba Francisca Torres Orejón, más conocida en su reducido círculo familiar como Paqui, un círculo concéntrico que aparecía cada día más pequeño, rodeado por ese otro círculo de Morgana que no cesaba de crecer, que devoraba con avidez nuevos espacios de su vida. Y no quería que dejara de crecer, Paqui adoraba ser Morgana. A menudo repetía la manida frase de que era una mujer hecha a sí misma. Y es que, desde que cambiara la máquina de coser por el tapete de terciopelo, desde que se deshiciera de su marido y trocara el mocho y los productos de limpieza por los consejos del tarot, su nevera rebosaba comida, las facturas habían dejado de ser

motivo de angustia a final de mes y su autoestima era una planta que no dejaba de crecer. Sus manos encarnaban la prueba definitiva de su triunfo. Exhibía esas diez largas uñas pintadas del color de la sangre como diez pequeños trofeos.

La videncia era un negocio redondo. Su programa en la televisión no generaba grandes ingresos, apenas percibía un pequeño porcentaje de las llamadas realizadas al 806, pero la fama que le proporcionaba era impagable. De una improvisada consulta en el cuarto de la plancha, había pasado a ocupar un despacho de tres habitaciones en la parte nueva de la ciudad, desde el que se veía, aunque esquinada, la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Adela observó la estancia y a la corpulenta Morgana, que ya no lo era tanto. La sobriedad del despacho contrastaba con el escenario recargado que aparecía en televisión. Solo el aroma a incienso lo distinguía de la consulta de un médico. Experimentó una pequeña repugnancia ante el penetrante olor a sándalo.

—Tenía tantas ganas de conocerte en persona, Morgana.

Morgana sonrió. No tenía ni idea de quién era. Por lo visto, ella misma le había dado cita telefónica desde su programa y ya había

recibido por ello una merecida bronca de su secretaria. Pero no asociaba a ninguna de sus clientas habituales con aquellas duras facciones apenas suavizadas por el maquillaje, al timbre ronco que, sin previo aviso, se tornaba agudo. Quería acabar pronto porque la esperaban en el banco.

—Yo también tenía ganas de conocerte, Piscis.

Para colmo, todos se creían tremendamente originales al elegir como seudónimo su signo del zodíaco.

—Llámame Adela. A solas contigo, no hace falta que me esconda.

La extraña la observaba con devoción, como si de un momento a otro fuera a levitar. Morgana no se hubiera sorprendido de hallarse unos centímetros por encima del suelo. Trató de ganar tiempo.

—¿Quieres tomar algo, un poco de agua, te apetece un café?

Adela negó con la cabeza, temiendo que la rubia volviera a entrar.

—Por fin te conozco después de tanto tiempo. Y es extraño porque lo

sabes todo de mi vida, pero ni siquiera conocías mi cara.

No sé si soy como esperabas.

—Siempre es distinto aunque, de alguna manera, siempre encaja la cara con la voz.

Morgana conservaba una blanda sonrisa en la boca. Por más esfuerzos que hacía, era incapaz de recordar la historia de aquella mujer, ni siquiera de situarla en un contexto que le permitiera avanzar. ¿Su hijo padecía leucemia? No, esa era Acuario. ¿Su marido estaba en silla de ruedas tras un accidente laboral y la empresa se negaba a indemnizarle? No podía asegurarlo, así es que se limitaba a asentir, dejando que fuera su clienta quien tomara la iniciativa. Un error de cálculo, un simple fallo de memoria podían derribar de un soplido toda la credibilidad edificada durante meses.

Porque era precisamente su prodigiosa memoria para los pequeños detalles lo que le otorgaba a Morgana su valía en la profesión. De pequeña, Paqui no atesoró ninguna virtud, fue una niña regordeta y mediocre acostumbrada a no llamar la atención, a ser tratada como

una adulta desprovista de la gracia infantil por su exagerada complexión, por ese cuerpo que a los nueve años pesaba ya sesenta kilos. No era buena en matemáticas, ni en física, ni en lengua, pero pronto descubrió que poseía una asombrosa memoria para retener datos insignificantes. Una tarde de verano en que jugaba al sambori en la puerta de casa, un hombre atravesó la calle corriendo, sus enormes pies pisaron el cuatro y el siete de aquel dibujo pintado en la acera. Pronto se oyeron gritos en la esquina y el ultramarinos se llenó de vecinos que abanicaban a la señora Conchín y uno de ellos le tendía una copa de coñac.

Paqui se plantó en medio de la tienda, escudriñándolo todo con descaro. Y vio llegar a un policía, que no era como los policías de las películas, sino un hombre entrado en carnes y con una calva redonda, como la de los curas, y escuchó cómo la tendera le explicaba que el atracador la había amenazado con un cuchillo así de grande, y que solo recordaba sus ojos —«tenía ojos de toro», dijo—, segura de que esa descripción bastaría para detenerle; «y creo que camisa azul», añadió. Paqui se apresuró a corregirla: «era verde, con unos dibujos así como las células que estudiamos en biología (era cachemir lo que quería decir) y no era moreno sino castaño. Su pelo dibujaba ondas y era grasiento, y su cara tenía agujeros, como una torta de aceite. Llevaba vaqueros y zapatillas de deporte blancas, con dos rayas rojas».

Nadie más había reparado en el aspecto del atracador. Un vecino dijo que creyó que era el hijo de la Milagros, el que trabajaba en el ferrocarril. El policía no le prestó mucha atención a aquella niña gorda y repelente, pero Paqui supo desde entonces que poseía el don natural de la observación, que, sin apenas esfuerzo, ostentaba por fin una superioridad en algo.

Sin embargo, por más empeño que ponía, no lograba recordar la vida agazapada tras esa voz que había adquirido corporeidad.

Adela confundió la mirada cautelosa de Morgana, su gesto expectante, con un profundo interés por su persona. Supo que había sido buena idea llegar hasta allí.

—Tengo la sensación de conocerte desde hace mucho mucho antes de que habláramos por teléfono. Como tú dijiste, toda luz necesita de la oscuridad para ser.

Un pequeño fogonazo destelló en la mente de Morgana. Sí, ya recordaba, su marido padecía cáncer de colón y no sabía si saldría adelante. Preguntó, con toda la ternura de la que fue capaz:

—¿Y cómo está tu marido, Adela?

—Como siempre. Inmutable, imperturbable, como el basalto, la vida pasa por su lado sin llegar a rozarle. Tan correcto, tan racional, psicópata es la palabra —respondió.

Y sus ojos adquirieron el brillo muerto de las bolas de billar.

Morgana mudó la tierna sonrisa por una mueca de dolor. Suspiró aliviada por no haber sido más explícita.

—Pero ya no puede hacerme daño. Es tiempo de ser fuerte, Morgana, de seguir tu consejo y pasar a la acción. De recuperar a la niña que desapareció.

El marido, un psicópata, ¿y quién demonios era esa niña desaparecida? La situación empezaba a angustiarla.

—Pero cuéntame, querida, ¿ha sucedido algo más entre vosotros?

Adela se quedó observándola fijamente, como si la hubieran hipnotizado. De pronto habló.

—No, hacia fuera nunca sucede nada, estamos firmemente adheridos

con el pegamento de la rutina, eso nos permite mantenernos en nuestro sitio. Aparentemente. Ahora todo sucede hacia dentro.

La mujer que tenía delante estaba desequilibrada, sin duda. Pero

¿podía determinar si era peligrosa? Piensa, se conminó Morgana, piensa. ¿Era su marido aquel constructor que la molía a palos? ¿O

aquel empleado de banca que se había echado una amante veinte años más joven y no se molestaba en esconder las pruebas de su infidelidad? Sí, eso parecía más de psicópatas. Estaba casi convencida cuando Adela intervino.

—Ante todo, he de pedirte disculpas porque te he engañado.

Morgana se aferró a esa posibilidad como al último rayo de sol.

—No soy Piscis en realidad. Solo por un día, es cierto, pero soy Acuario. Temía tanto que alguien reconociera mi voz que hasta cambié mi signo. Pensarás que estoy paranoica pero es que nadie, nadie excepto tú, conoce la terrible situación que estoy atravesando.

Morgana estuvo a punto de sacudirla violentamente y sacarle a golpes cuál era esa terrible situación.

—Pero me has mentido, Adela, y en algo muy importante, en algo fundamental. Es como si voy al médico y le digo que me duele el brazo cuando lo que de verdad me duele es el hígado. Para mí, el signo del zodíaco es un dato… fundamental para poder realizar un… diagnóstico certero.

—Créeme, Morgana, si hubiera visto que no acertabas te lo habría hecho saber, pero has dado siempre en el clavo. Todo, cada palabra que me has dicho iba destinada a mí, aunque no fuera Piscis.

Sí, resolvió Morgana, tenía que ser aquella mujer cuyo marido le ponía los cuernos con una chica veinte años más joven y pretendía dejarla de patitas en la calle.

—Te entiendo, Adela. Los hombres son tremendamente ingratos.

Después de entregarles nuestra vida, de darles unos hijos, de cuidarles, en cuanto ven que los últimos vestigios de su juventud se escapan, haciendo círculos por el desagüe, corren a refugiarse en unos brazos más jóvenes, a borrar de su diccionario las palabras compromiso o gratitud.

—Sí, bueno, ese no es mi caso, aunque no es la primera vez que oigo esa historia. La ingratitud y el egoísmo son la nota común de los hombres. Pero el mío es aún peor, el mío no tendría huevos para liarse con otra. No es de esa clase de hombres.

La vidente, al borde de la desesperación, tiró la toalla.

—Créeme, Adela, todos son de esa clase de hombres.

Ahora Adela pensó que la propia Morgana había sufrido en sus carnes el dolor de la infidelidad. Seguro que la sólida confianza que exhibía a través del rubio platino, de las uñas bermellón, se habían

forjado a base de disgustos. Estaba convencida de que ya no compartía su vida con ningún hombre, y era plenamente feliz.

—He venido para pedirte un favor, Morgana. Quiero que le suceda algo, nada irreversible, algo que le devuelva la humanidad, que deje de ser un psicópata que lo reduce todo a la razón, a su propia y absurda razón. Creo que es la única manera de salvarlo y de salvarme. Quiero que le vaya mal en el trabajo, que pierda el prestigio al que yo he tenido que renunciar, que se apee de su pedestal literario desde el que mira el mundo. Lo que te pido no es una venganza, es solo una forma de hacer justicia.

La luz se encendió por fin en la cabeza de Morgana. Piscis era aquella mujer que llamaba al menos dos veces por semana. Una frustrada ama de casa que quería separarse de su marido, un profesor de literatura, ahora que los hijos habían abandonado el nido. Un caso tan insignificante que con razón no podía recordarlo.

Ni le ponía los cuernos, ni la maltrataba. Ninguno de los dos padecía enfermedad alguna, más allá del aburrimiento extremo que se había ido colando entre ellos tras largos años de convivencia.

Se consoló internamente, aliviada por no estar perdiendo facultades. Ahora sí, su natural aplomo emergió, dominando la situación desde la cumbre.

—Yo no suelo hacer este tipo de trabajos, Adela. Mi labor consiste en ayudar a la gente a resolver sus problemas gracias al don natural que poseo. No practico la magia negra, aunque estoy capacitada para ello, pero no me gusta usarla más que en casos de extrema necesidad. Creo que en esta vida hay que ser positivo y centrar los esfuerzos en ayudarse a sí mismo y no en hundir a los demás. Al final, nunca sale rentable vivir de las desgracias ajenas, lo entiendes, ¿no?

La vidente continuó hablando, sin dejarla intervenir.

—Claro que puedo hacer una excepción contigo y realizar un pequeño conjuro, pero he de decirte que la tarifa es el doble de una consulta normal y que, para que surta efecto, hay que repetirla tres veces. Y que sepas que lo hago por el aprecio que te tengo y

porque estoy convencida de que a él le vendrá bien un pequeño escarmiento.

Adela sonrió, satisfecha.

—El dinero no es problema.

—Tendrás entonces que traerme un mechón de pelo de él y algún objeto que use en su trabajo —improvisó la vidente—.

Cualquier cosa me sirve, hasta un simple clip, siempre que haya estado en su trabajo.

La vidente miró con disimulo el reloj mientras barajaba las cartas del Tarot.

Su madre llevaba un rato aguardándola para ir al banco. Qué sería de ella sin aquella maravillosa mujer, un modelo a seguir, un ejemplo de entereza, de apoyo incondicional. Y ahora que la fortuna le sonreía, su madre estaba también ahí, para evitar las afiladas garras de Hacienda, dispuesta a firmar sin preguntar lo que Morgana le pusiera delante. No había muchas personas en este mundo en las que poder confiar de esa manera, ni siquiera dentro de la propia familia. No había más que ver a la mujer que tenía enfrente.

Tras unas cuantas vaguedades, sustentadas por las cartas del Tarot, esta vez perfectamente encaminadas, Morgana dio por finalizada la sesión.

Adela quiso estrechar su mano.

—Gracias, Morgana, me estás ayudando mucho.

La vidente mantuvo su mano entre las de su clienta, sin dejar de experimentar cierta repulsión ante el frío tacto.

En cuando Adela salió del despacho, habló por el teléfono que la unía virtualmente a su secretaria.

—Dile a mi madre que ya puede pasar.

Al salir, Adela se cruzó de nuevo con la horrible mujer de pelo alborotado y maquillaje estridente. No le importó que de nuevo no contestara a su saludo.

OCHO

Celia recorrió las calles con paso firme, en exceso firme para alguien que solo deambula. No podía volver al piso compartido, a esa cama bajo la que crecían preguntas sin control, como hiedra venenosa que se le enredaba en el pensamiento.

Llegó casi por inercia hasta la facultad, resbalando por su propia mentira. Decidió sentarse en un banco al sol. Le pareció que la luz era hoy más nítida, el azul del cielo casi fluorescente, las flores lilas de aquel árbol similar al almendro habían sido recortadas y pegadas con Photoshop sobre el fondo. La falta de sueño le confería al paisaje un efecto alucinógeno.

Reconoció al profesor de literatura francesa. Caminaba por la acera de enfrente, con su traje impecable, su peinado impecable, la mirada inquietante. El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón, recordó. Lo vio entrar en la cafetería de la esquina, donde tantas veces habían almorzado Tino y ella, y se dirigió hacia allí.

El olor a fritanga, mezclado con el humo del tabaco, le provocó náuseas. Se situó cerca del profesor, en un taburete de la barra, con ausencia total de plan.

Raúl leía la última página del diario. Escorpio. Algunos imprevistos pondrán a prueba tu equilibrio emocional. Un encuentro casual invitará a las confidencias. En el amor, procura ponerte en la piel de tu pareja y beber de su misma fuente.

Sonrío con ironía, al aire viciado, a la máquina de café, a la espalda blanca del camarero. Ahora buscaba a diario el horóscopo, lo leía como si completara un crucigrama, tratando de encajar los sucesos en las casillas apropiadas.

Pidió un café y se disponía a sumergir de nuevo la vista en el

diario cuando tropezó con aquellos ojos negros, que parecían haber llegado flotando desde el fondo del aula, alados. Lentamente, fue dibujándose un marco para esos ojos.

Vista con todo su marco, no podía decirse que la dueña de aquellos ojos fuera hermosa, al menos no poseía una belleza rotunda, de esas

que obligan a girar la cabeza a su paso. Sus rasgos eran armónicos, sus pupilas grandes, dos aceitunas negras que devoraban casi todo el blanco, su rostro oval tenía las proporciones adecuadas, su pelo azabache, espeso y brillante, acariciaba con aspereza su cara, como una mano vieja y amable.

Por trozos, su nariz recta, sus ojos almendrados eran hermosos, pero el conjunto no llamaba la atención.

La miró sin disimulo, con la impunidad de quien observa un maniquí en un escaparate.

La miró tan fijamente que la vio pedir al camarero, con voz tímida y gesto ausente, un café con leche y un cruasán, sin que ella se hubiera movido, sin que hubiera abierto esa boca de pálidos labios carnosos, como borrados con arena blanca.

Y de pronto, tranquila y obediente, recién salida de la pantalla, ella puso un pie en la realidad para repetir, con retardo:

—Un café con leche y un cruasán, por favor.

Añadiendo un por favor de su propia cosecha. Sumiendo a Raúl en una serena perplejidad.

—¿Tú crees en el destino?

Celia lo miró a través de sus negras pupilas.

—Solo los tontos creen que todo está escrito.

—Platón decía lo contrario, que solo los espíritus vulgares carecen de destino.

Se rascó la incipiente barba.

—Claro que tampoco hay que tomarse demasiado en serio a Platón. Te parecerá una tontería, pero hace unos instantes he visto cómo pedías un café con leche y un cruasán antes de que tú abrieras la boca, antes siquiera de que levantaras la vista y buscaras al camarero. Y entonces, solo unos segundos después,

como si volvieras de pasearte por mis pensamientos, has pedido exactamente eso, un café con leche y un cruasán, con el mismo gesto que yo he imaginado. Todo exactamente igual, salvo que has añadido un por favor. Algún idiota pensaría que tengo poderes paranormales.

Y al decir idiota pensó en él mismo. Esbozó algo parecido a una sonrisa, acordándose de la gorda televisiva.

—O que soy más educada de lo que parezco. Creo que lo que sucede es que todos somos muy previsibles. Aunque lo cierto es que he estado a punto de pedir un pincho de tortilla y una coca cola.

Celia depositó en la barra el café con leche que el camarero le pasó por encima de las tapas.

—Puede que haya sido un *déjà vu*. Una vez me explicaron que no tiene ningún misterio, es solo que la información llega un poco perezosa al cerebro y uno tiene la sensación de haber vivido ya lo que está sucediendo en ese mismo instante. La información ya está guardada en la memoria y sin embargo el cerebro aún anda procesándola.

Se arrepintió al instante de estar explicándole al profesor lo que era un *déjà vu*. A él que todo lo sabía acerca de la memoria, de la voluntaria y de la involuntaria. Le pareció que se sentía levemente decepcionado por la forma de sus cejas.

—Puede ser. Aunque lo de menos es comprender la causa, me interesa como síntoma. ¿Entiendes? Como síntoma.

Celia asintió con la cabeza.

Raúl se preguntó cómo podía no haberse fijado antes en aquella estudiante. Mucho antes, quería decir. No se podía afirmar que fuera guapa, pero sus ojos resultaban tremendamente enigmáticos.

—A menudo necesitamos interpretar las casualidades, no nos resignamos a asumir que las cosas suceden por motivos aleatorios, por puro y simple azar. Es tan cruel el azar. «Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible», decía ni más ni menos que Shakespeare. Todo tiene un porqué. Otra cosa distinta es que nosotros, pobres humanos, seamos capaces de asomarnos

sin vértigo al borde de ese gran interrogante.

Celia se apartó el pelo de la cara.

—Como dijo usted en clase, puede que simplemente cada uno de nosotros viva en un tiempo distinto al del resto, en el que las cosas suceden a su propio ritmo.

A Raúl no le gustó que ella le recordara sus propias palabras.

Pero le gustó que demostrara ser una alumna atenta.

—Háblame de tú, te lo ruego. Yo no entiendo mucho de tiempos, solo sé que si hay que situar la desgracia, se halla en el presente.

Sin embargo, la felicidad está en algún punto flotante en el futuro. O

en algún punto fijo en el pasado.

Celia removió el café con leche mientras pensaba que por fin alguien hablaba en un idioma que comprendía. El cruasán permanecía intacto.

—A veces se hace difícil creer, de hecho cuando más lo necesitamos, más difícil se hace. Esa es la trampa. Solo nos preocupamos del destino cuando no nos es favorable. Beethoven decía que solo había una manera de controlarlo, «agarrándolo por el cuello».

Más que pronunciarlas, había escupido estas últimas palabras.

Temió haber asustado a la joven pero esta lo escuchaba atenta y distante, la mirada más enigmática que nunca. Aunque no podía decirse que fuera guapa.

Se vio fugazmente reflejado en el intenso metal de la máquina de café y rehuyó su imagen. Atusó su cabello revuelto.

Así es que agarrarlo por el cuello… ¿lo hizo él?

—Puede —respondió Raúl—. Antes de nacer, sus padres tuvieron otro hijo, el primero, el auténtico Ludwig van Beethoven que murió a muy corta edad. Él vino a sustituir a ese hermano muerto.

Raúl pensó que divagaba, que su discurso no podía interesarle.

Pero no podía parar.

—Son muchos escritores decidieron agarrar su destino por el cuello. Los que eligieron el día, la hora y la puerta de salida de este mundo. Jack London se quitó la vida con morfina, Malcolm Lowry

con somníferos y alcohol. John O'Brien se voló la tapa de los sesos.

No hace mucho, Foster Wallace se ahorcó. Son tantos los casos, algunos realmente sorprendentes. La poeta Ingeborg Bachmann le prendió fuego a su cama con ella dentro. Ferrater aseguró a los treinta que no llegaría a los cincuenta y uno y lo cumplió: se asfixió con una bolsa de plástico. Sylvia Plath, Ernest Hemingway, Virginia Woolf,

Alejandra Pizarnik… La lista es interminable. Guy de Maupassant veía el suicidio como un último as en la manga, como el sublime valor de los vencidos, creo recordar que esas eran sus palabras.

Esas eran exactamente sus palabras. Enrojeció por la pedantería.

Celia no había leído a uno solo de esos autores.

—Me pregunto si intuyeron que iban a acabar así.

—¿Si estaba escrito en alguna parte? ¿Si fue un hecho inevitable? ¿Si cabría hablar de vocación?

El camarero se retiró al otro extremo de la barra a seguir cortando el pan, seguro de que su presencia estorbaba al hombre maduro que, con aquel rollo intelectual, trataba de ligarse a la jovencita que, aunque atractiva, no podía decirse que fuera guapa.

Pero ni Celia ni Raúl lo veían ya.

—Chesterton decía que siempre ha existido algo llamado destino, pero también otra cosa llamada albedrío y que lo que califica al hombre es el equilibrio de esa contradicción. Era listo Chesterton, y tenía un gran sentido del humor. Fue conocido como el apóstol del sentido común. Y sin embargo, coqueteó con el absurdo mundo del ocultismo y de la güija. Murió delirando, el pobre. Bromas del destino. Fue precisamente él quien dijo: «puedo creer en lo imposible pero no en lo improbable». Tal vez por eso creía en la güija.

Quedaron en silencio. Todo a su alrededor se movía a ritmo de mañana de viernes, imperioso y coactivo, pero ellos habían conseguido aislar un espacio a su alrededor, una pequeña burbuja en la que el sonido de sus voces se desplazaba intacto a pesar del

bullicio.

Sin más, Raúl se sorprendió a sí mismo hablando, antes de que su cerebro diera la orden a su garganta, de la que salieron despedidas unas palabras, como un vómito incontenible.

—Mi mujer quiere dejarme.

La miró serio, sin afectación, como si informara del tiempo previsto para mañana. Cielos cubiertos y fuerte marejada en todo el litoral.

Celia observó aquellos ojos más canosos que su pelo. No le incomodó

la exposición cruda de sus sentimientos, la pequeña muestra emocional para la degustación. Adivinaba el intenso sufrimiento de Raúl, que no escapaba por sus ojos ni por su voz de ginebra y que por ello intuía aún más fuerte, anclado en algún lugar profundo y sombrío. Aunque no fuera capaz de relacionar ese sufrimiento con la razón que él alegaba. Su mujer, su abandono, eran conceptos que no significaban nada. Raúl sufría porque tenía que sufrir, porque de pronto, sin ninguna razón o por miles de razones, se inicia la pendiente.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Tal vez no pueda luchar contra mi destino, pero no tengo otra cosa que hacer. Puede que ese sea mi destino. Ahora me doy cuenta de lo perfectamente absurdo que es todo.

Celia asintió. Y por primera vez Raúl la encontró hermosa, con esa belleza larvada que solo se aprecia cuando se mira a alguien muy de cerca, con la distancia reducida de un beso, con la esmerada atención que se pone en los seres queridos cuando duermen. Sí, estaba seguro, algún día un hombre daría lo que fuera por besar esos ojos.

—Me llamo Celia.

Se fruncieron de pronto esos ojos, achatándose en sus bordes a causa de una sonrisa.

—Yo Raúl.

Y tuvo la sensación de que ese Raúl que habló era un ser rescatado del álbum de fotos de la adolescencia, de cuando la

primera Vespino, de cuando los atardeceres violetas y los besos temblorosos bajo la encina, con regusto a robados. Cuando el tiempo aún no era una amenaza.

—Ya sé que te llamas Raúl. Estoy en tu clase de literatura francesa.

—Come un poco, te sentará bien.

Con una leve angustia, Celia arrancó una pata tostada del cruasán y la masticó despacio, haciendo desaparecer la náusea al instante.

NUEVE

Adela esperaba sentada en un banco frente a la facultad, bajo uno de

esos árboles japoneses que recuerdan a un almendro. Había pasado por su despacho, pero él no estaba allí. Conocía sus horarios de memoria. Los viernes tenía clase a las once, así es que si no estaba en su despacho, estaría en el bar de la esquina, tomando un café, solo, sin azúcar, a pequeños sorbos, pagando en cuanto el camarero se lo sirviera. Decidió aguardarlo al sol, bajo aquel árbol que desplegaba sus brazos de goma con delicadeza japonesa. De la brisa de poniente prendía una injustificada alegría de vivir.

Unos minutos más tarde, lo vio salir de la cafetería, con paso corto y vacilante. El previsible Raúl. Le pareció que iba con alguien.

Sí, en el lado interno de la acera —no podía distinguirlo bien—

alguien caminaba junto a él. Charlaban. Cuando llegaron hasta un grupo de estudiantes que obstruía el camino, Raúl le cedió caballerosamente el paso a su acompañante y Adela divisó una larga melena, lisa y negra, emerger del informe grupo. Y a Raúl, a su previsible Raúl, parado a escasos centímetros de ella, dibujando en el aire un movimiento rítmico para escoltarla, delimitando un pasillo invisible solo para ella. Su mano no llegó a rozar la cimbreante cintura, pero el movimiento de su brazo se sincronizó con el de las jóvenes caderas.

Fue un gesto sutil, antes de que volvieran a unir sus pasos para desaparecer tras las puertas de la facultad. Un gesto que quedó flotando en la cabeza de Adela.

Una flor lila con estambres blancos le cayó en el pelo, a la altura del flequillo, pero el ademán de su brazo, alzándose para apartarla,

no traspasó la frontera de la intención. Su mirada, aún fija en el grupo de estudiantes, apuntaba sin embargo al interior, impidiéndole cualquier movimiento, apuntalándola en aquel banco, permitiéndole no obstante seguir inventariando la realidad a su alrededor. Un autobús pitó, una paloma revoloteó a sus pies, un golpe de viento sacudió las ramas de los árboles.

El gesto que acababa de ver había entrado en un bucle de repetición, en un baile *avalsado* de brazos larguísimos, de cinturas ondulantes y melenas al viento.

Todos son esa clase de hombres, había dicho Morgana.

Dejó transcurrir unos minutos, masticando su perplejidad bajo el árbol hasta que se levantó y dirigió sus pasos hacia el edificio. Subió los tres

pisos por las escaleras y llegó acalorada a su destino, esta vez por una razón más tangible que la menopausia.

Todos son esa clase de hombres.

Dio dos toques con los nudillos a esa puerta, idéntica al resto de puertas que se cuadraban en hilera en el pasillo, salvo por el nombre de Raúl grabado en ella. Entró sin esperar respuesta.

La palidez de él, el temblor de su labio superior confirmaron sus sospechas.

—Adela, qué sorpresa… ¿a qué se debe la visita?

El beso fue un roce fugaz de labios, apenas una milésima de segundo de contacto.

—Me he acercado hasta la librería y se me ha ocurrido pasar a saludar.

—Pues me alegro. Y… ¿has comprado algo?

—Eh… No. He estado un rato ojeando, pero no me ha gustado nada de lo que he visto.

Adela escudriñó su rostro, buscando huellas de carmín, restos de tierno olor. Comprobando el impacto de sus últimas palabras.

Todos son de esa clase de hombres.

El curso estaba llegando a su fin por lo que la historia debía de llevar un tiempo en marcha. El proceso de seducción habría sido lento, demorado, en parte por la cobardía de Raúl, en parte por las

dificultades logísticas, lo que no habría hecho sino incrementar el deseo. Apenas unas miradas furtivas los primeros días de clase, un tanteo en forma de pregunta lanzada al auditorio, pero buscando hacer blanco en ella, para acabar más tarde dedicándole cada afirmación, cada apostilla, cada gesto, cada silencio vertido en público. Solo a ella.

Un atrevimiento, tal vez por parte de ella recogiendo el anzuelo, tal vez por parte de él, animándola a comentar algún asunto en su despacho, les habría proporcionado la ocasión de estar a solas. En ese mismo despacho. A salvo de miradas indiscretas.

—¿Comes en casa?

Un repunte de asco quedó prendido del interrogante.

—Sí, pero siéntate mujer…

Y Raúl extendió su brazo derecho, dibujando el mismo gesto protector. Pero esta vez sí rozó su cintura, la parte baja de la espalda de Adela que se tensó de forma perceptible.

También ellos lo hicieron una vez en aquel despacho, hacía como un millón de años. Adela vio su cuerpo tendido sobre aquella mesa de madera maciza, la falda enrollada hasta la cintura, la espalda arqueada por un placer multiplicado por la posibilidad de ser descubiertos. La sacudió una profunda repugnancia.

Todos los hombres son de esa clase de hombres.

—He hecho cocido —dijo, mirándole a los ojos con dureza.

—Qué bien —respondió Raúl, con sonrisa lastimera—. Ya sabes que me encanta el cocido.

La puerta se había abierto en el preciso momento en que, sentado a la mesa de su despacho, Raúl observaba el retrato de su hija, buscando los vestigios de una Adela joven en sus ojos, tratando de rescatar los restos tras el naufragio. La confesión con Celia le había dejado un regusto dulce, había abierto sin saber por qué un delgado vano en la esperanza.

Y, sin previo aviso, su mujer había adquirido corporeidad, había

surgido de la nada, tras unos breves golpes a la puerta. Por lo visto, ahora le bastaba imaginar algo para que sucediera.

—Qué sorpresa… ¿a qué se debe la visita?

La encontró hermosa, con un rubor juvenil que daba color a su rostro, como el fruto maduro da color al árbol verde.

—Me he acercado hasta la librería y se me ha ocurrido pasar a saludarte.

—Pues me alegro y… ¿has comprado algo?

—Eh… No. He estado un rato ojeando, pero no me ha gustado nada de lo que he visto.

Lo observaba atentamente. Raúl pensó que había llegado el momento,

por fin iban a ser pronunciadas las palabras definitivas.

No lo soporto.

Contuvo la respiración mientras esperaba a que Adela lo sentenciara, sellara con validez oficial su abandono. Pero ella se limitaba a escrutarlo de forma extraña.

—¿Comes en casa?

Pensó en las lentejas en la basura, en su soledad de mantel desplegado a medias.

No lo soporto.

—Sí, pero siéntate mujer…

Y extendió su brazo que apenas llegó a rozarla. Notó cómo su espalda se tensaba. Imaginó su espalda desnuda. Tuvo deseos de tenderla allí mismo, sobre la mesa, y hacerle el amor con desesperación, profundamente, arrastrando con su drenaje todos los pensamientos residuales acumulados en los últimos meses.

—He hecho cocido.

La sola mención del cocido le provocó ganas de llorar.

—Qué bien —exclamó, como si el cocido fuera un pasado aún recuperable—. Ya sabes que me encanta el cocido.

Quedaron frente a frente, sin ninguna palabra colgando en medio.

—¿Quieres que tomemos un café? Aún faltan veinte minutos para mi clase.

—Pensé que ya habías tomado café…

Él no pareció acusar el golpe. Ni rastro de culpabilidad en su rostro. Todos son de esa clase de hombres.

Todas las frases de su mujer parecían tener doble sentido. *No lo soporto*.

—¿Quieres sacarlo de la máquina y nos lo tomamos aquí? —

sugirió Adela.

Ella prefería estar a solas con él.

—Claro, ¿cortado para ti, como siempre?

Ese como siempre se coló junto con la corriente de aire al abrir la puerta y acompañó a Raúl hasta la máquina de café. Como siempre.

En cuanto estuvo a solas, Adela cogió la minúscula grapadora que había sobre la mesa y la guardó en su bolso. Todos son de esa clase de hombres.

Procura beber de la misma fuente que la persona amada, recordó Raúl mientras sacaba los cafés de la máquina. Pasó la lengua por el borde del vaso de Adela, despacio. Y luego la introdujo en el líquido, varias veces. Repitió la misma operación con el suyo.

Tan absorto estaba en su ceremonia que no advirtió al secretario del departamento que lo observaba a lo lejos.

DIEZ

Al pie de la escalera aguarda la señorita Carmen, la lujuria secreta, la que durante el día deja entrever unos muslos prietos, embutidos en medias color carne, apetitosos como morcillas, que al cruzarse en gesto casual, elevan las orillas de la falda, dejando asomar apenas unos centímetros de fantasía dérmica, los suficientes como para inyectar combustible a la imaginación de Raúl, que quedará en ralentí hasta la noche, cuando entre la soledad de las sábanas se acelere hasta el éxtasis.

Y junto a ella, su madre, la antilujuria, la que mueve expresivamente las manos mientras habla con su profesora. Las mismas manos que de noche ajustan las mantas a su pequeño cuerpo, moldeando sus incipientes formas, las mismas que de día moldean las croquetas para la cena.

Su madre, la antítesis del deseo, la media melena, los zapatos de medio tacón, la falda de media pierna, el té de media tarde. Con su padre, siempre sobrevolándola alrededor. Su padre, aunque ausente físicamente, reflejado en su rostro, aplazado solo hasta el momento de llegar a casa, momento en que ella, primero testigo de excepción y luego correo infalible, le cuente con docilidad de *geisha* todo lo que su recto progenitor ya sabe de él.

Al final de esa escalera que se hace interminable a las pequeñas piernas de Raúl le aguardan las dos mujeres que, indudablemente,

hablan de él, de su aviesa personalidad por fin puesta al descubierto. Sabe que ha llegado su hora.

Pero cuando finalmente las alcanza, comprueba con alivio que no han sido destapados sus más oscuros secretos. Que es solo porque en el recreo, siguiendo una ya rutinaria costumbre, le han

birlado el bocadillo al gordito que además es bizco, con lo que reúne todos los requisitos para ser declarado oficialmente el blanco perfecto. Él ha asistido al tedioso episodio, sin abrir la boca y luego ha participado en el reparto del botín, ha comido su parte de ese bocadillo de atún, aunque a él ni siquiera le gusta el atún. Pero no ha sido el cabecilla, él nunca es el cabecilla. De hecho, le cae bien el chico gordo y bizco, aficionado a los cómics. Podría decirse que hasta lo envidia, aunque no alcanza a comprender por qué. Él se limita a dejarse llevar río abajo por la corriente de los que trazan la delgada frontera que separa a los apestados del resto, los que deciden quién va al infierno y quién no. Porque, como todo el mundo sabe, al infierno se accede directamente desde el patio del colegio.

—Yo no he sido, mamá —se oye decir, con voz atiplada—.

Sabes que no me gusta el atún.

—Eso es verdad —tiene que reconocer su madre—, desde bien pequeño no lo soporta…

Y a pesar de que la sospecha le sobrevuela en círculos concéntricos, las dos mujeres tienen que absolverlo ante la falta de pruebas.

Once menos cinco. Los vasitos de plástico han mostrado su fondo. Raúl ha mirado la hora. Adela ha dicho que se marchaba.

Eso ha sido todo. Raúl ha pensado que una vez más se libraba.

Ha descendido la larga escalera de la facultad para dirigirse al aula 316, siguiendo los pasos del recuerdo. Casi cuarenta años se han colado entre esos dos momentos, unidos por una escalera. Le ha parecido sin embargo que se tocaban, que ahora hacía paquetitos de tiempo, ensamblando situaciones, atendiendo a las relaciones ocultas entre ellas, sin importar el tiempo que las separara.

Enfrentado al medio centenar de alumnos, ha comprendido de pronto que ha llegado la hora de pagar las culpas, de confesarle a la señorita Carmen, a su madre, a su omnisciente padre —poco

importa que yazca varios metros bajo tierra— que el culpable es él, que siempre fue él. Sin temor al castigo, pretendiéndolo incluso, como una redención tardía, como una lenta descompresión para emerger por fin a la superficie. Aunque para ello haya que cruzar la frontera de los apestados y acceder directamente al infierno.

—Flaubert escribió *Madame* Bovary entre 1851 y 1856. Ese mismo año aparece por entregas en la revista Revue de París y, unos meses más tarde, en un único volumen. El libro de Flaubert causó una tremenda conmoción en la sociedad de la época, suscitó un intenso debate social en torno a la relación entre el autor y sus personajes. Aunque hoy nos resulte inconcebible, tanto Gustave como su editor fueron llevados a juicio por la novela, acusados de atentar contra la moral pública.

Ese «Gustave» pronunciado con relamido acento francés, se le quedó atravesado como una espina en la garganta.

—El autor se defendió alegando que se había limitado a retratar a una mujer de su época, sin tomar partido, sin enjuiciarla, abriendo así el debate sobre la implicación ética en la escritura, sobre los límites entre la realidad y la ficción.

Desde la masa informe de cabezas, le llegó una voz fina, casi estridente en forma de pregunta:

—Pero los que criticaban a Flaubert por la supuesta inmoralidad de su novela, ¿no caían precisamente en el mismo error que la protagonista de la historia?, ¿no confundían realidad y ficción, exactamente como Emma?

La fea era lista como el hambre. Tenía que serlo.

—Efectivamente. Emma no distingue entre el verdadero amor y la pasión efímera, cree que debe perseguir todo aquello que desea, escapar a una vida mediocre a través de la sublimación amorosa, y esa sociedad escandalizada por la moral de esta mujer mostró la misma ceguera no distinguiendo entre realidad y ficción. Pero lo que de verdad no le perdonaron al escritor fue que elevara a Emma Bovary a la categoría de heroína.

—¿Heroína? A mí me parece una tipa vulgar, sin clase y

amargada, que engaña a su marido con todo el que se le pone a tiro, que no cuida de su hija —intervino el chico de la tercera fila.

—Una guarrilla —añadió alguien por lo bajo.

Risas en el aula, seguidas de murmullos. El chaval de la coleta era simple, sin fisuras, de una pieza. Raúl imaginó el borrador impactando de lleno en su cabeza.

—Independientemente de nuestra valoración personal, *Mme* Bovary cumple con todos los requisitos para ser una heroína.

Baudelaire, el autor del prólogo, ya reconoce que el personaje de Flaubert posee todas las gracias del héroe: «sublime en su especie, en su pequeño mundo, frente a su pequeño horizonte». Y también aclaró qué era lo que la absolvía: «Emma Bovary persigue un ideal». Eso sin duda la eleva y la convierte en heroína.

El rostro del chaval era de escepticismo, de no estar de acuerdo con las palabras de su profesor, por más que las sustentaran Baudelaire y una legión de intelectuales.

—Pero si el propio Flaubert la pone en evidencia durante toda la novela, la hace correr detrás de hombres que se burlan de ella, que la utilizan, que la desprecian, replicó el alumno.

—«A un alma se la mide por la amplitud de sus deseos, del mismo modo que se juzga de antemano una catedral por la altura de sus torres», dijo Flaubert. Puede que una parte de Emma represente lo peor de esa sociedad burguesa, hipócrita y mezquina en la que vivía. Ella formaba parte de eso también. Pero otra simboliza la ambición, el espíritu elevado y noble, la necesidad de trascender a través del amor. Y eso es lo que produce confusión. Y veracidad. Lo que la convierte en una heroína. Adela es una mujer perdida en su tiempo, precisamente por haberse adelantado a él.

¿Adela? ¿Había dicho Adela? No estaba seguro.

—En cualquier caso, el autor fue el primero en afirmar que la dimensión moral del texto es secundaria, que una obra de arte debe justificarse por sí misma, lejos de cualquier otra consideración.

Pero ya nadie lo escuchaba. La clase estaba dividida en corrillos que discutían si Mme Bovary era una zorra o una heroína.

—Por otra parte, la necesidad de amor… —empezó a decir sin convicción.

Contempló el aula repleta como un enorme acuario sellado.

Recordó la noche anterior, los pies fríos de su heroína bajo las

sábanas, aquellos apéndices tan reales que adquirieron vida propia, que lo llamaron, impulsándolo a un acercamiento tras más de un mes de sequía. Húmedo, tembloroso como un nenúfar, inició el largo camino hacia el templo sagrado, reunió el valor necesario desde todos los rincones vencidos de su cuerpo para rozar con su pie derecho el pie izquierdo de ella. Y le pareció que esos cinco deditos no lo rechazaban, aunque su dueña no dejó de leer el libro que tenía entre las manos. Casi estuvo a punto llorar de alegría poniendo en peligro su tímida erección. Su pierna fue tras ese pie, y tras ella todo su cuerpo. Pero entonces, con la suavidad con la que se habla a los niños enfermos, ella dijo:

—Hoy no, cariño, estoy con la regla.

Sin encontrar resistencia, cayó directamente al vacío.

Él había hecho sus deberes, la había espiado con diligencia y sabía que la sangre no fluía desde hacía meses por aquel pasillo interior por el que tantas veces había transitado entre el asombro y el placer. Pero fue aquel cariño el que lo expulsó hacia la estratosfera.

Trató de continuar, de acallar su voz interior con la exterior:

—Decía Baudelaire que a través del amor huimos de nosotros mismos: «esa necesidad de olvidar su yo en la carne extraña es lo que el hombre llama noblemente necesidad de amar».

No podía dejar de pensar a través de otros.

El murmullo seguía creciendo al fondo del aula, como una gran bola de nieve que iba avanzando, tragándose filas enteras. Se sentía incapaz de poner orden. El runrún le hipnotizaba, se le ofrecía como un colchón sobre el que extender sus pensamientos.

—Tal vez sea mejor arder que apagarse lentamente, dijo Kurt Cobain justo antes de arder.

—¿Kurt Cobain? —leyó en los labios del chico de la primera fila

—. ¿Ha dicho Kurt Cobain?

—Sí, Kurt Cobain —respondió Raúl.

Se había convertido ya en una máquina de escupir citas sin ton ni son, sin respetar época ni estilo.

—¿Acaso es posible arder junto a unos pies tan fríos?

¿Unos pies fríos? Ahora era la chica de la segunda fila la que gesticulaba con extrañeza, acaso con asco. Y de pronto, el silencio había devorado de un mordisco al murmullo y sus últimas palabras rebotaron por las cuatro paredes del aula, alcanzando todos y cada uno de los oídos.

De las últimas filas se alzó un brazo:

—¿Lo de los pies fríos entra para el examen?

Risas, risas que se convirtieron en una risa enorme, en una única bocaza colectiva, tratando de devorarlo. Maldita bastarda. Y

los estúpidos siempre al acecho, siempre dispuestos a reírle las gracias.

—No, no va para examen. Era una metáfora, pero ya veo que son ustedes inmunes a ellas.

Los estúpidos se habían adueñado ya de la clase, sus ideas eran las ideas, sus tiernas ganas de vivir, exacerbadas por el calor, mustiaban cualquier otro tipo de existencia. El murmullo le resultaba cada vez más indigesto. Miró la hora: aún faltaban veinte minutos para el final de la clase pero ya no podía más, una rigidez insoportable contraía su expresión y tensaba sus músculos. Y no podía dejar de tensarlos. Temió que su cara se derrumbara allí mismo, que sus músculos faciales, convertidos en gelatina, dejaran de sujetar sus pómulos, sus cejas, sus labios, y su rostro se desmoronara ante los aproximadamente cincuenta desconocidos.

Decidió dar por zanjado el tema del debate y recomendó unos cuantos libros de bibliografía que apuntó en la pizarra, con pulso febril: *La orgía perpetua*, de Vargas Llosa, *Todo lo que quería decir sobre Gustave Flaubert*, de Maupassant, *El idiota de la familia*, de

Sartre y *El loro de Flaubert*, de Julián Barnes. A pesar de que anotó las referencias despacio, con letra abombada, la tarea apenas le llevó cuatro minutos. Ahora sí, las miradas estaban fijas en él, expectantes, ávidas de sangre, disfrutando de su victoria.

No le quedó más remedio que explicar lo que ya sabían, lo que ya les dijo el primer día y que además aparecía en el guion de la asignatura: qué capítulos de qué libros se correspondían con cada tema, en qué consistía el trabajo que debían presentar, qué porcentaje representaba de la nota final. Con voz temblorosa, quebradiza como huesos con

osteoporosis, fue empequeñeciendo ante los estúpidos, suplicando piedad, implorando el fin de la tortura.

Solo consiguió consumir cinco interminables minutos de los quince que aún restaban. Finalmente se rindió y, antes de tiempo, dio por terminada la clase.

ONCE

Se dirigió a la cafetería y se situó en la barra, buscando de forma instintiva el sosiego de los ojos negros. Pero tampoco estaban allí.

En cambio apareció el decano, que le propinó una amistosa palmada en el hombro, una fuerte palmada de macho camarada.

Era increíble cómo conseguía aquel hombre no tener ni una sola arruga en su traje, ya fuera primera o última hora de la mañana.

Lucía siempre perfecto, con sus perfectos modales, su perfecta sonrisa, su perfecta voz templada.

—¿Cómo te va la vida?, ¿cómo está tu mujer?

Los músculos de su espalda se tensaron, como un tirachinas a punto de expeler una bola de papel.

—Bien, como siempre. Como siempre —repitió.

¿Por qué tenía que preguntarle precisamente por Adela, a la que apenas había visto un par de veces en su vida?

El decano propaló un par de sonrisas seductoras a su alrededor y le dedicó un rápido guiño al camarero que, aunque ocupado, se dirigió inmediatamente hacia él.

¿Por qué había tenido que preguntarle precisamente por su mujer? Le pareció que su sonrisa se remataba en una siniestra burla, que los bordes de sus carnosos labios se elevaban como los de un Jocker, dejando al descubierto una malevolencia sin empuñar.

—¿No tienes clase hoy?

Y dale con las preguntas insidiosas.

—Acabo de salir ahora mismo. Los alumnos me han pedido acabar diez minutos antes para ir a donar sangre. Hay un autobús en la puerta —improvisó Raúl.

Lo de las donaciones había sucedido dos semanas antes, pero

estaba seguro de que el decano vivía demasiado pendiente de sí mismo como para reparar en esos detalles. Por otra parte, era una mentira del todo innecesaria porque aún era más improbable que el decano conociera sus horarios.

—Vaya, vaya, por mucho que digan, estos jóvenes de hoy en día son solidarios.

Raúl asintió, pensando en los malditos estúpidos y en su inmensa solidaridad, pero no dijo nada. La sombra de la sospecha le embotaba el pensamiento. Puede que el decano supiera algo, se mostraba especialmente condescendiente. Lo observó con disimulo, la misma máscara risueña de siempre, imposible leer más allá.

Las noticias desgraciadas volaban como la pólvora. La mujer de un compañero de la facultad era amiga de Adela y puede que esta se hubiera sincerado con ella y ella con su marido y, a estas alturas, toda la facultad supiera lo suyo. Puede que hubiera llegado a los oídos de los estúpidos y por eso le mostraban menos respeto cada día.

Trató de conservar la calma. Le pareció ver brotar de nuevo la sonrisilla maliciosa en esos labios femeninos, finamente contorneados.

El camarero colocó frente a ellos los dos cafés, el de Raúl, solo, que había pedido hacía rato, el del decano, cortado.

—Vaya lío que se está montando con el plan de Bolonia… —

empezó a decir el decano.

Y tras verter el azúcar y remover el café, se echó la mano al bolsillo y le hizo un gesto cómplice al camarero para que se cobrara.

Raúl lo vio claro. El decano sentía lástima por él. Lo sabía acabado, a punto de ingresar en el club de los apestados, de descender sin escalas a los infiernos. Por eso le invitaba. Es lo que él mismo hubiera hecho de estar en su lugar. No podía permitirlo, tenía que evitarlo como fuera, tenía que ser él quien pagara esos cafés.

Como si la vida le fuera en ello, desplegó un brazo que ni él mismo vio pasar, lo antepuso entre el del decano y la palma

extendida del camarero, interceptando esa unión con tal impulso, que el decano tuvo que dar un paso atrás para no perder el equilibrio.

Arrancó el billete de cinco euros de las manos del camarero y lo dejó, arrugado, sobre la barra, mientras con la otra mano trataba de sacar su cartera, con unos dedos torpes que se enredaban en su bolsillo.

Finalmente consiguió hacer aparecer un billete de veinte euros que tendió, victorioso, al camarero.

—Invito yo, dijo triunfante.

Los dos hombres lo miraron al unísono y a Raúl le pareció que todos los ruidos de la cafetería cesaban de golpe, y los estudiantes bajaban por unos momentos su estridente tono.

—No tengo más pequeño —se excusó, consciente de lo absurdo de la situación.

El decano, cuya exquisita educación le dictaba ahora ser magnánimo sin llegar a condescendiente, agradeció la invitación de pasada, cambiando rápido de tema para no incomodar a Raúl que, definitivamente, se rindió ante los modales de aquel perfecto cabrón.

Ni en cien vidas aprendería a comportarse como él.

—¿Estás al tanto del nuevo sistema de evaluaciones?

El ruido de la cafetería volvía a ser atronador. Raúl dio un sorbo al café. Se quemó la lengua. No podía concentrarse en sus propios pensamientos con aquel bullicio de patio de colegio, con aquellos gritos y risas histéricas de adolescentes que ya no lo eran, con el estruendo de platos que el camarero colocaba con total impunidad en la rejilla del lavaplatos. Una cafetera bramaba, el molinillo trituraba sin piedad el silencio, una radio desintonizada contaminaba el ambiente. Apenas podía oír a su interlocutor. Apenas podía pensar. No entendía cómo todos los que estaban allí hacían como si no existiera ese ruido atronador.

—No, no sé nada —confesó Raúl.

—A partir del curso que viene, al final de cada cuatrimestre, se pasará un cuestionario a los alumnos sobre cada profesor, sobre su forma de impartir la asignatura, los materiales que les proporciona,

su trato con ellos, su puntualidad, etcétera, y si este no alcanza la media, no tendrá derecho a los complementos salariales. Es una forma de control de calidad, eso que llevamos exigiendo tanto tiempo.

¿Por qué le decía eso? ¿Era acaso una advertencia para que tuviera mejor trato con los estúpidos, con esa pandilla de malnacidos que se dedicaban a boicotear sus clases?

No pudo permanecer allí por más tiempo. Con una absurda mentira que provocó una situación aún más absurda, no por la mentira —«tengo a un alumno de doctorado esperándome en el despacho»— sino por la forma precipitada de marcharse, dejando su café a medias y al decano con la palabra en la boca, Raúl huyó de la cafetería.

Creyó distinguirla entre un grupo de jóvenes que formaban un corro en el pasillo pero la chica morena y esbelta se giró y no se parecía en nada a ella. De hecho, ella nunca hubiera formado parte de un corro de estudiantes despreocupados que acunaban sus carpetas contra el pecho mientras reían, como si la facultad fuera un escenario más en el que exhibir su felicidad.

Apretó el paso para llegar cuanto antes a su despacho. A pesar del sigilo con el que entró en el departamento, el insidioso secretario, la puerta de su despacho siempre entornada, alzó la vista. Bien pudiera ser él el origen de las habladurías. Porque no lo dudaba, él conocía todo lo que sucedía en el departamento. A él no se le escapaba el camino sin retorno que había iniciado, su particular cuesta abajo sin frenos. No tenía ni idea de cómo, pero estaba seguro de que estaba al tanto de todo lo que sucedía en su patética vida, en la suya y en la de todos los que trabajaban allí.

Controlaba sus nóminas, sus horarios, sus entradas, sus salidas, lo que debían, lo que poseían, lo que comían, lo que cagaban, la postura en que les gustaba para hacer el amor, de qué lado les caía la baba al echar la siesta.

Aceleró el paso. Afortunadamente, ya no tenía más clases esa mañana. Tampoco tenía ganas de corregir los trabajos de los

estúpidos que se amontonaban sobre su mesa.

Respiró hondo. Se sentó en su sillón giratorio, se descalzó y cruzó las piernas sobre la mesa. Sus ojos se refugiaron en el póster de la pared, en la imagen de una exposición fotográfica del IVAM en la que aparecía una niña de los años cuarenta, de edad indefinida, muy pequeña si atendemos a la envergadura de su cuerpo, muy mayor si atendemos a la profundidad de su mirada. Una mirada que le había acompañado durante los últimos quince años, una mirada que revelaba nuevos misterios cada vez que la observaba. Pensó que hoy

sería imposible encontrar una mirada así, con esa mezcolanza de paz y de dolor tan intensa. Una mirada de posguerra. Le asaltaron unas ganas enormes de llenar de caricias a aquella niña, de acunarla entre sus brazos, de besar sus fríos piececillos de posguerra, de…

La llamada a la puerta le sobresaltó. El secretario venía a por él.

Rápidamente, retiró las piernas de la mesa, cogió el primer trabajo del montón y fingió corregirlo. Con voz temblorosa, gritó:

—Adelante.

Una rizada cabeza asomó por la puerta. Antes de recibir señal alguna por su parte, el joven ya se había adentrado en el despacho con decisión, con una exultante seguridad. En dos zancadas, se plantó frente a él.

Raúl se hundió en el sillón, absorbido inexorablemente por su pequeñez. Con un dedo que se le antojó diminuto, le señaló la silla para que se sentara cuanto antes, y poder recuperar la dignidad de compartir el mismo plano. Como si hubiera hecho falta, el chaval, imparable en su impulso, ya se estaba acomodando cuando Raúl no había completado el gesto de ofrecerle asiento. Y cómo no, lo hizo con las piernas bien abiertas, marcando un enorme paquete.

—Quería haber venido antes a hablar contigo. Soy alumno de 3.º, de literatura francesa…

Se retiró el pelo de la cara. Los traviesos rizos de su estupenda melena se empeñaban en hacer incursiones sobre sus ojos. Una minúscula gota de sudor resbalaba desde el nacimiento de su pelo.

Le hablaba de tú, con la familiaridad con la que le hablaría al mecánico del taller donde llevaba la moto a arreglar o al padre de la chica que se estaba tirando.

—¿Y cuál es el motivo de su visita?

El chaval ni se inmutó al ser tratado de usted. Era otro descerebrado más de los que paseaba por la facultad, otro rey de la cafetería, que se limitaba a calentar los asientos de las aulas, tratando de memorizar algo que le han dicho que puede salir en el examen, mientras su cerebro anda pergeñando ideas mucho más productivas, como la forma de convencer a sus padres para que le compren el nuevo Golf o la estrategia para ligarse a la rubia que el otro día pasó junto a él sin fijarse en su estupenda melena.

—No he podido entregar a tiempo el trabajo del primer cuatrimestre sobre los novelistas del XIX, y quería saber si me guardarías la nota del examen si te lo presento en junio. Es que he estado trabajando…

Las palabras mágicas. Los estúpidos creían que la sola mención de un trabajo en el mundo exterior, aunque fuera en un McDonald's, los situaba automáticamente en el mundo de los adultos responsables, eximiéndoles de las absurdas y pueriles tareas planteadas desde la facultad. Creían además que sus mentiras no se olían a kilómetros de distancia. Este era vago por naturaleza, podía verlo en sus ojos, en sus gestos y hasta en sus rizos. Vago y estúpido.

Unas palabras de Quevedo acudieron a su mente: «La idiotez es una enfermedad extraordinaria, no es el enfermo el que sufre por ella, sino los demás». Estuvo tentado de repetírselas en voz alta. O

de decir simplemente no. «No. Buenos días. Cierre la puerta al salir». Se oyó preguntar, sin embargo:

—¿Qué nota tiene en el examen de teoría?

—Cinco y medio.

Raúl estaba seguro de que iba a ser mediocre; sin embargo, el deje de orgullo en la voz del estudiante le sorprendió.

El trabajo valía la mitad de la nota. Tenían que hacer un pequeño

ensayo sobre uno de los autores que habían visto en clase: Proust, Flaubert, Stendhal o Balzac. ¿No fue precisamente Balzac el que dijo que el malvado descansa algunas veces pero el necio jamás?

¿Cómo vería el melenas al desdichado Sorel? Seguro que Swann le parecía un pobre imbécil sentimental. De nuevo crecían salvajes las ganas de negarle lo que le pedía.

Pero no se atrevió a desafiar a aquel ser tan seguro de sí mismo, acostumbrado a seducir, a ser un triunfador, por muchos cincos que sacara. Y de nuevo Honoré de Balzac: «Solo una persona mediocre está siempre en su mejor momento».

Vencido, apenas acertó a responder:

—De acuerdo, te la guardo hasta septiembre. ¿Cuáles son tus apellidos?

—Durán Messeguer, David —añadió.

Y pronunció su nombre de pila con orgullo, como si sus padres hubieran alcanzado la perfección al engendrarlo y hubieran firmado, pletóricos, su maravillosa obra.

Antes de salir, al menos le dio las gracias. Pero ya desde la puerta, preguntó:

—Por cierto, ¿de cuántos folios es el trabajo?

Raúl no pudo soportar esta última pregunta.

—He dado las pautas en clase, pídaselas a algún compañero. Y

en cualquier caso, los trabajos en la universidad no van al peso, esto no es una verdulería —respondió agriamente.

De nuevo a solas, Raúl sacó el papelito que había aguardado toda la mañana en el bolsillo del pantalón, esperando el momento oportuno de salir a la luz, y marcó el número de teléfono allí escrito.

Una voz dulce, como la de la chica del anuncio del coche, vestida solo de algodones, respondió al otro lado.

—Consultorio de Morgana, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quisiera pedir una cita.

La chica tardó unos segundos en responder.

—¿Ha venido ya antes o es la primera vez?

En esta ocasión, Raúl hubiera preferido que le hablaran de tú.

Respondió que era la primera vez, y por su mente cruzó su andanza por aquel portal y aquellas letras en oro del cartel. Le dieron ganas de reírse de la seriedad de toda aquella pantomima.

—Dígame su nombre, por favor.

—David Durán Messeguer —dijo, con voz decidida.

DOCE

No perder de vista la cadena, esperar a que aparezca la pieza siguiente y asirla, colocarla bajo la aguja, encajándola con firmeza, para que cosa en el sitio preciso. Extraerla una vez domada y depositarla de nuevo sobre la cinta deslizante. Estar en constante movimiento, pero no cualquier movimiento, un movimiento suave, preciso, fluido, constante.

Celia pensaba que era todo un arte atrapar el ritmo, acaso el único secreto. Las calles estaban pobladas de gentes que habían perdido el compás. Mendigos, borrachos, esquizofrénicos, que llegaron un segundo tarde o un segundo antes de tiempo.

Ella no lograba encajar la pieza a la primera. Su cabeza iba mucho más rápida que sus manos o sus manos mucho más lentas que su cabeza. Y a menudo, sucedía al revés. Pensaba en la forma de su cuerpo, inclinado sobre la cinta deslizante, en su brazo derecho, distendiéndose grácil, mientras el izquierdo quedaba esperando, preparado para asir la pieza que, irremediablemente, se le escapaba de entre las manos. Y tras el desliz, trataba de recuperar los preciosos segundos, colocándola bajo la aguja en un solo movimiento y cosiéndola mal. Fallaba. Y porque fallaba, pensaba en cómo debería hacerlo para que le saliera bien. Y porque pensaba, no le salía bien.

Los círculos son peligrosos, concluyó. Por eso había dejado la facultad, por eso trabajaba en aquella fábrica. Recordó los versos del libro que le había prestado Raúl y que leyó la noche anterior de forma compulsiva, tantas veces que acabaron diluyéndose en otro círculo, el de la memoria.

«Señor *La jaula se ha vuelto pájaro* y se ha volado /y mi

corazón está loco /porque aúlla a la muerte/ y sonríe detrás del viento *a mis delirios* Qué haré con el miedo /Qué haré con el miedo».

Una mañana lo vio claro. La víspera, sus compañeras de piso habían cocinado pollo al limón y lo habían repartido en cuatro trozos: dos de pechuga y ala, dos de muslo y contramuslo, con una patata asada, partida por la mitad, muy quieta, en cada plato.

Dispusieron los cuatro platos sobre la mesa, junto con cuatro vasos, cuatro tenedores, cuatro cuchillos, cuatro servilletas, sobre cuatro mantelitos simétricos, con idénticas rayas naranjas y marrones.

—Siéntate donde quieras y elige: muslo o pechuga —le indicó Elena.

Fue incapaz de decidir. Se atrincheró en el cuarto de baño, y trató de respirar hondo un oxígeno invisible, inexistente, mientras decenas de hormigas le subían por las piernas y su corazón marcaba un ritmo de *hardcore*. Creyó que se iba a desmayar.

No salió del baño hasta asegurarse de que las otras habían elegido su parte del pollo. Apenas tocó la pechuga de su plato.

A la mañana siguiente, sola en el piso, hojeó el periódico del día anterior y le pareció que aquel anuncio la miraba de forma serena, desde unas equilibradas letras de molde. Llamó. Dos días después le hicieron una entrevista y, a finales de esa misma semana, vestida con una multitudinaria bata color azul, ocupaba el puesto número cuarenta y siete de la cadena, había dejado la facultad y había alquilado un piso para ella sola, un tercero sin ascensor, interior, sin apenas muebles.

Miró a Amparo, segura, serena, dos puestos más allá.

Y sin necesidad de levantar la vista, supo que los dos ojos en lo alto seguían fijos en ella, como un eslabón más de la cadena. Tal vez fuera imposible escapar a los círculos, tal vez solo se sustituyeran unos por otros.

Desde el día en que llegó, hacía dos semanas, el encargado no había dejado de observarla desde su atalaya acristalada. Como quien mira un fuego del que no puede apartar la vista o un paisaje

en movimiento tras la ventanilla de un tren: de forma distraída, aunque persistente. Ella ya reparó en aquellas pupilas imantadas en la entrevista, en esa mirada furtiva que robaba un trozo de piel en cada descuido, que recreaba en su imaginación una visión aderezada con mucha más pasión por parte de ella que, de pie en el despacho transparente, se limitó a escucharlo, sin ninguna expresión en el rostro. De hecho, supo que el trabajo sería suyo.

Un trabajo monótono, ocho horas al día domando la rutina, intercambiando minutos por piezas de cuero, amaestrando bolsos, carteritas de piel, fundas para gafas, cinco días a la semana, veinticuatro días al mes, doscientos sesenta días al año. Un trabajo que casi impedía pensar, que apenas permitía oír el insidioso zumbido en la lejanía, ahogado por el ruido de las máquinas.

El trabajo perfecto para ella. No iba a volver a la universidad.

Aún no se lo había dicho a su madre, no se lo había dicho a nadie salvo a Amparo, que ocupaba la taquilla junto a la suya, y a la que acababa de conocer. Lo había comprendido al instante: «la universidad debe de ser una auténtica tortura», había exclamado. Y

Celia había asentido, convencida. Amparo dejó el colegio a los trece años y llevaba desde los dieciséis trabajando en cadena, ocho años en una fábrica de envasado de fruta, cuatro en la planta de artículos de piel. Se tapaba la boca cuando reía porque sus dientes eran las ruinas

de un antiguo templo, un caos de piezas montadas y destacadas ausencias. Su taquilla sin embargo lucía en perfecto orden.

Miró a Amparo en su puesto, lumínica como una luciérnaga.

Observó sus expertas manos que se movían con agilidad y con extremo cuidado al tiempo, como si en vez de piezas de cuero manejara pajarillos vivos.

Y sin embargo, esa piel provenía de animales muertos. Notó la suavidad del ante bajo sus dedos y pensó en el cuerpo de Tino descomponiéndose en la caja. Imaginó su piel corrompiéndose, los labios desgajándose de la carne, desgajándose en ese preciso instante en que sus manos colocaban una nueva pieza de piel bajo

la aguja, y el sol caía en vertical sobre la cubierta de la fábrica, sobre la tierra que cubría las tumbas. El mismo sol.

El calor no haría sino acelerar el proceso de descomposición.

¿Por dónde saldrían los gusanos una vez terminado su festín?, se preguntó. ¿Qué quedaría de aquellos labios?

Besarle fue como besar su propia piel, como besar a alguien de su sexo. Sintió vergüenza y asco, como si se tratara de un incesto.

La gente suele mentir en sus sentimientos. Él dijo que había sido una tontería, un estúpido impulso porque iban borrachos como ingleses en la Costa del Sol. La gente suele mentir en sus sentimientos.

Fue dos semanas antes del fin. Aquella tarde, ella había ido a visitar a su padre porque su madre había dicho que él había dicho que la echaba de menos. Pero en cuanto escuchó su voz a través del portero automático, detectó la sorpresa tensando sus cuerdas vocales, y supo que ella había mentido.

En la estantería del salón, un dibujo dedicado a papá, con un tren y unas figuras humanas más grandes que el tren, con dos palitos por piernas, otros dos palitos por brazos, y unas enormes manoplas por manos. Bajo la figura más grande, podía leerse: Papá, con letras temblorosas.

Él estuvo cariñoso, impecable. Le preguntó por sus estudios en la facultad, le recordó lo importante que es tener un buen expediente académico y le dio cien euros, un billete verde con el que jugueteó todo el tiempo que duró la visita, la mano sumergida en el bolsillo

izquierdo del pantalón. Él le propuso que se quedara a cenar con falso entusiasmo.

—Así ves a Blanca y a Lola. Deben de estar al caer.

Ella replicó sin entusiasmo que había quedado y en la soledad del baño de grifos dorados, marcó el número de Tino.

—¿Puedes venir a buscarme?

La voz le salió ronca, cargada de armónicos, sin rastro de súplica. En el baño, los cosméticos de Chanel, Estée, Lancôme se alineaban, obedientes. Los fue abriendo con parsimonia y

extendiendo parte de su contenido por el rostro: el contorno de ojos, la hidratante de día, la nutritiva de noche, el *serum* revitalizante, la crema antiarrugas. Se pintó los labios con el tono rose mirage de Yves Saint Laurent. Se perfumó con Carolina Herrera.

La despedida consistió en un roce fugaz de mejillas que en nada alteró el brillo de sus labios. No le importó que supiera que había usado el perfume de su mujer.

Esperó veinte minutos en la esquina de aquella urbanización, sentada en el bordillo, contemplando la felicidad artificial, perfectamente cortada por el jardinero, de aquella urbanización.

Ya en el coche de Tino, experimentó una deflagración interna, y unas repentinas ganas de vivir.

—Busco a alguien que me ayude a gastar cien euros esta noche

—casi tuvo que gritar para que él la oyera.

—Pues has ido a dar con la persona indicada —dijo Tino, sin perder de vista la carretera.

Y Celia subió aún más el volumen de la música y él pisó un poco más el acelerador, y cantaron a voz en grito el estribillo, protegidos tras las ventanillas del coche.

Ya en el Continental, bebieron chupitos de tequila, lamiendo primero la sal del pequeño valle formado entre el índice y el pulgar, luego el tequila y por último el limón. Después al revés: primero el limón, luego el tequila, luego la sal. Al final de la noche, empapando el limón en la sal y mojándolo entero dentro del chupito de tequila, ya

completamente borrachos. Y entre chupito y chupito, cerveza.

Mucha cerveza para refrescar las gargantas.

Jugaron al billar y se divirtieron ensayando posturas, pasando el taco por detrás de la espalda para tirar, aun cuando era del todo innecesario. Fingieron ser actores de película, y Celia se pidió al

«buscavidas» Newman, y a Tino le adjudicó el pijo de Cruise. Rieron con ebria indolencia bajo la luz de la gruesa pantalla de la lámpara que hacía que el humo se espesara y se deshiciera en compactas nubes azules. Él le susurró que había un tipo en la barra que le miraba el culo cada vez que tiraba y ella, sujetando el cigarrillo con

los labios, llorando por el humo que se le metía en los ojos, le dijo: no trates de despistarme, gordo de Minnesota, porque te voy a machacar igual. Y tiró, sacando aún más el culo.

Pasadas las cinco de la madrugada, sentados en el bordillo de la acera, la magia de la noche diluyéndose por la alcantarilla, Tino, ataviado de labios, lengua, dientes y efluvios varios de destilados, emprendió el incierto camino hacia su boca. Sin venir a cuento, emboscado tras un breve silencio. Y ella dejó fluir ese beso largo, sin poder pensar en otra cosa que en el sabor a tequila y a tabaco de ese apéndice extraño y húmedo que daba vueltas en su boca, como el programa corto de una lavadora, mientras con su pie componía, a base de golpecitos sobre la acera el Heart of Glass que acababan de escuchar.

Cuando se separaron, ella rio tontamente, como si aquel beso hubiera sido un chiste más de la noche, otro juego de imposturas, de falsas identidades. Pero él, el gordo de Minnesota, el pijo Cruise, no reía.

—Estoy superborracho —dijo a modo de excusa.

—Lo he notado. Acabas de meterme la lengua en la boca.

—¿Ah sí?, pensé que estaba rebañando un yogur. ¿Cómo lo he hecho?

Bajó el tono hasta el susurro y de nuevo sus labios en primerísimo primer plano.

Hay momentos en que todo se resquebraja, y uno oye el crujido aunque aún no pueda ver la grieta. Celia interpuso una mano.

—¿De qué tienes miedo?

La pregunta quedó flotando en el aire de la madrugada.

—Creo que voy a vomitar —respondió, justo antes de que la primera bilis ácida del tequila inundara su boca.

Cuando se encontraron el lunes en la facultad, hicieron como si nada hubiera sucedido. Ella le pasó los apuntes de literatura comparada, él le dijo que el jueves había cena en su piso.

—¿De qué tienes miedo?

La pregunta, formulada por unos labios descarnados, comidos

por los gusanos, la perseguía ahora. La sospecha de que él mintió, de que ese beso no había sido solo una anécdota la acorralaba sin tregua, exigiéndole que admitiera la evidencia.

Mientras cosía la pieza número cuarenta y seis, supo con felina certeza que él la quiso como pocas personas iban a quererla en su vida. Y al mirar sus manos, descubrió que, por fin, había logrado encajar la pieza a la primera.

TRECE

Raúl esperaba a ser rescatado por la rubia de ojos melancólicos que contrastaban con la rotundidad de sus carnes, apresadas bajo la falda de tubo y la ceñida camiseta.

El autobús número diecisiete lo había conducido hasta el portal número diecisiete, y entre la puerta doce y el piso quinto, volvía a asomar, contumaz, el diecisiete. Una suma impar y perfecta de casualidades. Cualquier idiota de los que visitaban a Morgana hubiera adivinado un mensaje oculto entre la aritmética. Quién sabe, se dijo, tal vez la bruja hubiera elegido de forma premeditada el portal, el piso, la puerta y el autobús de los alrededores para ir tejiendo su red, con el objetivo de esquilmar los fondos de las almas incautas.

Mientras aguardaba la llegada de uno de los ascensores, Raúl había apostado consigo mismo que si lo hacía el de la derecha, la chica de la voz dulce sería hermosa, sería definitivamente la chica del anuncio. Pero si acudía el de la izquierda, la voz se quedaría en un simple anuncio, en una promesa aplazada. Lo hizo el de la izquierda, y aunque al primer golpe de vista le deslumbró la dorada voluptuosidad de la joven, mientras esta hundía su naricilla respingona en la pantalla del ordenador, Raúl detectó una vana obstinación en las líneas de su frente, un regusto agrio en el gesto de su boca.

—Haga el favor de pasar a la sala de espera —le indicó.

Ahora ojeaba un *Lecturas*, zafándose de los tres pares de ojos que circulaban por la estancia. «Tras su separación, el torero y la duquesa rehacen sus vidas». El torero y la duquesa. Ni siquiera poseían un nombre ya, habían pasado a ser genéricos, propiedad

pública, como los bonos del estado o las letras del tesoro. Pasó con asco las páginas de la publicación, en las que se sucedían las fotos de ella con unas amigas saliendo de un concierto, con un grupo de amigos en un chiringuito de la playa, fotos de él subiendo a su coche con una rubia, entrando en una discoteca con una morena.

Esas revistas se alimentaban de la estupidez del lector y alimentaban a su vez la estupidez del lector, en un círculo vicioso que crecía exponencialmente en cada tirada. La maldad está hecha de pequeñas estupideces, se lamentó, ni siquiera de pequeñas maldades. Ya lo advirtió Montaigne: «nadie está libre de decir estupideces, lo malo es decirlas con énfasis». Y ocho páginas a todo color eran sin duda «énfasis».

Imaginó a Adela sentada en ese mismo sillón, con esa misma revista entre sus manos, emanando sus nocivos vapores. Pasó con tanta fuerza la página que el papel se rasgó, restallando con violencia. Miró a su alrededor. Nadie alzó la vista. La sala de espera aparecía como una escena costumbrista surgida de un relato de Chejov, en tonos apacibles, fríos, morados, índigos, la telilla del tiempo posada sobre los muebles.

La imagen le devolvió por unos momentos la esperanza. Aún no estaba todo perdido. Estadísticamente, su abandono era solo uno de los posibles futuros, pero nada estaba escrito con tinta indeleble, por más que algunas brujas se empeñaran en sostener lo contrario.

No existía el destino. Por eso estaba allí, para demostrarlo, para oponer resistencia, para luchar contra la sinrazón. Porque creía en la ciencia, en la observación objetiva de la realidad y no en la cábala; en la investigación lógica y sistemática y no en las cartas del tarot; en la elaboración de teorías avaladas por la experimentación y no en la superstición engendrada por el miedo y la incultura. Por eso aguardaba en aquella sala de espera de aquella absurda consulta, leyendo aquella absurda revista: para cuantificar *in situ* el alcance de la influencia de aquella bruja sobre su mujer y poder así neutralizar su impacto. Desde la razón, desde la lógica.

Y para ello, se hacía imprescindible desechar los pensamientos

negativos y los pensamientos literarios —los unos parecían conducir a los otros—, sustituirlos por pensamientos científicos, circunscritos al presente. Mantener a raya los sombríos presagios, levantando barricadas de razón, cortafuegos de contundente realidad. Eso era: razón frente a ficción. La ficción solo conducía a lugares sombríos, a oscuros posibles, mientras que la razón arrojaba luz sobre el camino.

Aplicar el método científico se le reveló la clave: observación, inducción, hipótesis, experimentación, demostración o refutación de la hipótesis, tesis. Desviar la mirada de la videncia, o incluso de la literatura, que se dedicaba a sustituir los hechos, y fijarla en la ciencia, que se dedicaba a conocerlos. No dejarse engañar por el lenguaje. Roland Barthes ya sostuvo que una de las principales diferencias residía precisamente en el lenguaje; mientras que para la literatura, el lenguaje constituía su mundo mismo, la ciencia veía en él un simple instrumento para describir la realidad. Eso era. No quedarse en eufónicas citas, en ingeniosos aforismos de sus admirados escritores, usar el lenguaje como una herramienta más, ser capaz de trascenderlo.

No lo soporto. No lo soporto. Tenía que superar los ecos de esa simple frase, despejar las incógnitas subyacentes en ella, como si resolviera una ecuación de segundo grado. En definitiva, todo lenguaje es metafórico, se dijo.

La rubia había asomado la cabeza por la puerta y pronunciado el nombre del señor Durán. Raúl no se había movido. Ella mantenía su mirada fija en él hasta que Raúl enrojeció por aquellos intensos ojos color mostaza que le señalaban y por haber recordado de pronto que era un impostor. Para colmo, él era el único hombre en aquella sala.

La siguió hasta una puerta entornada de la que emanaba un penetrante olor a incienso, donde las acompasadas caderas lo abandonaron a su suerte. Empujó la puerta con suavidad, como si estuviera a punto de penetrar en un mausoleo, con algo de respeto y mucha aprensión.

Sentada a una mesa de despacho, con una potente luz halógena derramándose sobre su melena, Morgana lucía mucho más rubia y brillante que en la televisión. Como un muñeco de cera que hubiera recobrado de pronto la vida, le invitó a sentarse.

Raúl estaba impresionado a su pesar. Se maldijo por no tener un plan

preconcebido. ¿Cómo se le había ocurrido que podía plantarse en su consulta y sonsacarle, así sin más, todas las confesiones arrancadas a su mujer en la intimidad de esas cuatro paredes, todos los planes allí urdidos para un futuro que lo excluía a él como a un vulgar desecho?

Se impuso calma mentalmente. Método científico: observar la realidad, determinar la hipótesis, se repitió para sus adentros.

Morgana examinaba de reojo a su cliente. No solía recibir a muchos hombres en su consulta, y menos a hombres con ese porte, con esos modales, con ese atractivo reposado que destilaba su madurez. Pensó que era una señal más de su imparable ascenso. Y

es que, entre sus aspiraciones, estaba la de convertirse en la vidente de lo más granado de la sociedad. No solo por el dinero —

Morgana ya ganaba bastante— sino por el prestigio, ansiaba ingresar en el selecto club de gente con clase, que siempre le estuvo vetado. Así se resarciría de todas las miserias sufridas durante los veintidós años de matrimonio con un patán alcohólico, que nunca, en los largos años de vida conyugal, le sujetó ni una sola puerta para que ella pasara. Era una compensación natural a la que tenía derecho, algo que dotaría de sentido, aunque fuera ulterior, todas las penurias sufridas, todos los días pasados en bata, cocinando, poniendo lavadoras, quitando mocos, limpiando cacas.

Raúl rompió la primera capa de hielo alabando su programa de televisión del que se confesó seguidor. De hecho, desde que oyera por primera a vez a su mujer en aquella habitación de hotel, no había dejado de verlo a escondidas, siempre que podía.

—Es la primera vez que vengo y no sé bien cómo funcionan esto. ¿Me vas a echar las cartas? —se excusó.

Morgana sonrió, como una madre ante la torpeza de su

pequeño.

—Algo te habrá traído aquí, David. ¿Qué deseas saber, qué quieres que te ayuden a decidir las cartas? Las preguntas las tienes que hacer tú. Yo solo puedo ayudarte a encontrar las respuestas —

dijo mostrando la cara interna de sus brazos.

—El futuro. Me gustaría saber qué va a ser de mí en el futuro.

Fue lo único que se le ocurrió. La hipótesis bailaba ahora en su cabeza, escurriéndosele como una damisela ebria y juguetona.

¿Qué había venido a demostrar, cuál era la maldita hipótesis de partida?

—El futuro es algo como muy amplio, ¿no te parece?

Raúl asintió con la cabeza, aunque lo que de verdad le parecía era que su futuro se había estrechado alarmantemente en los últimos meses hasta desembocar en aquella estúpida consulta.

Como muy amplio repitió, burlón, el eco de su cabeza. Cómo odiaba a la gente que usaba muletillas.

La vidente barajó las cartas con parsimonia, tratando de ganar tiempo. Puso el mazo frente a él y le hizo una señal para que cortara. No podía empezar desde la nada, necesitaba materia prima con que elaborar sus predicciones. Y más con David, quería impresionarle, que fuera consciente de sus habilidades sin dejar, eso sí, que se transparentara su mecanismo. Como un mago desea brillar ante su público sin que aflore el trasfondo de sus trucos.

Era consciente de enfrentarse a un cliente difícil. Ella los tenía catalogados en tres grupos, atendiendo a unas determinadas características: un primer grupo compuesto principalmente por amas de casa con una soledad demostrable, contrastable, aderezada con pesadas cargas que necesitaban compartir con alguien —era el grupo más numeroso—; un segundo grupo formado por personas de todo tipo que debían enfrentarse a una enfermedad grave, ya fuera propia o de algún ser querido; y un tercer grupo, el menos numeroso afortunadamente: aquellos que se acercaban a su consulta con un problema difuso, que ni ellos mismos se avenían a admitir. David pertenecía a este último.

Lo primero en que se fijó fue en sus delicadas manos. No llevaba alianza, y tampoco parecía homosexual. Morgana era muy sensible a la orientación sexual de sus clientes, tenía que serlo. Hubiera supuesto un error imperdonable hablarle a una lesbiana de encontrar al hombre de su vida o pasar por alto que el problema de su cliente era que no se atrevía a salir del armario.

—Veo que tienes cierto éxito en la vida, una posición acomodada. La carta de la fortuna junto con la del sol están marcando el triunfo en el terreno laboral. Sin embargo —Morgana arrugó la frente—, en el terreno personal detecto una gran soledad, un dolor cuyo origen es

oscuro, antiguo.

La vidente señaló con su uña roja la carta del ermitaño. Lo miró en busca de algún indicio, alguna concreción a la que aferrarse.

Pero Raúl permanecía deliberadamente callado. La única precaución que había tomado había sido guardar su alianza en el bolsillo del pantalón.

—La carta del mago sirve de unión entre ambas filas, entre ambos mundos, es la que ha permitido, digamos, que convivan sin interferencias. Hacia fuera eres uno, hacia dentro otro. Has construido una personalidad social, un traje a medida con el que te sientes cómodo pero que en el fondo te asfixia. Temes desnudarte, abrirte a los demás, mostrarte tal y como eres. Lo temes y lo deseas a la vez.

Un deje de erotismo se desprendió de la voz de Morgana. Raúl se revolvió incómodo en su asiento.

—Una herida del pasado te impide ser enteramente tú. Eres un hombre atractivo, con un gran encanto, no tienes problemas para conquistar a las mujeres pero… Es solo fachada, un personaje tras el que te escondes. En el amor, donde aflora nuestro yo más íntimo, no has logrado encontrar tu sitio.

¿Daba la bruja palos de ciego? Lo cierto es que sus palabras creaban realidades al ser nombradas, era difícil zafarse de ellas. Él era ya solo fachada, una falsa personalidad creada a medida, pura impostura.

Decidió saltar a la cancha, ofrecer algo de resistencia:

—Así es. He estado cerrado al amor. He tenido varias relaciones en mi vida, pero todas han fracasado. Ni siquiera han fracasado estrepitosamente, digamos que he dejado que siguieran su curso descendente, hasta que se han secado por completo. No han sido rupturas traumáticas, apenas han logrado descascarillar mi corazón.

De hecho, creo que ese es el problema: que he acabado por no sentir nada. Absolutamente nada.

Morgana lo escuchaba atentamente. El tema estaba encauzado.

—De pequeño fui un niño gordito, y además era bizco. Más tarde me operé —aclaró Raúl—. Tuve una infancia áspera, en la que la soledad se reveló como la mejor de las alternativas posibles. Me acostumbré a que mis amigos fueran los libros, a que la indiferencia fuera lo más

positivo que pudiera obtener de los demás. Ya de mayor, he hecho de mi afición mi trabajo, con el que me gano bastante bien la vida. Pero me ha quedado esa costumbre de renunciar. He conseguido el respeto en mi profesión. Sin embargo, en el amor…

Raúl buscó el registro exacto en el que colocarse.

En el amor, sigo siendo ese niño gordo, bizco e inseguro.

No sabía bien adonde le conducía la usurpación de personalidad del gordito de quinto, ¿cómo se llamaba? Ni siquiera podía recordarlo. Lo apodaban «el secante», por la intersección dispar de las líneas que trazaban sus ojos. Aunque algunos aseguraban que era porque, cuando se sentaba a una mesa, la dejaba seca. Eso sí, había pronunciado la palabra gordo con toda la intención, pretendiendo remover en la vidente una suerte de solidaridad, una absurda culpabilidad.

El corazón de Morgana dio un pequeño brinco de alegría: un gordo camuflado bajo el disfraz de hombre de éxito, un atractivo triunfador con un corazón de fracasado en su interior. Era su propio reverso, su complemento perfecto, un regalo que le enviaba el destino.

—David, la infancia marca nuestra vida, pero no la determina. El

final de esta historia lo decides tú. Tú y solo tú eres el autor de tu propia biografía. Nada te impide triunfar en el amor, de la misma manera que has conseguido triunfar en tu carrera. Nada. Lo de afortunado en el juego, desgraciado en amores no es una ley física que tenga que cumplirse a rajatabla, no es la ley de la gravedad.

Dejó escapar una risilla. Raúl no se la devolvió, ocupado en disipar las sospechas ocultas tras ese último comentario relativo a la ciencia.

—Algunos —y aquí Morgana se incluyó deliberadamente— ya hemos pagado un alto peaje para estar donde estamos, así es que

¿por qué no vamos a tener derecho a circular libremente ahora? ¿A disfrutar de todo lo que podamos?

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con sutil provocación cabaretera. Desplegó otra carta.

—Eres un hombre muy especial, David, en todos los sentidos. Y

aunque excesivamente racional, posees una parte salvaje que permanece dormida, que está ansiosa por despertar. De alguna

manera, te castigas con la contención. Pero no hay volcán que pueda contener eternamente su lava.

Morgana lo miró ahora con los ojos entornados, alzando ligeramente la barbilla para disimular la papada. Pensó que esta última frase le había quedado francamente bien.

Raúl experimentó algo a medio camino entre el pudor y la repugnancia por estar arrastrando sus vísceras ante aquella bruja, aunque no fueran exactamente sus vísceras. Porque le había mentido en todo: en el nombre, en el signo del zodíaco, en el trabajo, hasta en la edad. Puestos a mentir, se había quitado un par de años. Sin embargo, la gorda apuntaba a él de forma certera, arrinconándolo sin escapatoria.

—Siempre he sospechado que soy adoptado —dijo para romper el ritmo.

Morgana no cesaba de colocar cartas, trazaba filas perfectas,

mientras con coquetería echaba el cuerpo hacia delante, dejando asomar el canalillo de sus pechos, cuyas carnes se amontonaban en la junta.

—No, David, no eres adoptado. Mira, en el centro aparece la carta del colgado. Y es significativo que haya salido del revés, es decir del derecho, como el resto de cartas. Eso es porque has fingido integrarte, has ocupado un lugar cómodo en el mundo, aunque en el fondo te haya perseguido la sospecha de que algo no encajaba. No escuchabas tu voz interior, estabas del revés.

Raúl enderezó bruscamente la cabeza que había ladeado para mirar esa carta que se mofaba de él desde el centro de la mesa.

—Mmmm… Veo una ruptura, la carta de la torre representa el poder del fuego purificador. La torre del ego se tambalea, la indiferencia tras la que te protegías ha dejado de cumplir su función.

Todo ha quedado destruido y la seguridad del pasado se ha visto irrevocablemente sacudida. Esta carta simboliza la destrucción. No temas, es una energía curativa; en principio puede resultar hostil, pero el alivio sucede al trauma. Un descubrimiento casual te hará verlo todo distinto, como si de pronto se te cayera la venda de los ojos y se abrieran nuevos caminos ante ti. Una persona cercana jugará un papel importante…

A estas alturas, Morgana se vislumbraba como ese mojón que marcaría el camino. Separó un poco más las piernas para que la parte baja de su cuerpo estuviera en contacto con el sillón de piel.

¿Que no era adoptado? La vidente lo había pasado por alto así, como quien pasa ante un escaparate vacío. ¿Ruptura, destrucción?

¿Quién lo auguraba, una cartulina con una torre mal pintada? ¿Una gorda farsante que se lucraba de las desgracias ajenas?

—La carta de la muerte indica una profunda transformación. No te asustes, como le explico a todos mis clientes, no significa que nadie se vaya a morir —aclaró.

Tal vez alguien fuera a morir. Tal vez la muerte no fuera una mala opción después de todo. Irse antes del fin, conservando en la memoria un eco conocido del mundo. ¿Y asustado? ¿Quién estaba

asustado?

—Los cambios van a sucederse en tu vida, David. Recuerda esto: el amor es lo único que dota de sentido a todo lo demás, el único barómetro fiable de nuestra felicidad. En el amor nos definimos, adquirimos identidad, en el amor somos. Pronto perderás el miedo, admitirás que existe, y le dejarás su propio espacio.

Raúl miró esa barbilla alzada con altivez. ¿Acaso la gorda se creía superior? ¿Por qué se empeñaba en verlo como un animalillo asustado?

—No se trata de un amor romántico, de un amor de adolescente.

En la madurez todo se plantea de forma distinta, uno ya no busca desaparecer en el otro, simplemente un compañero con el que recorrer el camino, alguien con un estilo de vida parecido al tuyo, que tenga su independencia, que tenga la vida resuelta.

Raúl tuvo que admitir la fuerza de su trampa. Todos somos nuestro tema preferido, todos nos sentimos solos, todos fingimos ser otro hacia fuera, a todos nos gusta descansar y que alguien maneje el timón de nuestro destino por un rato. Todos ansiamos encontrar el verdadero amor. Lugares comunes, abstracciones que se concretaban en cualquiera que las oyera.

Experimentó un profundo desprecio hacia aquella estafadora.

Ella y solo ella era la culpable de su desdicha. Se sintió huérfano, desamparado, ¿quién era aquella bruja para decidir que no era adoptado? Pensó en ese nuevo camino en solitario, pensó que efectivamente toda su vida había sido un engaño. Empezaba a pesarle de forma insoportable su pasado, aunque no tuvo claro de si era su pasado o el del gordo bizco, del que no lograba deshacerse.

No podía caer en su juego, tenía que sobreponerse y luchar. La ciencia era su arma, la razón su munición. Puede que hubiera vivido pegado a una venda durante años, puede que sus ojos hubieran caído con la venda, pero había comprendido que tenía que tomar cartas en el asunto.

—Mis padres tuvieron un tranquilo matrimonio de conveniencia que duró más de cuarenta años, basado en el temor y la dependencia de mi madre hacia mi padre. Supongo que por eso nunca he querido casarme, siempre he temido adoptar cualquiera de los dos papeles, el de víctima o el de verdugo. He evitado traspasar la frontera de la intimidad, que nadie aguantara mis miserias ni tener que aguantar las de nadie.

—Bueno, David, yo tampoco soy la fan número uno del matrimonio, de hecho estoy divorciada —recalcó—, pero algunas uniones funcionan, y el amor nace precisamente de eso, de contemplar los defectos del otro, las miserias como dices tú.

Morgana se había saltado la regla número uno de su trabajo: no revelar ningún dato personal. Y lo había hecho de forma consciente: era uno de los pocos datos que le interesaba consignar. Raúl vio ahora a una mujer despechada, desengañada de las relaciones, que aconsejaba a sus clientas confusas seguir su ejemplo y mandar a sus maridos a hacer gárgaras. Su odio no dejaba de crecer.

—Supongo que tienes razón, hay que perseverar, luchar las relaciones, aguantar las turbulencias sin saltar de la barca a la primera de cambio. Cuando las plácidas aguas del enamoramiento comienzan a agitarse por la rutina, cuando la convivencia erosiona el amor, hay que aferrarse firmemente y tratar de mantener a flote la embarcación si se quiere llegar a buen puerto. Ahora lo veo claro.

—Así es, David, hay que saber pelear las relaciones. Claro que también hay matrimonios destinados al fracaso.

Ahora Morgana pensaba en el suyo.

—En ese caso es mejor saltar de la barca cuanto antes —

añadió.

—¿De qué depende entonces, del destino o de nuestra propia voluntad para mantener la relación a flote? Es todo como muy relativo, ¿no te parece?

La vidente no captó la ironía. Reflexionaba. Por una parte, el

destino estaba escrito porque ella se dedicaba a leerlo. Por otra, debía existir la posibilidad de cambiarlo porque si no, ¿para qué acudían los clientes a su consulta? Intuía una cierta contradicción.

—La voluntad es también una forma de destino —zanjó, sin saber bien qué quería decir.

—Luchar por una relación o saber retirarse a tiempo, ¿eso es lo que ayudas a discernir a tus clientas?

Temió haberse delatado con la pregunta.

—Ehhh… algunas veces.

Morgana estaba un tanto desconcertada, solía ser ella quien llevara las riendas de la conversación. Pero allí estaba de pronto, en un paisaje extraño, sin saber cómo había llegado.

—Ayudo a la gente a separar el trigo de la paja, a desentrañar sus deseos, a canalizar sus energías, para que fluyan hacia el objetivo deseado.

Ahora resultaba que la bruja era una cañería. El objetivo deseado, ¿deseado por quién?

Morgana esperaba más preguntas sobre aquella misteriosa persona que iba a arrojar luz sobre su vida, preguntas que no llegaron. Pensó que su nuevo cliente estaba decepcionado, que no había conseguido impresionarlo. Hizo un último intento:

—Tu vida está cambiando, David, y es para bien. Pronto serás el hombre que deseas ser. Veo cambios, y son positivos. Anda con los ojos bien abiertos porque la mujer de tu vida puede estar muy cerca de ti, y tú no ser consciente de ello.

—No sabes cuánta razón tienes, Morgana.

¿Cuál era su objetivo? ¿Cuál era el verdadero objetivo de la ciencia? ¿No era predecir el futuro, adelantarse a él para modelarlo al gusto?

¿No perseguían la bruja y la ciencia el mismo objetivo? La diferencia residía entonces en el punto de partida. Mientras que la ciencia partía de la realidad, la videncia lo hacía de la falsedad. La gorda ni siquiera era capaz de distinguir entre realidad y verdad. Era

una realidad que su mujer decía odiarlo, creía odiarlo, pero no era verdad que lo odiara. No era su matrimonio lo que fallaba sino todo a su alrededor. Menopausia, síndrome del nido vacío, frustración profesional, declive físico. Se buscan culpables de carne y hueso.

Ninguna de esas razones por sí misma resultaba definitiva. Pero sí lo era la funesta influencia que ejercía aquella bruja que, uniendo todos esos elementos, edificaba una estructura con apariencia de verdadera sobre terreno falaz. Y lo peor de todo es que acabaría por ser verdadera. La famosa profecía autocumplida. La predicción acabaría resultando en sí misma la causa. Pero ¿cómo modificar esto?, ¿cómo escapar a ese círculo vicioso?

—El destino no es más que la ecuación entre la voluntad y la suerte. Solo hay que hallar el valor de cada una de ellas para despejar la incógnita —sentenció Raúl.

Morgana pensó que se había perdido algo. ¿Ecuación?

¿Despejar la incógnita? Este hombre era especial, sin duda.

—La voluntad llama a la suerte, David. O como dicen, la suerte es para quien se la trabaja —se aventuró.

Raúl sintió un pinchazo en el vientre, un dolor agudo, que no logró localizar en ningún órgano en concreto pero que lo obligó a encorvarse. En cuanto pasó el dolor, anunció:

—He de irme.

Aún faltaban cinco minutos para que finalizara la cita. Raúl le tendió la mano.

—Ha sido un placer.

El corazón de Morgana se aceleró con el contacto de esa mano.

Pensó, como un desgarro, que era la última vez que lo veía.

CATORCE

Amparo dijo: cena el jueves en El rancho argentino. A las nueve.

No fue una pregunta encubierta, ni siquiera una invitación explícita, fue un comunicado informativo, a transcribir directamente en la agenda. Celia, en un primer momento, quiso ir a esa cena, ser una más de la larga mesa, y comer empanada argentina, y carne braseada y patata asada. Más que eso, ser simple como una patata asada, dejar de ser una intrincada porción de vísceras.

No tuvo el valor de llamarla. Le mandó un mensaje al móvil: estoy en cama con fiebre. Tampoco fue a trabajar por culpa de la fiebre imaginaria.

A media mañana, se acercó hasta la facultad, portando dos libros bajo el brazo.

Raúl, sentado en la vencida silla de cuero, se disponía a hacer un submarino ruso con «Rimbaud o la irreverencia de seguir vivo».

Buen título, se dijo. Ya había pensado ponerle sobresaliente, matrícula de honor incluso, a esa estudiante pequeña y fea como una rata, lista como una rata. Si le salía bien el submarino, sería matrícula.

Ahora, su única ocupación cuando no tenía clase consistía en pensar. Se entregaba con fruición al libre pensamiento mientras hacía barquitos de papel con los trabajos de los estúpidos. Se había revelado del todo innecesario leerlos. Ponía las notas a ojo, de forma intuitiva y estaba seguro de ser infinitamente más justo. De hecho, ningún estúpido había pasado por su despacho para reclamar su calificación desde la implantación de tan aleatorio método. Retocó la torreta del submarino que le había quedado torcida.

Cuando Celia asomó la cabeza por la puerta, le sonrió. Ella ya se había acostumbrado a sus expresiones contradictorias, a que sus ojos tristes fueran islas en las expresiones que componían el resto de elementos de su cara. Llevaba los primeros botones de la camisa desabrochados, hacía tiempo que prescindía de la corbata.

—Este me ha gustado —dijo señalando el de Pizarnik.

—Sí, Alejandra llevaba todos los cuchillos del mundo atravesándola. Sus versos pinchan —dijo Raúl, tomando el libro con cuidado.

Todos los escritores que leían estaban muertos, se habían suicidado. Una morbosa revisión que empezó de forma casual cuando, acodados a la barra de la cafetería, hablaron de lo raro de vivir, y de si los escritores andaban algo más desconcertados que el resto de los mortales en general, y si los poetas en particular se suicidaban más

que el resto de los escritores en general, y si las mujeres poetas en particular se suicidaban más que los hombres poetas en general, y más que el resto de escritores en general, y más que el resto de los mortales en general.

Llegaron a la conclusión de que tal vez. Y en una especie de homenaje secreto, habían iniciado su particular revisión de la obra de mujeres poetas que se suicidaron, antes de pasar a la de hombres poetas que se suicidaron y más tarde a la de escritores en general que se suicidaron. La lista era larga así que decidieron empezar por el principio, sabiendo que no llegarían al final.

—Alejandra sufría con delicadeza, con estilo.

Celia asintió.

—Sin embargo, Sylvia… No le perdono que se suicidara dejando a dos hijos pequeños. El suyo me parece un sufrimiento egoísta.

—Sí, puede que hubiera cierto deleite en él, cierta puesta en escena. Ella misma lo reconocía: «Morir es un arte, como todo. Yo lo hago excepcionalmente bien. Tan bien, que parece un infierno. Tan bien, que parece de veras. Supongo que cabría hablar de vocación…». Selló con esmero las habitaciones de sus hijos y les dejó el desayuno preparado antes de abrir la espita del gas y

cocinar su propio cadáver, olvidando acercar la llama. Dicen que su marido tuvo mucho que ver en ello. De hecho, su segunda mujer también se suicidó. Y hace poco, uno de esos pequeños, a los que Sylvia dejó el desayuno humeante, hizo lo propio al cumplir los cuarenta y seis, cerrando así un siniestro círculo.

Celia sintió un punzante dolor al pensar en ese pequeño, al que no pudo dejar de imaginar como un bebé de cuarenta y seis años, calvo y barrigón.

—Sufría un trastorno bipolar.

—Eso dicen. Nunca hay una única razón que explique el deseo de morir. Nunca hay una única razón que explique nada.

Probablemente, a morir también se aprende, no ya en los detalles, pero sí en los aspectos generales. Ha habido puestas en escena realmente espectaculares. El poeta ruso Serguei Esenin se cortó las venas, escribió con su sangre un poema y luego se ahorcó. «En esta vida, no es nuevo vivir, pero tampoco morir es nuevo», decía.

Excesivo, ¿no?, hasta para 1925.

Celia asintió. Raúl completó un barco de recreo, algo parecido a un fuera borda, con un trabajo a todas luces mediocre.

—Claro que habría que distinguir entre los que eligieron el suicidio como una forma de eutanasia cuando se supieron heridos de muerte, cuando comprendieron que solo quedaba el horror en bata blanca, y los que decidieron sin más, desde un cuerpo sano, que esta vida es un lugar insoportable.

Le pareció que le había salido un tono de profesor que intentó corregir.

—Puede que al fin y al cabo todos escaparan de alguna enfermedad —replicó Celia.

—Puede ser —concedió Raúl—. Pero yo sigo más interesado en los síntomas. ¿Has pensado en hacer el doctorado? Ese podría ser el tema…

De nuevo el profesor. Celia no le había confesado que ya no era alumna de la universidad. Que se sentía incapaz de reanimar la información dormida en los libros de texto, ya no de retenerla para

luego vomitarla sobre el papel, ni siquiera de desentrañar su significado. Que debía encontrar respuestas importantes, pero no sabía cuáles, no sabía dónde. Solo que no estaban en los libros de texto ni en sus apuntes. No estaban en la facultad. Tal vez en la poesía. Acaso en aquella fábrica. Se tocó la frente. Estaba caliente.

—Ahora mismo soy incapaz de planear mi futuro, ni siquiera a corto plazo.

Él asintió, lamentando haberla incomodado. Lo atenazó una ligera pesadumbre. Arrancó a hablar sin una dirección fija, huyendo a toda velocidad de su personaje de profesor de literatura.

—Mi madre no se suicidó en un sentido estricto, pero también decidió el momento de irse. Sin hacer ruido, con la misma delicadeza obsesiva con que se empeñó en vivir. Al contrario que mi padre, que abandonó este mundo con estruendo, causando un gran revuelo entre las clientas y haciendo correr todo tipo de habladurías morbosas por la forma en que fue hallado. Ella, tres meses más tarde hizo lo propio, sin molestar a nadie, igual que se calzaba sus zapatillas de felpa nada más entrar en casa, para deslizarse silenciosa y hábil como un gato, a hacer sus

tareas domésticas.

Podía haber disfrutado de la libertad que se abría ante ella algo más que esos tres meses, pero prefirió irse en silencio tras él, como una flor se marchita llegada la noche.

Celia pudo sentir el tacto blando y húmedo de esa flor marchitándose.

—Nunca entendí a mis padres. En la adolescencia, la sospecha de que yo era adoptado adquirió tintes de realidad, sin ninguna razón para ello. Es verdad que no me parecía físicamente a ellos, es verdad que era hijo único. En el fondo de mi corazón de niño, lo deseé con vehemencia. Ya con cuarenta años cumplidos, bajo la inclemente luz del fluorescente de la cocina, aún fresco el cadáver de mi padre, le pregunté a mi madre, muy serio: «dime mamá, soy adoptado, ¿verdad?». Sentada a la mesa de la cocina, ella dejó caer la cabeza entre sus brazos, derrumbándose sin prisa. Me conmovió la vulnerabilidad de su pelo canoso, la fragilidad de ese moño

siempre estirado, inamovible. Hasta que un pequeño sollozo se desgajó del triángulo protector formado por sus brazos y su cabeza.

Por fin había encontrado la pieza que faltaba. Por fin. Iba a acariciar sus quebradizos cabellos cuando de pronto, un extraño bufido desafinó en ese llanto, un sonido espeluznante por improcedente.

Me costó unos segundos eternos comprender que mi madre se estaba riendo, se reía como pocas veces la vi reírse en su vida, con una carcajada catártica, siniestra, que disipó mis dudas y me hizo sentir completamente ridículo.

Raúl sonrió, solo con los pómulos.

—Con el tiempo, he llegado a pensar si en el delicado plan de mi madre, no estaría incluida esa forma genial de simulación, esa risa profunda que la habría liberado de mentir abiertamente o de decir la verdad. Nunca más saqué el tema.

Quedaron unos segundos en silencio. El ambiente de aquella cocina se expandía ahora por el despacho.

—Mi padre siempre se avergonzó de mí. Me consideraba un pusilánime. Era carnicero y tenía unas manos fuertes y rojas, como los chuletones que cortaba a machetazos. Se enorgullecía de no haber leído un libro en toda su vida. Decía que la literatura, las artes en general, reblandecen el espíritu. No soportaba el cine, ni el teatro, ni

siquiera los conciertos, aunque fueran de música clásica.

Consideraba todas las artes como escapes a la vida real, asideros a los que se aferran los débiles. Fue un hombre espartano. Se levantó todas las mañanas al alba, realizó a diario su tabla de ejercicios aprendidos en la mili, trabajó cuarenta años en la carnicería, sin desfallecer, sin tener un mal día. Al caer la tarde, se acercaba al bar a echar un dominó, y clavaba sus fichas con estruendosa seguridad, mientras bebía un anís, solo uno, nunca más de uno. Yo estaba convencido de que en algún momento se derrumbaría, que buscaría un sentido a su existencia más allá de esa férrea rutina. Y, sobre todo, me aceptaría. Lo imaginaba en su lecho de muerte, confesándome que se sentía orgulloso de mí, que su actitud formaba parte de un plan para endurecerme, para que esta vida no

me hiciera sufrir más de lo necesario. Pero murió sin resquicios, como había vivido, de forma limpia, sin alterar un ápice su actitud, reafirmándose en todo. Sufrió un ataque al corazón mientras descolgaba una pieza de carne en la cámara frigorífica, antes de abrir la tienda. Cayó fulminado. Fui yo quien lo encontró, el primero en ver su cadáver congelado, con esa expresión salvaje, de huno a punto de entrar en combate. Una fuerza embravecida, de pestañas blancas, inmortalizada para siempre por el hielo.

Raúl dejó la vista perdida.

—Mi madre sufrió con él, en silencio, pero estaba convencida de que hubiera sufrido más sin él. A ella le gustaba la música, de joven tocaba el piano, pero poco a poco las notas se fueron apagando en nuestra casa. Porque a ella, aunque no lo dijera abiertamente, también la consideraba irremediablemente débil, y su afición por la música era la prueba. Ahora me pregunto si no tendría razón, si la cultura no es el refugio de los cobardes.

Raúl suspiró.

—De un tiempo a esta parte, no deja de aparecerse, como si tuviera que hallar alguna clave secreta en esos ojos congelados, como si tuviera que olisquear los rastros del pasado para retomar el camino correcto, ¿entiendes?

—Sí.

Sí, él sabía que Celia entendía. Por eso supo que había llegado su turno, que la confianza debía equilibrarse y calló. Dos, tres minutos.

—Mi padre tuvo que construir su propio refugio, huir de mí.

Primero levantó una barrera de indiferencia, intentó no mirarme, hacer como que no existía el estrecho vacío en el deseo, ese resquicio por el que podía colarse un cuerpo adolescente. Pero no fue suficiente y tuvo que marcharse. Mi madre se volvió loca.

Celia tuvo la sensación de dar vueltas por la superficie, resbalando, incapaz de dirigirse al centro, incapaz de profundizar.

—¿Lo ves? —preguntó Raúl.

—De vez en cuando. Vive en un chalet en La Eliana, con su

nueva mujer y su nueva hija. Y esa niña le abraza, y se le sube a horcajadas, y estrecha sus tetitas contra su pecho, y rodea su cintura con sus delgadas piernas. Y le llama papi, y entre ellos hay kilómetros y kilómetros de campo abierto.

Raúl pensó en las largas piernas de Celia enroscándose en su cintura, pero la imagen no suscitó en él deseo alguno. Solo un impulso de acariciar su cabello que contuvo.

Ella dejó caer lentamente su cabeza sobre las rodillas de él y quedaron así, en silencio, ella mirando los barquitos de papel en la papelera —uno de ellos llevaba el nombre de Paúl Verlaine—, él, ahora sí, acariciándole el pelo, despacio.

Raúl pensó que el tiempo era el más extraño de los inventos.

Estaban tan absortos en sus propios pensamientos que no reaccionaron ante los dos rápidos toques dados a la puerta. Celia ni siquiera llegó a ver al secretario de pie en el umbral; la mesa tapaba su campo de visión, dejando solo sus piernas a la vista.

Un apresurado perdón y un portazo se tragaron la aparición.

QUINCE

Adela supo de su misión en cuanto ella apareció por la puerta de la facultad. Reconoció su melena lacia, su cuerpo felino y se levantó como una autómata programada para seguirla. Apretó el paso hasta situarse justo detrás, acompasando su ritmo al de esas caderas. Y

de nuevo imaginó a Raúl acariciando suavemente esas nalgas, oliendo su cabello. Caminaba muy cerca, sin miedo a ser sorprendida,

inmunizada por un derecho moral que le confería invisibilidad.

Pasaron junto a una finca en construcción y un obrero lanzó un piropo. Adela enrojeció sin motivo, consciente de que no iba destinado a ella. Recordó el tiempo en que su presencia sí provocaba reacciones, cuando la primavera pulverizaba en el aire una desbordada vitalidad y los cuerpos se despojaban de su coraza para mostrar todo su esplendor. Cuando aún tenía público y las miradas se encendían a su paso, haciéndole alcanzar la plenitud sin más, como un acto natural y merecido.

¿Era esa otra pieza más del plan? La vida no era mejor con piropos, solo más falsa. Ahora sabía que la belleza no constituía más que un estorbo, una distracción, una capa superficial de la que había que despojarse cuanto antes para que asomara la verdadera naturaleza.

Dudó en proseguir su camino cuando vio que el paseo de Celia moría en una parada de autobús. Permaneció unos metros atrás, fingiendo mirar el escaparate de una tienda de móviles, hasta que la intuición le ordenó que debía seguirla.

Subieron al setenta y dos. Adela, sentada dos asientos detrás de Celia, observaba su perfil, su aire absorto, vulnerable y a la vez

protegido por su propio ensimismamiento. Seis, siete, ocho paradas hasta que perdió la cuenta y las fincas se hicieron cada vez más simples, y entre las sucias fachadas se abrieron rendijas cada vez más gruesas por las que se colaba el viento. Los edificios fueron espaciándose, como si un niño gigante se hubiera cansado de arrojarlos. Hasta que de la nada surgió un polígono industrial, desafiando grismente las leyes de la estética. Grandes naves, todas iguales, todas plomizas, como el cielo que se cernía sobre ellas.

Alrededor del polígono, los agrestes matorrales mostraban la cara más triste del campo.

Celia pulsó el botón de solicitar parada y Adela se levantó para colocarse tras ella, guardando las distancias ahora que el autobús iba casi vacío. Bajaron. Diminutas flores amarillas arañaban el cuarteado asfalto, tratando de recuperar el espacio robado.

Recorrieron varias calles. Al girar la esquina, afloró el edificio más digno, casi hermoso, una de esas naves de piedra antigua, con grandes ventanales. Celia fue directa a ella y desapareció tras su puerta.

Adela leyó las letras inclinadas que daban nombre al edificio: DeliPiel.

Y justo enfrente: Bar Lola.

Celia se dirigió a buen paso al despacho del encargado. Tenía que firmar los papeles para formalizar su contrato, tras los quince días de prueba. Podía haberlo hecho al día siguiente, por la mañana, pero el encargado había insistido, por teléfono, en que hoy a más tardar tenía que tener esos papeles firmados en su poder. Así lo dijo: hoy a más tardar. Estaba lleno de frases hechas, hoy a más tardar, en menos que canta un gallo, sin comerlo ni beberlo. Se comunicaba a través de frases tópicas, incapaz de combinar las palabras de forma personal. Celia pensó que, si le arrebataban su veintena de frases hechas, enmudecería para siempre.

Había cambiado su bata de diario por una camisa azul claro y un suéter a rombos rosas y amarillos, echado sobre los hombros. A

algunas personas la bata blanca les da un aspecto respetable, como de médico o de investigador. Al encargado le daba el aspecto de trabajar en un matadero. Pero Celia lo encontró aún más extraño con la ropa de calle, impostado tras los colores pastel.

Apenas la miró cuando sacó los papeles de la carpeta azul de gomas y los puso frente a ella.

—¿Ya estás mejor?

Celia asintió.

Fue galante cuando le ofreció asiento, pero con la torpeza y la prepotencia de las que normalmente hacía gala. El ofrecimiento mutó en orden.

—Firma aquí —señaló.

Y se inclinó sobre ella, más de lo necesario, para indicarle con el índice el espacio preciso en el que debía estampar su firma, allí donde ponía: el trabajador. Como si fuera miope o retrasada mental.

O ambas cosas. Su aliento rezumaba a carajillo.

—Yo ya he terminado, así que si quieres te acerco a donde tú me digas. Qué menos, ya que te he hecho venir adrede.

Eso era todo. Celia supo que debía negarse. Pero le dio pereza rebuscar en su mente algún argumento que la librara de aquella compañía decidida de antemano, y aún más pereza, trasladarlo hasta

su boca.

Fuera del despacho, el ruido de las máquinas seguía cumpliendo su función embotadora de conciencias.

Adela tomaba un café con leche junto a la mesa de la ventana.

Ni bullicio ni voces a esa hora de la tarde. Lola, una mujer de unos cincuenta años, de tez lustrosa y carnes prietas —no podía ser sino Lola— la había atendido con amabilidad pero sin rastro de servilismo. Los pocos clientes que había en el bar eran todos obreros. Una paz extraña, como la que sucede a un desastre nuclear que no deja huella patente en el paisaje pero sí en la memoria, reinaba en el local. Le gustó el ambiente.

Al cabo de un rato, los vio salir, a ella y a un hombre de unos treinta y tantos años. Subieron a un biplaza aparente y sin clase, aparcado en la puerta. Por lo visto, la chica picaba de varias flores, se dijo, sin rastro de alegría o de tristeza.

Pagó su café y se acercó hasta la puerta de la fábrica. Leyó un anuncio pegado con celo: se necesita personal. Y un número de teléfono. Apuntó el número en su pequeña agenda de piel y se marchó siguiendo obediente sus propios pasos, deshaciendo el camino hasta la parada del autobús.

Cuando volvió la vista atrás, el deportivo era una pequeña mancha roja envuelta en una nube de polvo.

DIECISÉIS

—¿Te gusta el tango?

Sin esperar respuesta, una profunda voz de mujer se disolvió en el interior del automóvil como una pastilla efervescente, una voz que se arrastró por la tapicería, como un borracho con estilo arrastra los pies al final de la noche.

El deportivo serpenteó por los caminos de tierra. El encargado conducía de forma agresiva, girando el volante, sacudido por pequeñas descargas eléctricas, levantando gran cantidad de polvo a su paso. Celia se sumergió en su propia road movie, y por unos momentos solo existió la música, la carretera, el coche y el árido paisaje de tonos rojizos de algún impreciso lugar del desierto de Arizona. La agradable sensación de velocidad se veía acrecentada por el mal estado de la carretera, por la brusca conducción y por los no

menos bruscos giros de aquella voz despechada. Le gustaba esa música, le gustaba esa mujer. Le sorprendía que proviniera del encargado, con su suéter pastel echado sobre los hombros.

El coche se detuvo sin más en un descampado, al borde de un promontorio, con una frenada seca. La cabeza de Celia se adelantó automáticamente para acto seguido volver al sitio, en un asentimiento involuntario.

—¿Te gusta ver atardecer?

Celia asintió, por inercia. La nube de polvo fue posándose en su lugar de origen, dejando asomar la limpidez de un cielo que se deshacía en toda una gama de púrpuras. Las montañas de la serranía se recortaban a lo lejos, en azul ultramar.

La besó. Con la misma brusquedad con la que conducía. Con los ojos bien abiertos, salivando mucho. Obligando a Celia a tragar su

saliva fresca y abundante. Los ojos, muy cerca ahora, abiertos sin descanso, desdibujaban su cara, como si las partes al volver a unirse dejaran de componer el todo.

Celia agradeció tener pronto su pene en la boca, y poder escapar así a la impúdica mirada. Se concentró de nuevo en atrapar el ritmo, esta vez describiendo cortos movimientos circulares, de arriba a abajo, de abajo a arriba, con esos mismos ojos oteándola sin descanso desde lo alto. El ritmo. Todo era cuestión de ritmo.

Con la música era mucho más fácil, se dejaba apresar en ese breve espacio entre los labios y la piel extraña. Las notas se sincronizaban con la cadencia de la succión, el contrabajo marcaba el compás, el bandoneón anunciaba el momento en que debía romper el ritmo con un movimiento más profundo, escalar hasta el glande, y deslizar su lengua por la pequeña hendidura recogiendo las notas allí depositadas, para retomar el camino descendente.

Las manos de él buscaron sus pechos bajo la camiseta, sin compás, a ratos con ansia, a ratos con distraimiento.

Ella temió que él percibiera su frialdad musicada, y por un momento, trató de desligar sus movimientos de la melodía. Pero incluso entonces le pareció que ese nuevo ritmo sincopado, a contratiempo, permanecía en sintonía con el de la canción.

Imposible perder el ritmo una vez atrapado.

Vio el cielo naranja, y la bola en llamas a punto de partir. Había algo divino en esa última claridad vital, algo agónico y esplendoroso.

—Ven.

Él hizo amago de subirla a horcajadas, pero ella se resistió, se aferró a su miembro, y a la visión de ese cielo, hasta el final. Él se corrió un compás antes de que terminara la canción. Apenas cuatro notas se desbordaron.

Le manchó ligeramente la camiseta.

Recostado sobre el asiento, parecía otro. Le pareció que su rostro, recorrido por una beatífica expresión, desafinaba.

—Tenía ganas de esto desde el día en que te vi —dijo, los ojos torvos.

Ahora sí, su expresión encajó perfectamente con su personalidad. Le tendió un *kleenex* que sacó de la guantera.

Solo entonces Celia se fijó en la cicatriz que le atravesaba el pecho, una raspa de pescado que cosía su torso, que recorría su esternón y desembocaba en su ombligo. Instintivamente, puso la mano sobre ella y recorrió esa línea despacio, notando su rugosidad, percibiendo su distinta temperatura. Como si esa cicatriz fuera el resumen de un pasado que ella pudiera leer con el simple gesto de palpar. En apenas unos segundos, ya no pudo distinguir esa línea. El cielo se había vuelto azul oscuro.

DIECISIETE

El secretario del departamento llamó a la puerta del decano. Dos toques breves, enérgicos, sin llegar a impacientes. Esperó, los pies juntos, hasta oír su voz.

—Adelante.

El secretario se sentó en el borde de la silla.

—Lo que vengo a decirte me resulta un tanto embarazoso —

empezó.

Su interlocutor enderezó el cuerpo, puso en línea su corbata y le dedicó un gesto afable, animándolo a hablar.

—A mí no me gusta meterme en la vida de nadie, pero creo que es mi

deber ponerte al corriente de ciertas cosas que están sucediendo en el departamento.

El decano miró fijamente al secretario. No le gustaba aquel tipo que usaba trajes pasados de moda, de solapas demasiado largas, de hombros demasiado estrechos, demasiado amplios los camales.

No le gustaban sus labios torcidos. Sentía el impulso irrefrenable de cuadrar las comisuras de su boca.

—¿De qué se trata? Me estás asustando —dijo sonriendo.

El secretario conservó la gravedad en el rostro.

—De Raúl Valero. Hace ya tiempo que vengo observando en él una conducta extraña. Yo me atrevería incluso a afirmar que sufre algún trastorno, digamos, psiquiátrico.

El decano puso cara de circunstancias. Recordó la escena en la cafetería. Sí, es verdad que se comportó de forma excéntrica, pero mientras aquello no pasara a mayores, mientras no afectara a su gestión directa, no veía necesidad de intervenir. Claro que estaba el caso de aquel profesor de historia que apuñaló, afortunadamente sin

consecuencias graves, a dos alumnos. Y el escándalo por las reiteradas quejas que habían sido archivadas sin más, y la posterior exigencia de responsabilidades. Pero la estadística estaba de su parte, un caso, y en otra universidad, en sus casi treinta años de carrera.

—Casi me atrevería a asegurarlo. Pero lo más grave es que ayer, en su despacho, sorprendí a una alumna realizándole una…

ejem… felación.

El decano casi se atraganta con su propia saliva. La palabra felación le sonó perversa en boca de aquel hombrecillo que apenas alcanzaba el metro sesenta. Sus labios describían ahora una severa línea recta, sin rastro de sangre.

—¿Estás seguro de eso?

—Lo vi con mis propios ojos.

El decano lo imaginó como al perfecto *voyeur*, tocado con el kit de gabardina sobre la piel blanca y nuda.

—Me sorprende lo que me cuentas. Siempre he tenido a Raúl por una

persona seria y responsable… Estoy un tanto confuso. Pero te agradezco la información. Es importante que lo hayas puesto en mi conocimiento.

—Quiero que quede claro que a mí no me gusta meterme en la vida privada de nadie. Aquí todos somos adultos y lo que haga cada cual en sus ratos libres, incluso si es con alumnas, a mí me trae sin cuidado, pero que lo haga en la propia facultad… El prestigio de la universidad está en juego. Porque no es difícil imaginar que esos favores sexuales están siendo intercambiados por calificaciones… Y

eso sí nos afecta a todos. Como secretario del departamento, considero que es mi deber velar por el buen nombre de esta institución.

El secretario se cuadró levemente. El decano advirtió en el fondo de su mirada un recalcitrante fanatismo. La palabra institución remitía en su boca a uniformes caquis y disciplina marcial.

Asintió lentamente, varias veces seguidas, mientras su mano izquierda jugueteaba con su corbata. Imaginó el gesto de placer en el rostro siempre severo de Raúl mientras una alumna le lamía los bajos. El displicente Raúl, el intachable Raúl, el recto Raúl. Jamás lo hubiera imaginado de él. De otros muchos sí, de la mayoría, pero no de él, siempre tan correcto, envuelto en su halo intelectual.

—Te ruego que seas discreto y no comentes este tema con nadie, que quede entre nosotros mientras recabo la información necesaria para determinar qué medidas tomar.

El secretario puso cara de recta satisfacción.

—Por supuesto. Puedes confiar en mí.

El decano lo acompañó hasta la puerta y le pasó un brazo por encima de los hombros, no sin cierto repelús.

—Esta institución tiene suerte de contar con gente como tú El secretario hinchó pecho bajo el traje.

Cuando el decano estuvo de nuevo a solas, marcó un número de teléfono.

—Choche, soy yo. Sí. Oye, no vengas hoy a mi despacho cuando termines las clases, hoy no. Nos vemos en tu piso sobre las siete. Sí, y sé discreta, te lo ruego.

Imaginó a Sandra, a su Choche, carpeta en ristre realizándole una felación bajo la mesa de su despacho. Imaginó al secretario del departamento espiándolos desde su oscuro escondite.

Miró el reloj. Aún faltaban tres horas para las siete y su bragueta había crecido de forma notable. Dudó si cerrar la puerta con llave y aliviar su deseo en unos minutos o cocinarlo a fuego lento en las cuatro horas de espera que le separaban de los carnosos labios de Sandra.

DIECIOCHO

Nicolás no contestó cuando su madre le dijo que había dejado unas pechugas empanadas para cenar en la nevera. Solo tienes que freirías, ¿me estás escuchando?

Obtuvo un gruñido por respuesta. Nicolás era su ojito derecho.

La mayor era mejor estudiante, más responsable, más cariñosa pero el pequeño era su preferido, sin duda. Pero últimamente, la tenía preocupada. Lo encontraba siempre ceñudo al volver a casa, y ya solo se deslizaban monosílabos de su boca. Pasaba tardes enteras, encerrado en su habitación, escuchando la horrible música de aquellos energúmenos que vociferaban con una rabia inhumana. No le extrañaba que él mismo estuviera cabreado con la vida, con esos gritos instalados en el cerebro, clamando venganza por quién sabe qué ofensa.

Sorprendía en él una mirada huidiza al pedirle un beso, una irritación rayana en la agresividad cuando le susurraba alguna de sus frases cómplices de antaño. Vale, Nicolás ya no era un niño, había cumplido los quince, pero Morgana no entendía cómo, sin darse cuenta, ella había saltado la trinchera y había pasado a engrosar las líneas enemigas.

Tenía que reconocer que en los últimos tiempos no le había prestado demasiada atención, por el repunte de trabajo, por el traslado al nuevo despacho, porque quería recuperar su juventud perdida, y salir a cenar, y salir a bailar, salir. Cierto que un chico de quince años cambia como una bolita en manos de un trilero, aun con los ojos fijos en él, con que si encimas le das la espalda… Pero le aterrorizaba descubrir cada día un brillo distinto en sus ojos, algo diferente en su forma de plantarse, recién levantado, en el umbral

de la cocina.

El mundo no puede haberle herido tanto, pensó, ella lo ha protegido. Y sin embargo, la duda de haber dejado una ventana mal cerrada en el nido planeaba en círculos cada vez más pequeños. Al menos estaba tranquila en una cosa, su hijo odiaba las drogas, no soportaba siquiera el tabaco y siempre estaba recriminándole que fumara.

Miró su reloj de pulsera surcado de pequeñas circonitas.

Se contempló en el espejo con su vestido de gasa verde mar, y sus sandalias doradas de tacón. Hacía un poco de fresco para las sandalias de tiras, pero estas estilizaban sus piernas. Se ahuecó el cabello, rabiosamente rubio, pegó y despegó los labios, intensamente rojos.

No quería parecer vulgar, se había debatido entre su instinto natural a parecer *sexy*, que la impulsaba a recargarse en exceso, a ceñirse ropas vistosas, y el sentido común que, más que nunca, le aconsejaba sobriedad. Aún así había podido más su deseo y, finalmente, había descartado el traje negro.

Le sorprendió su llamada. Es verdad que ella se había insinuado de forma sutil en la consulta, por una conversación que vino al pelo sobre un restaurante, pero él la había telefoneado para invitarla a cenar, sin haberse creado antes ese clima de angustia tan familiar para ella desde la adolescencia, esa lenta agonía que precedía a un nuevo rechazo, con el teléfono como testigo mudo. Esta vez todo había sido fácil, como siempre debió ser, como siempre lo fue para las otras chicas.

A las nueve y veintisiete minutos, Morgana alcanzaba la puerta del restaurante, arrepintiéndose de ser tan puntual, temiendo parecer todo lo ansiosa que en realidad estaba. A los pocos minutos, lo vio aproximarse por el callejón, con andar tranquilo, de paseante montañés.

Raúl la vio desde lejos, como para no verla: Morgana parecía un enorme y reluciente árbol de navidad, con todas sus ramas desplegadas, rebosantes de adornos. Recorrió con paso rápido

esos incómodos metros que separan a una persona en movimiento de otra cuyo único quehacer consiste en esperarla. Se dieron dos besos. A ella le pareció que olía a hierbas recién cogidas de la montaña.

Él le cedió el paso para entrar en el restaurante y, mientras sujetaba la puerta, no pudo dejar de mirar su enorme culo, sus inconmensurables posaderas que alternaban el peso a uno y otro lado, con marcado vaivén. El enorme trasero peinó la nuca de un joven, sentado a una de las mesas del pasillo, y a punto estuvo de hacerle tragar el bocado de

golpe. Morgana parecía ignorar el ingente espacio que necesitaba para desplazar sin peligro sus carnes. Flotaba sonriente, ajena a su volumen.

Por fortuna, su mesa era una de las más apartadas, en un rincón del restaurante, semioculta por el arco bajo el que se ubicaba una pequeña bodega hecha de tejas de barro. La luz tenue matizó el estridente maquillaje de la vidente, suavizando sus rasgos.

Raúl comprobó lo precario de su pulso al coger la servilleta. Le incomodaba mirarla a los ojos, temeroso de que en el fondo de sus pupilas, ella pudiera pescar su clara condición de sospechoso.

Me siento tan solo, le había confesado en su última sesión.

Lamentable, sí. Él lloriqueándole a una vulgar hechicera. Pero ella no parecía sospechar sus intenciones. De hecho, ni él mismo tenía claras cuáles eran sus intenciones. Cuando percibió el coqueteo de ella, supo simplemente que debía recoger el anzuelo. Todo había salido rodado aunque en el fondo de su corazón no acababa de entender que aquella grotesca mujer pensara que ellos dos pudieran tener algo en común, que él fuera capaz de experimentar algún interés por ella, más allá del de entomólogo ante una especie recién descubierta. Precisamente así era su interés, científico, empírico.

Una vez formulada la hipótesis, tocaba demostrarla o refutarla.

—¿Te apetece un aperitivo?

A Morgana, el aperitivo le pareció el colmo de la exquisitez. Por un momento, fue inevitable que el patán de su exmarido trotara hasta su mente para representar, a gritos, una de aquellas noches

ensayadas a diario: ¿nena, qué hay de cenar? Apartó con furia una imagen que le restaba el aplomo con el que había decidido afrontar una cita que en el fondo le inspiraba temor. No ser Paqui, se repitió, ser Morgana sin interrupción.

Pidió un Martini blanco. Él una cerveza. Ella le ofreció un cigarrillo y, aunque hacía años que Raúl había dejado de fumar, decidió que David fumaba de tanto en tanto.

—¿Y esa novela, cómo va?

Raúl le había contado que era editor, que se dedicaba a seleccionar manuscritos, e incluso había publicado algunos libros como autor,

ensayos sobre literatura fundamentalmente, nada demasiado interesante había alegado con modestia. Ahora trabajo en una novela, declaró para redondear la mentira.

—Ya sabes que en cuanto esté, yo quiero leerla —le advirtió, amenazante.

Y encadenó toda una retahíla de tópicos sobre la literatura que a Raúl le revolvieron las tripas. El conocimiento literario de Morgana se limitaba a la lectura de tres o cuatro *best-sellers* al año y a las novelas románticas de Danielle Steel. Pero para ella, era razón suficiente para desmarcarse de los incultos que no habían leído un libro en su vida y emprender una aventurada conversación sobre literatura.

—¿Y se puede saber de qué va?

—Pues… es difícil de explicar… Es la historia de una mujer en busca de su identidad. Una mujer que trata de tomar las riendas de su propio destino —improvisó.

Morgana se imaginó a sí misma como una heroína de novela.

—Suena interesante —dijo, rasgando los ojos.

—Tu trabajo sí que es apasionante —contraatacó él—. Debe de ser fascinante tener acceso a los pensamientos más íntimos de la gente, a sus deseos más ocultos, ser capaz de arrancar las más recónditas confesiones a un perfecto desconocido.

—Lo cierto es que daría para unos cuantos argumentos de novela… aunque, no creas, a veces una está harta de oír

problemas, problemas por todas partes, más y más problemas.

Morgana recordó que David era su cliente.

—No quiero decir que siempre sea así. Por supuesto, me encanta mi trabajo y me encanta ayudar a la gente, pero a veces siento que, mire donde mire, solo hay desgracias. El mundo anda como muy revuelto y la gente muy perdida. A veces me pesa la responsabilidad de que mis palabras tengan el poder de influir en el curso de los acontecimientos. Es una gran responsabilidad, no sé si me entiendes. A veces me siento como muy esclava de mis propias palabras.

Raúl asintió. Muy a su pesar, entendía a la gorda verborrea que no cesaba de mojarse los labios cada dos frases con la rolliza lengua.

El *maître* se acercó a su mesa para tomarles nota y Raúl se turbó de nuevo. Aquel hombre de mirada despierta descubriría lo chirriante de la unión, la farsa que representaban. Pero el diligente *maître* se limitó a tomar nota, con modales exquisitos, alabando la elección de la señora.

—Cuéntame algún caso curioso con el que te hayas encontrado.

Sin dar nombres, por supuesto.

—No sé, déjame pensar.

Morgana exhibió ahora una coqueta timidez que a Raúl se le antojó francamente ridícula.

—Una vez vino una mujer a la consulta, una mujer de cierto nivel económico. Su marido tenía un buen cargo en el ministerio de Hacienda o en algún sitio así.

La vidente tomó una rebanada de pan y la untó con *foie*. Raúl podía ver sin esfuerzo cómo la masa grumosa daba vueltas en su boca, como en una lavadora infernal. Su papada se movía arriba y abajo, mientras ella no cesaba de masticar y de hablar al mismo tiempo. De pronto, se limpiaba los labios con la servilleta, afectadamente.

—Resulta que el matrimonio tenía tres hijos, y los tres eran clavaditos al padre. Un día, el marido fue a hacerse unas pruebas

porque tenía un problema de próstata, y le detectaron una malformación en los testículos. Resultó que el hombre era estéril.

Repitieron varias veces las pruebas, más que nada porque el pobre no se cansaba de repetirles a los médicos que debía de haber un error, que él tenía tres hermosos hijos que eran su viva imagen, la viva estampa de su padre.

Morgana hizo una pequeña pausa dramática.

—La de su padre y la de su tío —dijo, bajando el tono para acto seguido reír escandalosamente.

Un pequeño perdigón escapó de su boca e impactó en la mejilla de Raúl. Morgana quedó enganchada en la carcajada, como si hubieran accionado la tecla del pause. Raúl se limpió lentamente, con la yema del índice, mientras mantenía la orden de sonreír a todos los músculos de su cara.

Trató de suavizar la crispación que se encaramó a sus mandíbulas. La hubiera estrangulado allí mismo, disfrutando al comprobar cómo su rosada cara de cochinillo trataba en vano de inhalar un aire que no llegaría a su boca, obstruida por el último bocado.

—Una historia divertida, sin duda. Tus clientes suelen ser mujeres en su mayoría, ¿no es cierto? A veces me siento un bicho raro…

—Sí, la mayoría son mujeres, pero cada vez vienen más hombres a la consulta. No sé si lo notas, pero algo está cambiando en esta sociedad… Y a un ritmo vertiginoso…

Raúl asintió de nuevo, a su pesar.

—Yo soy un poco como una psicóloga, ¿sabes?

No sabía exactamente cuál era el objetivo de aquella cita. A medida que transcurría la velada, se daba cuenta de lo difícil que sería sonsacar a Morgana sin delatarse. Aun así, necesitaba estar cerca de ella, porque ella era el kilómetro cero de su pesadilla, el punto al que intuía debía retornar para ponerle fin.

Rellenó de nuevo su copa, cuyo contenido ella hacía desaparecer con la sed del desierto. Bebía a un ritmo endiablado y

su ritmo acelerado lo arrastraba a él.

Morgana era muy sensible a estos detalles, no estaba acostumbrada a hombres que estuvieran pendientes de ella. La imagen de él bailaba ahora en sus ojos, empezaba a estar achispada.

—David.

Raúl se sobresaltó. Recordó a su alumno y trató de robarle algo de su aplomo.

—Lo estoy pasando estupendamente esta noche.

La gorda está borracha, determinó. La lengua se le enredaba entre los dientes. La boca pastosa, reseca por mucho que la regara con vino, hacía que sus palabras se arrastraran perezosamente, como recién despertadas de la anestesia. Y peor aún, se estaba poniendo melosa, no cesaba de sonreírle, zalamera, mientras sus ojos desaparecían en una línea horizontal tras las montañas de carne. Raúl no sabía qué seguiría a esta cena.

Cuando pidió la cuenta, Morgana hizo amago de buscar su cartera en el bolso y protestó sin convicción cuando él tomó el platito con el montante, y dijo, en tono firme:

—Por favor.

Estaba encantada de ser invitada.

—¿Te apetece tomar una copa?

—Solo si me dejas pagarla a mí —respondió con veleidad.

De camino al coche, Morgana hablaba y reía sin parar. Su tono, varios decibelios por encima de la media, avergonzaba a Raúl cuando se cruzaban con alguien. Su risa aguda, estridente por las puntas, retumbaba por las callejuelas del barrio antiguo, cuyos centenarios edificios contrastaban con la contemporánea vulgaridad de su acompañante. Se aferraba a su brazo, en parte para no caerse —era increíble cómo con su complexión podía sostenerse sobre aquellos tacones de aguja—, en parte porque deseaba estar lo más cerca posible de él.

Raúl le abrió la puerta de su pequeño utilitario, preguntándose cómo iba aquella mole a introducirse en él.

—Eres todo un caballero.

Le sujetaba la puerta del coche cuando notó el primer roce.

Primero fue un leve contacto al pasar junto a él, pensó que casual, luego, cuando ella quebró su cuerpo para depositar el bolso a los pies del asiento, sintió claramente sus nalgas incrustadas en el centro de su cuerpo.

Sorprendido, cerró la puerta con excesivo impulso, entró en el coche y arrancó. Puso el aire acondicionado. Todo el alcohol acumulado empezaba a hacer su efecto. Bajó un palmo la ventanilla. Apenas habían avanzado unos metros cuando sintió un latigazo en el bajo vientre. Al girar la calle, una imagen lo asaltó con violencia: el culo de Morgana, el enorme culo de Morgana, blanco, celulítico, tembloroso, desnudo, oceánico, siendo azotado sin piedad. Su carne transparente siendo lacerada con violencia, estriándose, sangrando en rojo vivo, como un solomillo poco hecho, esparciendo todos sus jugos.

El deseo alcanzó su punto de ebullición. En una de las oscuras y solitarias callejuelas, Raúl frenó bruscamente el coche y se abalanzó

sobre esos pechos infinitos, hundió su cabeza entre aquellas enormes colinas de carne que lo aislaron del ruido exterior.

Mordió los rosados pezones con rabioso frenesí, con una necesidad imprecisa, con un hambre indefinida. Trató inútilmente de abarcar aquellos inmensos senos, de tragar todo su caldo, mordió la carne asalmonada hasta casi hacerla sangrar, con ansia adolescente, mientras se imaginaba azotando ese culo de insondables pliegues, partiéndolo por la mitad, oyéndolo crujir ante su avance. Morgana olía a carne, a carne fresca de animal. Necesitaba sodomizar a aquella mujer. Supo que en aquel coche sería imposible.

Contenido el deseo a duras penas sin haber pasado de sus pechos, se incorporó en su asiento.

—Disculpa, no sé qué me ha pasado.

Morgana estaba sorprendida, gratamente sorprendida. No había esperado esa pasión por parte de David. Le había resultado un tanto brusco y hasta había tenido que reprimir un chillido de dolor cuando

él le mordió el pezón derecho, pero su cita iba viento en popa, mejor de lo que nunca hubiera imaginado.

Definitivamente, había encontrado al hombre de su vida.

Después de tantos años, tras tantas penurias, por fin un hombre que la respetaba y la deseaba al mismo tiempo.

DIECINUEVE

El sol había recorrido un tercio de su camino cuando despertó.

La mañana lucía radiante, de un esplendor que dolía mirar, como esas niñas cubanas de lazos blanquísimos sobre la piel oscura, camino de la escuela, vestidas de eterna comunión, con el Caribe reflejado en la sonrisa.

El tiempo era el mayor de los indicios. El mundo se mostraba radiante esta mañana de primavera para poner de relieve su sombrío reflejo en el espejo del baño, su piel deslustrada, la sombra de la suciedad transparentando la carne. No había contradicción en ello. La nitidez del día, la luminosidad de poniente, estaban ahí para resaltar su sucia conciencia.

El monstruo del remordimiento se desperezaba. En treinta años, no

había tenido necesidad de ocultarle ni una coma a su mujer, había hecho sencilla y llanamente lo que el deber le ordenaba, con voz clara e instrucciones precisas.

Regurgitado ahora, el episodio nocturno adquirió la textura irreal de un sueño, el plano ondulado del espejismo. El monstruo, cabreado por haber sido despertado de su letargo, rugía ahora con furia, recriminándole lo sucedido.

Distribuyó espuma de afeitar por la barbilla.

Al fin y al cabo, era ella quien lo había despertado, quien lo había expulsado a él de la tierra amada, quien lo había empujado a los brazos de aquel otro monstruo.

Mientras pasaba la cuchilla por su rostro, se coló tímidamente una imagen que todo lo ensombreció, como una nube compacta en un día despejado: los blanquecinos, casi azulados pechos de Morgana, sus carnes desbordándose, excediéndole siempre,

escapando a la ansiosa humedad de su lengua. Experimentó repugnancia. Trató de ahuyentar aquella imagen. Pero de nuevo volvían los oscuros pensamientos, la angustia fluida corriendo por sus venas.

Oía a Adela trastear en la cocina. No se había movido, sin embargo su miembro rozaba ahora el mueble del lavabo bajo la toalla. La repugnancia estaba en el deseo, no lo alejaba del placer, sino que lo conducía directamente a él. Y el deseo era lo único capaz de borrar la angustia.

Abrió las aletas de la nariz y respiró el olor del recuerdo: el olor a carne fresca de Morgana, el olor a carne del almacén de su padre, donde se refugiaba en las tardes de tedio adolescente, con un Interviú hurtado y una valentía inusitada en él, para hacerse sus primeras pajas, para descubrir entre los cadáveres de cerdos y terneras colgados, los gozos que era capaz de proporcionar el propio cuerpo. Nunca el éxtasis fue tan intenso como en aquel almacén.

Se masturbó con urgencia hasta alcanzar el clímax mientras pensaba en el inmenso culo de Morgana, entre cadáveres de cerdos colgados. Mientras oía a su mujer trastear en la galería.

Adela sacaba la ropa sucia del cesto, cazaba máculas que pulverizaba con el quitamanchas, en los puños, en el cuello, en los lugares sensibles al roce.

Se disponía a introducir la camisa azul de Raúl en la lavadora cuando, en un acto instintivo, se la llevó a la nariz. Olía a mujer, un olor dulce, penetrante, pudiera ser de nardos o azahar, mezclado con el de él.

Estaba convencida de saber exactamente cómo era la relación que crecía a sus espaldas. Ignoraba si ella preferiría los mordiscos suaves en el lóbulo de la oreja o las palmadas energéticas en las nalgas, si era de tostadas o de cruasán por las mañanas, pero estaba segura de saber cuál era la mirada exacta que ella

depositaba en él, cuál el efecto que ese tierno cuerpo provocaba en su marido.

Conocía palmo a palmo el camino que les había conducido hasta allí. Él la había seducido con su literatura, con sus estupefacientes palabras, sin intención aparente, arteramente camuflado bajo el halo mágico del profesor, del dios todopoderoso para la alumna aventajada, un dios descubierto de pronto de carne y hueso. Y no hay nada más excitante que la carne que uno no espera.

Ella, una ninfa ruborosa y salvaje, excitándolo con su mera presencia. Encendiéndolo sin necesidad de abrir la boca, sin tener que fraguar una sola idea brillante en su cabeza. Simplemente existiendo, exhalando juventud desde un pupitre, ofreciendo su presente de mujer joven, hermosa y deseable.

Ni siquiera estaba furiosa con Raúl. La perplejidad le había asestado un golpe a traición a su ira, antes de que sonara la campana del primer asalto. De pronto, compartía cama con un desconocido. Ella, que a menudo se anticipaba a las respuestas mecánicas de Raúl. Si qué tal por la facultad, una voz dentro de Adela respondía al tiempo: bien, como siempre, teniendo en cuenta que cada día hay menos interés por la literatura… Si qué quieres para cenar: cualquier cosa, un poco de fiambre y algo de fruta. En una tienda, de las dos habituales en que él compraba su ropa desde hacía más de veinte años, podía apostar sobre seguro por qué camisa se decantaría Raúl. En un restaurante, de un solo vistazo a la carta, sabía hasta el postre que elegiría. Muchas veces le había echado en cara su total previsibilidad, su falta absoluta de improvisación. Pues bien, esta vez, tenía que reconocerlo, la había sorprendido.

—¿A qué hora tenemos que estar en casa de tus padres?

En el umbral de la cocina, cubierto solo por una toalla de mano, Raúl esperaba respuesta. Ahora le gusta exhibirse, pensó Adela. Lo observó

con los ojos prestados de su amante, examinó su delgado

torso, su pecho liso, con algo de vello rizado, del que se ensortija en los dedos, como esos gusanitos de mil patas que se hacen bola al tocarlos. Los brazos fibrosos sin llegar a musculosos, las piernas bien torneadas, la cara de marcadas arrugas en la frente, alrededor de la boca. Arrugas que, al contrario que a ella, le conferían carácter y no gravedad, profundidad y no amargura, atractivo y no decrepitud. Y ese aspecto intelectual, ese aire despistado que merodeaba al desvalimiento cuando no llevaba puestas sus gafas.

Sí, Raúl aún componía un lienzo en blanco sobre el que soñar.

—A las dos.

—¿Quieres que llevemos la botella de Rioja que me regalaron?

—Hay arroz a banda para comer, creo que mi padre ha comprado blanco. Y vístete, que aquí hay corriente.

Raúl desapareció sin rechistar. Quiere diluir su culpabilidad en buen vino para mis padres, se dijo Adela. Iba a pulverizar con rabia el quitamanchas sobre su pantalón *beige* cuando algo cayó del bolsillo y un tintineo fue multiplicándose en el aire.

Con cuidado, volvió a guardar el anillo en el sobre de papel, el sobre en el pantalón y el pantalón en el cesto de la ropa sucia.

Raúl se ponía un calcetín en el pie derecho cuando reparó en su mano izquierda, desnuda, extraña. Se vio, la noche anterior, dirigiéndose a su cita con Morgana, cuando en el último momento, a solo unos metros del restaurante, a punto de arruinarlo todo, se había acordado de quitarse la alianza. Había improvisado un pequeño sobre con un antiguo *ticket* de aparcamiento e introducido su anillo en él. Al llegar a casa, ansioso por borrar toda huella de su aventura, se había deshecho con furia de la ropa, como de un cadáver pestilente.

Vio a Adela, armada con el quitamanchas, ante la sucia prueba de su depravación.

Se levantó de un salto, cogió su móvil y marcó el número de casa. Dejó sonar el teléfono varias veces, asegurándose de que su mujer lo oyera. Descolgó el auricular del dormitorio, contó hasta diez y se asomó al pasillo.

—Adela, es para ti. ¿Lo coges en el salón?

En cuanto el camino estuvo despejado, Raúl salió disparado hacia la galería y se precipitó sobre el cesto de la ropa sucia.

Afortunadamente, la primera prenda que asomó fue el pantalón.

Respiró con alivio. Con dedos nerviosos, rebuscó en los bolsillos.

Allí estaba.

—Han colgado. ¿Quién era?

Dio un respingo. La voz le sobresaltó por detrás.

—No lo han dicho.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer. Llamaba desde un móvil porque se oía bastante mal.

Ha preguntado por Adela Gracia, así es que no te conoce. Tal vez se haya quedado sin cobertura. No te preocupes, que si es importante volverá a llamar.

Demasiadas explicaciones, se recriminó.

—Espera.

De pie en el medio de la cocina, el sobre de papel apretado en el puño, Raúl tembló.

—¿Estabas buscando la pareja, no?

Raúl miró sus asimétricos pies. Asintió, aliviado, mientras tomaba el calcetín que Adela le tendía.

VEINTE

El teléfono fusiló el silencio de una sola ráfaga. Alcanzada por una de aquellas balas, Celia saltó de la cama y descolgó el auricular.

—¿Te recojo a las siete?

La respuesta afirmativa le salió ronca, como si una extraña habitara su garganta. Una extraña que hablaba distinto hacia fuera que hacia dentro.

—¿Te he despertado? —preguntó la voz.

Carraspeó.

—No. Solo estoy un poco afónica. Demasiados cigarrillos anoche.

Mentir. Tan necesario como respirar. Por supuesto que dormía, por supuesto que mentía. Dormir era la única arma realmente eficaz contra el zumbido del domingo. Mentir, una necesidad.

Eran más de las cuatro. Había abierto los ojos sobre la una, pero tras una breve inspección al póster de la pared, a la ropa apilada sobre la silla, tras detectar el rancio e inconfundible olor a domingo, no había avistado ninguna razón convincente para salir de la cama.

Ahora, de pie junto al teléfono, el espeso éter dominical se expandía sin control, pero el camino de regreso a la cama se mostraba ya impracticable, como un puente bombardeado.

Trató de aplicar la lógica: solo los humanos diferenciamos unos días de otros, se dijo, los días por su parte son exactamente iguales, equiparables en minutos, en desarrollo, en longitud, ajenos a nuestras mediciones. Un martes en nada se distingue de un domingo. En nada. Y sin embargo, toda esa lógica se le escapaba, como una corriente de aire al abrir la ventana y contemplar la calle

agonizante, la apatía en las copas de los árboles, las caras vacías de los transeúntes, el tiempo detenido de domingo.

Huyó hasta la ducha. Se enjabonó con energía, champú tanto para el cuerpo como para el cabello. Y una sensación pasó ligera como el vaho, primero en forma de una única imagen, después arrastrando tras de sí un puñado de fotogramas que adquirieron movimiento propio.

Bailaban en el apartamento de aquella urbanización de los 70, una de tantas aberraciones arquitectónicas a orillas del Mediterráneo, que ese día rugía como si se hubiera tragado el Atlántico. Ajenas al rugido, pero con el rugido dentro de la cabeza, las cuatro niñas bailaban en la terraza de la novena planta, recortadas sobre el azul vibrante: Carola, Sandra, una morena pequeñita cuyo nombre no recordaba y ella misma. Bailaban, como si en la terraza de aquel apartamento que se vendió tras la separación se estuviera decidiendo su futuro. Ensayaban para el festival de verano, uno de esos absurdos festivales, cuyo único fin era que los padres se mostraran orgullosos de sus hijitas por unas horas. Claro que los suyos nunca manifestaron ningún tipo de orgullo por sus estúpidos bailes. Tampoco ella estuvo nunca dotada para la danza. Pero allí estaban, bailando con ganas, haciendo sudar sus delgados cuerpos recubiertos de *lycra*. Y todo era plácidamente estival

hasta que, tras una de las vueltas, descubría que la barandilla de la terraza se había esfumado como por arte de magia y el suelo se inclinaba peligrosamente hacia un paisaje en miniatura y el mar enseñaba sus afiladas garras, y el vértigo aporreaba la puerta desde dentro, pero el terror le impedía abrir. El miedo y la voluntad tirando cada uno de un extremo, desgarrándola por dentro. Y ella sin poder moverse, con esa forma de no moverse tan dolorosa de los sueños… Solo una pesadilla.

Y aún así, lo peor no fue eso, lo peor fue comprobar cómo las otras chicas continuaban bailando como si nada, arrimándose sin miedo al abismo.

—Venga, Celia, te toca a ti, voltereta lateral.

Voltereta lateral directa al abismo. Imposible mover siquiera el dedo gordo del pie. Le pareció recordar que Raúl aparecía en el sueño, dentro del apartamento, acodado en una de esas horteras barritas de mueble bar tan *kistch*, bebiendo una copa, y asintiendo, muy serio, sin saber si le asentía a ella o a las otras.

Hizo que el agua de la ducha saliera más caliente. Permaneció bajo el chorro hasta que el vaho borró todos los contornos, hasta que ya no pensó en nada. Se secó con una toalla que olía a humedad. Con uno de sus extremos, recortó un círculo en el espejo, en el que se reflejaron sus pechos, pequeños, bien formados, la suave curva de su cintura, el vello del pubis, dolientemente negro.

Pensó tres segundos en Tino y dos en su padre.

Se vistió y continuó su huida hacia la cocina, donde preparó café. Los azulejos mates se le antojaron tremendamente dominicales, y también la luz del fluorescente, pero sobre todo, la grasa inmóvil de la campana, de un verde mate. Por un momento, estuvo tentada de abandonar. El borboteo del café la impulsó a seguir con la acción. Calentó leche. No tenía hambre, pero le pareció que la bolsa de magdalenas la miraba fijamente desde el otro lado de la mesa. La alcanzó. Pensó en la voz nasal del encargado: ¿te recojo a las siete? Se acostaba con él, pero no lo llamaba por su nombre, dudaba siquiera de que tuviera un nombre.

La extraña de su garganta, con un pedazo de gomosa magdalena en la boca, pronunció en voz alta:

—José Luis.

Pues sí, lo tenía. Un nombre vulgar, un nombre compuesto para compensar la simplicidad de su persona, pero un nombre, al fin y al cabo.

El timbre del telefonillo reverberó en el pequeño salón, media hora antes de lo previsto.

—Ábreme, me estoy meando. ¿Qué piso es?

No entraba en sus planes dejar subir al encargado, que

conociera su intimidad, su oscuro piso, la vista exacta desde su ventana. Pensó en recoger a toda prisa el salón, la ropa diseminada aquí y allá, los restos de comida, pero le dio pereza. En cuanto abrió la puerta, supo que él no era de esas personas que repara en los detalles. Oyó cómo el orín desembocaba en el fondo de su váter e imaginó de nuevo su mirada posándose sobre sus cosas, sobre la leche limpiadora, la crema hidratante, las compresas, sobre el armarito de plástico, pelado por los bordes, recubierto de una fina capa de mugre. Al salir, él la asió por la cintura y estampó un sonoro beso en sus labios.

—¿Has dormido bien, cari?

¿Cari?, no podía creerlo.

—Muy bien, ¿y tú? —respondió, evitando sus ojos.

—Como un bebé, es apoyar la cabeza sobre la almohada y caigo rendido al instante. Nueve horas del tirón. Pero tú tienes cara de necesitar algunas horas más de cama…

Celia pensó decirle que los bebés se despiertan cada tres horas para mamar, que ella no era esa tal *cari*, pero él la empujaba ya hacia el dormitorio, sin importarle lo que tuviera que decirle, buscando sus pezones bajo la camiseta. Por un momento, se imaginó como una viejecita inglesa, chillando histérica al ser asaltada en su casa victoriana, y sin transición, callando estoicamente desde el gélido azul de los ojos de una bosnia.

Comenzaba a arrepentirse de haber quedado con él, por muy domingo que fuera.

Él ya le había sacado los pantalones y mordisqueaba el pespunte de sus bragas sin interrumpir el río de su mirada, una mirada de actor de película porno, sin principio ni fin, obscenamente continua.

Repitió mentalmente su nombre: José Luis. José-Luis, lo separó en dos, lo separó en tres, Jo-sé-Luis, lo volvió a unir. Joséluis.

Observó su pelo graso, tieso y engominado, recordó sus frases hechas, su mentón ligeramente alzado al dirigirse a los empleados, la cinturilla alta de sus pantalones. Lo vio diciéndole cari y una

vergüenza ajena, diez veces más potente que la propia, empañó sus ojos.

Pero su presencia seguía allí, continua, real, sin desdoblamientos. A diferencia de otras veces, no sobrevolaba la escena, sino que permanecía anclada a su cuerpo, las piernas abiertas, mientras el encargado, real aunque sin nombre, le repasaba el coño con saliva, su coño, también real aunque algo menos.

Pensó en la bosnia, en el terror azul claro, pensó en rozaduras de cuerdas rascando allí donde pica. Pensó sin motivo en la palabra argucia.

Nada presagiaba lo que iba a suceder.

De pronto, el roce se volvió jabonoso, y se vio impelida a dirigirse a un punto concreto, con urgencia, a llegar allí cuanto antes sin importarle nada más, abrir sus piernas hasta oírse crujir, como la carcasa de un pollo devorado. Quiso gritarle que no dejara de roer su hueso, que lo royera hasta que le doliera. Hasta pensó gritar su nombre, Joséluis. JOSÉ LUIS. Pero eso solo sucedió hacia dentro.

Hacia fuera, permaneció inmóvil, muda, hasta que su boca emitió un breve suspiro por toda señal de culminación. E inmediatamente después, volvió a notar los labios de él en sus labios menores, andando y desandando el camino, como quien tararea bajito una canción que acaba de escuchar en la radio.

Experimentó una tierna extrañeza hacia aquella cabeza que emergía de entre sus piernas, el pelo revuelto, la frente sudorosa, la barbilla regada de fluidos, la mirada continua, con un brillo ufano en su fondo.

—He oído que hay unos enfermos que se llaman celíacos, ¿tú crees que yo tengo esa enfermedad?

Celia pensó que tenía la misma sonrisa de gilipollas de siempre.

Exactamente la misma. Seguro que había estado rumiando la ocurrencia todo el día, esperando el momento oportuno para

soltársela.

—¿Y tu mujer, qué opina de eso?

Mientras la sorpresa escalaba por su rostro baboso, Celia emprendió el lento, demorado y húmedo descenso hacia sus genitales.

VEINTIUNO

Desnudos bajo las sábanas, todos retornamos a un tiempo en que fuimos más inocentes, un tiempo lejano que permanece intacto, en hibernada espera, en algún repecho de los genes. Cuando las convenciones no atenazaban nuestro comportamiento y nada significaba nada más allá de sí mismo. Desnudos, ellos eran solo un hombre y una mujer, tan frágiles, tan invulnerables, como toda la humanidad.

Raúl reflexionaba, la mirada perdida en el techo salpicado de gotelé. La oronda Morgana yacía a su lado, cubierta hasta las axilas por una sábana de raso color chocolate. Su piel, de un blanco mortecino, palidecía aún más al contraste con el oscuro satén. Su cuerpo envuelto parecía un globo en manos de un niño, siempre empeñado en echar el vuelo.

Los objetos de aquella habitación lo sitiaban sin escapatoria: un cuadro sin fondo con dos figuras egipcias, un terrorífico pierrot, una máscara de porcelana de cuyo ojo hueco resbalaba una lágrima, el tocador lacado en negro brillante, con un ribete dorado —pudo imaginar a la dependienta: tenemos este elegante modelo, en negro y oro, y a Morgana asintiendo entusiasmada: oh, sí, sí, me lo llevo…

—, las cortinas en tonos pastel, atestadas de volantes, las deslustradas hojas de las plantas de plástico. Todo en aquel espacio era tan excesivo y vulgar como la propia Morgana. Cada una de aquellas piezas atentaba por sí misma contra el buen gusto, cada objeto por separado constituía un homenaje a la ordinariez, pero la conjunción de todos ellos suponía la culminación de la vulgaridad máxima, resumida en un único y breve espacio. Y lo peor de todo era el orgullo con que la vidente presumía de sus posesiones: no

era hortera por necesidad sino por convicción.

Raúl la observó, recreándose en la celulitis que asomaba por la cara interna de sus brazos, que evocaba la carne mórbida y apedreada del resto de su cuerpo.

Y sin embargo, era justo reconocerlo: había disfrutado como nunca en aquella cama de dosel historiado, sodomizando por fin a la pitonisa. Había dejado correr sus impulsos como niños urbanos por una verde pradera, sin ataduras, sin horizontes más allá del verde.

No había tenido que fingir que era otro, con Morgana ya era otro. Y

ese otro podía entregarse a sus más bajos instintos sin remordimientos.

Un regusto amargo escaló hasta su boca al pensar de nuevo en Adela. Buscó el tono más casual para preguntar:

—¿Te he dicho que el otro día vi salir de tu consulta a una conocida mía, a la amiga de una amiga?

Morgana tenía ganas de mimos. Quería dilatar esos instantes de intimidad, atrapar el silencio del después, recostada entre sus brazos, respirando por fin el aroma de un hombre de verdad. Se sentía radiante. Claro que hubiera preferido hacerlo por delante, como todo el mundo, y hasta tuvo que reprimir una expresión de sorpresa, no exenta de temor, cuando David le ordenó que se diera la vuelta para, acto seguido, estirando de sus rubios rizos de peluquería, ensartarla por detrás como un salvaje. Cierto que a duras penas consiguió reprimir el primer aullido, cuando el fuego rompió su carne y ella temió que sus excrementos se convirtieran en el invitado sorpresa. Pero poco a poco, casi sin apercibirse, los amargos envites fueron traspasando la frontera del dolor hasta diluirla por completo, y el placer acabó conquistando cada rincón de su territorio hasta plantar bandera en su centro mismo. Al fin y al cabo, se dijo, de un hombre así, no podía esperar un aburrido misionero. Si ese era el precio que tenía que pagar por tener en su cama a alguien como David, lo pagaba gustosa. Si él hubiera querido mearse encima de ella, ella lo hubiera entendido.

Tuvo que salir de su ensoñación para responderle, muy a su

pesar:

—No, no me lo habías dicho.

—Pues sí, bueno, apenas la conozco, hemos coincidido alguna vez, en alguna presentación de libros.

Morgana permaneció en silencio con la esperanza de que las banales palabras de su amante se extinguieran en el vacío, y seguir abrazada a

él en silencio, rozando todas sus carnes con las suyas.

—Adela, una mujer alta, de pelo castaño, atractiva.

No le gustó oírle decir que era atractiva.

—Ah, Adela. Nada interesante, créeme. Un caso de lo más aburrido.

—Venga, cuéntame. He de reconocer que me pica un poco la curiosidad. No pensé que esa mujer tuviera problemas, se la ve tan… satisfecha con su vida.

Morgana abandonó definitivamente su propósito.

—Fíate tú de las apariencias. Esa, satisfecha con su vida.

Aunque ya te digo que es un caso de lo más aburrido. Un ama de casa, como supongo que sabrás, de familia bien eso sí, que nunca ha trabajado porque no le ha dado la gana y porque no le ha hecho ninguna falta, que ahora quiere separarse de su marido porque está harta de él. Eso es todo. Ese es su gran drama. Pero te aseguro que esa mujer está cualquier cosa menos satisfecha con su vida.

Raúl se incorporó sobre el cabezal, y ahuecó con asco la almohada de la que se desprendieron partículas del perfume dulzón de Morgana. La cabeza de su amante dejó de reposar plácidamente sobre su regazo y su cuello pasó a describir un ángulo de noventa grados. A pesar de la incomodidad, la vidente no cejó en su empeño de seguir recostada sobre él.

—Pues no me pareció en absoluto una mujer aburrida cuando traté con ella. De hecho la encontré culta, bastante inteligente.

Venga, cuéntame lo que le dices, cómo trabajas. Quiero saberlo todo de ti.

—Ya te digo que es un caso de lo más vulgar. Es una mujer extraña, no sé cómo explicarte, está como ida. Tan pronto te suelta

frases como que la vida es el constante despertar de un sueño tras otro, con la mirada perdida, de loca, como es la perfecta dama, pragmática, digna, con los pies bien plantados en la tierra. Es…

Morgana frunció la nariz en leve gesto de repugnancia.

—… extraña. Pero no hay cosas raras, el marido no le pega, puede que ni siquiera le ponga los cuernos. Simplemente ella está harta de él.

Entre tú y yo, él debe de ser un auténtico calzonazos, el hombre más gris sobre la faz de la tierra.

La vidente se retiró un rizo de la boca mientras eclosionaba en su rostro una expresión traviesa.

—O tal vez no. ¿Te imaginas que es un loco pervertido? Uno de esos psicópatas peligrosos de los que aseguran los vecinos que parecía un tipo normal, muy amable, justo cuando se ha descubierto que guardaba a su mujer en raciones contadas en el congelador de la nevera…

La voz de Morgana acarició la ronquera al final de la frase para transmitir el suspense, hasta que se quebró y dos hoyitos se le hundieron en las mejillas. La risa profunda y ahogada que improvisó Raúl para acompañarla le recordó a sí mismo a la de una hiena.

—¿Y tú qué le aconsejas? ¿Qué te dicen las cartas?

—Pues que lo deje. Me lo dicen las cartas y el sentido común.

Esa mujer siente verdadero odio hacia su marido. Hasta me ha pedido que le haga un conjuro para que le vayan mal las cosas en el trabajo…

Raúl miró esa papada móvil que subía y bajaba, esos labios amorcillados, esos ojos de vaca, redondos y sudorosos. Imaginó su cabeza hundiéndose a cámara lenta bajo la almohada, con la factura estética de una hermosa imagen publicitaria, con un ligero *flou*, quemada por los bordes, mientras sonaba una deliciosa aria interpretada por una diva gorda, tan gorda como ella, pero sublime.

Imaginó su brazo comprimiendo con pasión la almohada, la auténtica protagonista, la marca anunciadora, sobre el rostro de Morgana. Una almohada compacta, sin poros, suave al tacto pero firme. La banda de sus aterrorizados ojos asomando en primerísimo

primer plano, y la cámara avanzando, penetrando en su iris, en el corazón de su terror, reflejándolo finalmente a él, en una última imagen, la definitiva.

Almohadas Destino, las mejores almohadas para la asfixia.

Quiso decir algo más, pero temió que la rabia escapara por su boca, delatándolo. Sus nudillos estaban blancos de comprimir la esquina del cuadrante sobre el que se derramaban, indolentes, los bucles de Morgana.

—Yo no sé cómo la gente puede llegar a eso, cómo se puede vivir bajo el mismo techo con tanto odio. Si uno no se lleva bien, se separa de forma civilizada y ya está. Yo misma, no puede decirse que tuviera una relación como muy ejemplar con mi ex, y sin embargo… Es importante saber parar a tiempo…

Raúl necesitaba imperiosamente que se callara, no podía soportar ni una más de sus mortíferas e inocentes palabras, salpicadas de muletillas. Saltó de la cama y huyó del dormitorio, aduciendo unas incontenibles ganas de mear.

Ataviado solo con una camiseta, recorrió el largo pasillo que conservaba la misma línea decorativa del dormitorio y, por el vistazo que echó al salón, del resto de la casa. Tuvo ganas de orinar en aquellas paredes, de escupir en las cortinas con volantes, de vomitar sobre las alfombras persas.

El espejo del baño le descubrió una figura ajena, la mirada severa, la incipiente barba dibujando sombras, el blanco de los ojos extremadamente blanco. Se encontró distinto, apenas reconocible, más alto o más delgado. O más algo. Pero distinto. Se miró fijamente en el espejo sin variar la expresión, en un ejercicio de locura ensayada, persiguiendo el rastro de aquel hombre capaz de descuartizar en raciones contadas. Mantuvo la mirada impasible durante dos largos minutos. Hasta que sin más, el calzonazos le dio la espalda a su reflejo y se enfrentó al váter. No se esforzó demasiado por no salpicar la taza de orín.

Pensaba en cómo se vengaría de Morgana una vez todo hubiera terminado, en cómo la humillaría, cómo la sometería, cómo la

despojaría de esa odiosa seguridad a golpe de polla, cómo la ataría, la vejaría, cómo reventaría sus laxas carnes cuando detectó una presencia a su espalda. En el barrido que describió su mirada, creyó alcanzar por la punta el rastro de unos ojos reflejados en el espejo.

Pero cuando su cabeza completó el círculo, la mirada había desaparecido.

Espolsó su pene y se asomó al pasillo. Ni rastro. Aguzó el oído, pero no oyó más que su propia respiración, ajena, desacompasada, como si llevara a un enfermo a cuestas, cargado con una bombona de oxígeno. Silencio más allá de su propio resuello.

¿Habían sido imaginaciones suyas? Morgana había asegurado que estaban solos. ¿Empezaban acaso a materializarse los fantasmas en su

imparable escalada hacia el delirio? ¿Era verdad que existían los espíritus y, por alguna extraña razón, tenían el mal gusto de alojarse en aquella casa?

Con la alucinada convicción de que ya todo era posible, Raúl retomó el pasillo de vuelta.

Nicolás cerró con sigilo el pestillo de la puerta de su habitación, puso a Metallica en su MP3 y se tumbó sobre la cama. No le había gustado encontrar a un hombre semidesnudo en el baño de su casa, meando en su váter.

Claro que tampoco le hubiera gustado encontrarlo vestido.

VEINTIDÓS

Adela desembarazó el bocadillo de atún con aceitunas del papel de plata. Podía haber comprado el almuerzo en la cafetería, pero aquel pedazo de pan traído de casa era una pieza más de su plan para fundirse en el anonimato y formar parte de ese lugar. Una estrategia que arrancaba en el banco de la cocina, donde rellenaba la media barra a primera hora de la mañana, con el sol apenas despuntando, y continuaba en el trayecto en autobús que la depositaba a las puertas del polígono, con el cielo ya roto por la claridad. Luego el breve camino a pie hasta la fábrica que recorría con pasos cortos, la acera de la derecha para la ida, la de la izquierda para la vuelta. El ruido seco de fichar, el chirrido metálico de los goznes de su taquilla amarilla, el tacto áspero de la bata de uniforme. La repetición, el mismo movimiento durante tres horas, dejando que los minutos se colaran por la aguja, se enredaran con su hilo. Sentarse, como cada mañana, a la misma hora, en la misma mesa de la cafetería.

Mordió el bocadillo, convencida de que esa era una de las piezas claves del plan, que de paso le permitía recuperar el sabor de la infancia. Últimamente, y sin forzar, como ya predijera Morgana, la niña del flequillo asomaba con frecuencia. Tímida, furtiva, pero puntual. Y con ella, recuerdos que habían permanecido a la sombra y que se iluminaban de pronto, como las casas durmientes de los pueblos costeros, fugazmente eclipsadas por la luz del faro que, no por previsible, es menos inesperada. Podía oír el rumor de los niños jugando en el patio, y sentir las mariposas en el estómago a la hora del almuerzo mientras saboreaba el bocadillo de atún con aceitunas en lo alto del castillo.

A su lado en la larga mesa, Celia, vestida con idéntica bata azul,

tomaba café y fumaba. Casi todos allí fumaban, como si el pertenecer a una determinada clase social llevara aparejado desafiar el delirio de las células. Era tarde para Adela, era algo que ya no podía imitar.

—¿Me pasas las servilletas?

Celia extendió su brazo derecho, cubierto por el mismo azul.

Adela lo agradeció con un gesto de cabeza.

Fue sencillo hacerse con aquel trabajo. El día siguiente de seguir a la dueña de ese brazo, compuso el número de teléfono anotado en la puerta de la fábrica. El encargado, un hombre rudo y extraño, le hizo una entrevista de rutina, en la que no le preguntó ni su edad ni en qué había malgastado los últimos veinte años. El trabajo fue suyo. Solo le dieron dos consignas: un mínimo de doscientas piezas al día, y tres paradas: una de treinta minutos para almorzar, y otras dos de diez para ir al baño o a fumar.

—Me gustan estos techos altos, esta piedra gruesa. Hacen que una se sienta segura aquí —comentó.

Celia asintió:

—Sí. Es como estar en una fortaleza.

Adela imaginó una vida entera de repetición ritual, solo diferenciada por la luz que penetraba por las enormes claraboyas, una luz distinta cada día. La de hoy era cenicienta, con un ligero toque rosáceo.

—Claro que en invierno debe de hacer un frío que pela aquí —

añadió.

—Seguramente.

Para Celia, el invierno pertenecía a otra vida, a un futuro tan lejano que no alcanzaba a penetrar en la órbita de su imaginación.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—No llega a un mes.

—¿Sabías que este lugar fue una fábrica de armamento republicana en la guerra civil? Aquí trabajaban mujeres, decenas de mujeres, como ahora. Pero fabricando armas. Yo me las imagino

alegres, en blanco y negro, con esos favorecedores peinados de ondas.

Por un momento, las dos mujeres pudieron oír las risas de las obreras republicanas que se fundieron con las risas de sus contemporáneas.

Adela reparó ahora en el encargado que, de pie en la barra, con su bata blanca que lo distinguía del multitudinario azul, no dejaba de mirar a Celia. Y, sin previo aviso, la distancia que los separaba se encogió en línea recta hasta convertirse en un punto. Imaginó las vastas manos del encargado tocando el cuerpo de Celia, acariciando sus pechos, sus muslos, su espalda, con rugosa torpeza. Y vio a Raúl, con sus delicadas manos, tocando al encargado, rozando su torso, sus hombros, su espalda desnuda.

Los dos hombres unidos por la piel de Celia.

—Pero seguro que el jefe era un hombre —dijo Celia—. Como ahora.

—Seguro. ¿Sabías que en aquella época se aprobó en España una de las leyes de divorcio más progresistas de toda Europa? Y se consiguió, por fin, el voto femenino. Parece mentira que haga tan poco tiempo de eso… Aunque ni entre las propias mujeres hubo consenso. Eran solo dos en el parlamento y no lograban ponerse de acuerdo. Clara Campoamor defendía a ultranza el voto de la mujer mientras que Victoria Kent era partidaria de aplazarlo, no porque no fuera una feminista convencida, sino porque defendía la implantación de la República por encima de todo y quería preservarla, como una forma de preservar los derechos de las mujeres. Protegerlas hasta de ellas mismas. Creía que sus congéneres, subyugadas por la iglesia, votarían en masa a la derecha. A menudo somos nosotras nuestro mayor obstáculo.

Celia la escuchaba atenta, la barbilla apoyada sobre su mano izquierda. Pensó que era bueno pertenecer a un género, entender el mundo desde algún lugar concreto, unos ovarios, unos

cromosomas, cualquier coordenada fija. Tal vez todo tuviera una explicación.

Y entonces, una de las trabajadoras volcó una coca cola, salpicando a Adela, devolviendo a las dos mujeres a la actualidad.

Risas en el grupo de trabajadoras entre las que se encontraba Amparo. La más alta, una morena desgarbada y vulgar, le gastó una broma sobre el pulso a la causante del estropicio, que ni siquiera se disculpó. Adela, con un gesto súbitamente agrio, puso unas servilletas de papel

que se ahogaron instantáneamente en el charco de coca cola. Sin ni siquiera mirarlas, se desplazó un par de asientos más allá. Celia la siguió.

—Y cuando por fin hemos alcanzado unos derechos mínimos, estos se convierten en papel mojado. Hoy se impone el respeto a la propiedad privada, y sin embargo no se respetan las cosas verdaderamente privadas, como el silencio, la intimidad, el propio espacio.

Adela había bajado el tono para pronunciar estas últimas palabras.

—A menudo se es impertinente siendo pretendidamente sincero, se es molesto siendo pretendidamente dicharachero. Todo ello aderezado con una falta total de culpabilidad. Ya no está de moda la culpa. Hoy lo que se lleva es la impunidad, justificarse hasta lo indecible, creer que uno tiene derecho a cualquier cosa por el mero hecho de desearla. Vivimos en una época extraña.

—Sí, es una época extraña —dijo Celia. Y le resultó reconfortante que fuera la época la extraña.

—Hemos aniquilado el remordimiento. No existe, ni siquiera cuando ocupamos un lugar que no nos corresponde, cuando estamos con una persona que no nos pertenece.

Había pronunciado despacio estas últimas palabras, esperando ver si producían algún efecto en el rostro de Celia. Observó de cerca sus pupilas dilatadas, sus grandes ojos, sus angulosos rasgos. Pero

no halló ningún cambio significativo en ella. No. Celia sufría de forma sostenida, desde mucho antes de sus palabras. Y ese sufrimiento neutralizaba cualquier rencor que Adela hubiera podido experimentar hacia ella. Ahora comprendía la fascinación de Raúl.

Ahora sabía que no era la estudiante que había imaginado, la alumna seducida por las palabras del profesor. Era a Raúl a quien imaginaba ahora cautivado por sus silencios, por esa extraña mezcla de entereza y desvalimiento.

Celia pensó que aquella mujer intentaba transmitirle algún mensaje. Ahora le pareció evidente el triángulo de miradas entre el encargado, Adela y ella misma.

—¿Pero existe realmente un lugar reservado para cada uno de nosotros?

Trató de que no se trasparentara su angustia en esta última pregunta.

—A veces lleva toda una vida encontrarlo, pero huir a través de otro solo complica las cosas. La propia realidad es el único lugar habitable, créeme. Y sí, existe un lugar exacto para cada uno de nosotros. Sin ir más lejos, yo creo que el mío está aquí.

Celia miró con sorpresa a su alrededor.

Adela le dio el último bocado al pan. La comisura del labio se le quedó aceitosa y una brizna de atún quedó colgando, a escasos centímetros de su boca.

Celia, incapaz de apartar la vista de ese trozo de atún, quiso retirarlo y de paso acariciar la mejilla aceitosa pero no se movió.

—El amor ha de servir para encontrarse con uno mismo, nunca para huir. Porque no sé si sabes, Celia, que el amor es el aire, pero no los pulmones, es la brújula que nos guía pero no la meta. No lo olvides.

Eso le había dicho Morgana en su última sesión, unas palabras que habían quedado tatuadas en su mente.

Celia asintió despacio. El grupo de chicas se fue levantando,

arrastrando el bullicio a su paso, desplazando con ellas su nube tóxica.

—Ya es la hora.

—Eso parece.

Celia extrajo un cigarrillo del paquete de Fortuna y le ofreció uno a Adela, que lo rechazó. Encendió el suyo sin prisa.

—Ya es la hora —le advirtió de nuevo Celia.

—Me quedo contigo mientras te lo fumas.

El encargado echó una última mirada hacia las dos mujeres antes de dejar que su espalda blanca se diluyera entre el azul.

VEINTITRÉS

Raúl se dirigió al aula 314, a dar su única clase de los miércoles, convencido de que era absurdo luchar contra lo inevitable. Si tenía que caer, mejor dejar de pisar el freno y precipitarse al vacío sin oponer resistencia, ante decenas de testigos. No creía en los conjuros,

por eso no podía luchar contra ellos.

No esperó el silencio de los alumnos ni ninguna otra señal tácita para comenzar a hablar.

—Rimbaud escribió este largo y grandioso poema, y prácticamente la totalidad de su obra, antes de los veinte años.

Después no escribió nada más. Es por ello que se advierte en él un renacer a las palabras y al mismo tiempo una despedida de la literatura, una eclosión crepuscular, un dramatismo vitalista.

Le pareció una broma de mal gusto que los estúpidos fueran mayores que Rimbaud cuando firmó su temporada en el infierno.

—Después se dedicó a vivir, de forma caótica, apasionada. No dejó mucho más escrito, apenas unas cartas que penden del hilo de la vida, sin llegar a caer en la literatura. El hombre de las suelas de viento, lo llamó Verlaine, su amante, su mentor, con el que mantuvo una relación tormentosa, que incluía drogas, celos, y hasta un disparo. Se querían, sin duda. No hay verdadero amor sin sangre.

Pero lo más importante es que Rimbaud comprendió la trampa de la literatura y por eso renegó muy pronto de ella. Decía estar condenado a errar, « *je est un autre*», decía.

Ya no preparaba las clases, se presentaba en el aula sin apuntes, sin trasparencias, sin PowerPoint, desembarazado de todo elemento accesorio.

Hasta la pizarra permanecía muda, como un inútil *souvenir* de

tiempos más amables. Ni siquiera preparaba un guion mental.

Aterrizaba como un fantasma esperado e improvisaba un discurso febril que a veces hallaba significado en la azarosa unión de las palabras, en ideas que se iban entrelazando sobre la marcha, adquiriendo significado por su cuenta y riesgo, como la escritura automática de los surrealistas.

Hizo un pequeño quiebro con la voz.

—¿Creéis acaso que podemos llegar siquiera a aproximarnos a la vida de un autor a través de su obra?… No.

Ese no le salió rotundo, tanto que el chaval de la primera fila dio un

leve respingo.

—Categóricamente no. Ni siquiera a través de la correspondencia personal, ni siquiera a través de sus diarios.

Prometo ser bueno, decía Rimbaud, pero el pelo se me encanece por minutos. ¿Quién fue realmente ese tal Rimbaud? No tenemos ni puta idea.

Al fondo, una mano levantada le hizo pensar en Hitler.

—¿Estaría en consonancia entonces con la corriente que aboga por diferenciar radicalmente al autor de la obra, la que defendía Proust en contra de Sainte-Beuve? —preguntó la empollona de la primera fila.

Raúl experimentó un repentino cansancio.

— *Blablabla*. Palabritas. Ni el autor ni su obra. Los dos son mentira. Todo es mentira. El autor es una obra más. La obra es una mentira más. Todas las biografías son textos apócrifos. La literatura no remite a la vida, remite a otra cosa que no es la vida. Vida y literatura se componen de materiales heterogéneos, indisolubles.

Son lenguajes incompatibles. La vida supera los marcos de la literatura, ¿no os dais cuenta?, escapa a la síntesis de las palabras, solo adquiere cierto sentido si la diseccionamos en partes, el todo se nos escurre, como *blandiblú* entre las manos. Pero esos trozos no dejan de ser trozos, despojos. Hasta para nosotros mismos, nuestra vida no es más que una sucesión de capítulos de ficción que nos contamos. Nunca alcanzamos a ver la imagen completa en el

espejo, o al menos no por mucho tiempo, quién sabe si en los momentos finales, ¿y quién piensa entonces en ponerse a escribir?

Se cumple por tanto la regla de oro de Cioran: dejar una imagen incompleta de uno mismo. Se cumple siempre, a nuestro pesar.

Hizo una breve pausa para coger aire.

—Nietzsche decía que llevamos tanto tiempo mintiendo que hemos olvidado que mentimos. La literatura no es más que la materia en que se deshace esa mentira.

Había un deje de resignación, totalmente desprovisto de amargura, en sus palabras.

—La vida solo adquiere verdadero sentido en los límites del cuerpo, bajo la piel, con el bombeo de la sangre. Aquí y ahora. En tiempo real. El resto es ficción, solo ficción.

—¿Esto está relacionado con el tema del simbolismo? —quiso saber el de la ráfaga de viento inmortalizada en el flequillo.

—Esto está relacionado con el tema de para qué cojones sirve la literatura. Primer y último tema. Único tema en realidad —contestó Raúl con autoridad.

Murmullos entre los estúpidos. Ellos eran la prueba viviente de que todo era fragmentario, incapaces de relacionar, de comprender, perdidos, ciegos en este mundo de falsas señales, de luces de colores, de cantos de sirenas. Pero ¿no se daban cuenta del peligro que corrían?

—Yo es otro, decía Rimbaud. En esa frase puede resumirse toda su dialéctica. En el título de su obra, *Una temporada en el infierno*, puede sintetizarse su vida. Y sin embargo, su obra completa no nos arroja ni un pálido reflejo de lo que fue su vida.

Raúl pensó que debería estudiarse la historia de la literatura exclusivamente a través de sus títulos, que habría más verdad en ella.

—Debería estudiarse la historia de la literatura exclusivamente a través de sus títulos. Habría más verdad en ella —dijo con énfasis

—. Otro gran título en francés es *Capitale de la douleur* —añadió.

Y vinieron a su mente unos versos de Éluard que recitó en un pasable francés, proyectando ostentosamente la voz, casi declamando.

—*Ma présence n'est pas ici*

Je suis habillé de moi-même

II n'y a pas de planète qui tienne

La clarté existe sans moi.

Le había dado a su voz una sensibilidad umbría, un matiz de virilidad. Ya no temía ser considerado pedante porque había dejado de serlo. Tradujo literalmente en voz alta:

—Mi presencia no está aquí

Estoy vestido de mí mismo

No hay planeta que resista

La claridad existe sin mí.

Claro que «estoy vestido de mí mismo» no era exactamente lo mismo que *je suis habillé de moi même*. Debería haber dicho «me he vestido de mí mismo», evidenciando así ese componente de disfraz, de impostura. Todo era impostura sobre impostura. Y es que, como decía Rimbaud, yo es otro —zanjó.

Y de pronto vio clara cuál era su misión, se le apareció diáfana como una furgoneta avanzando por un paisaje nevado. Su destino no era otro que prevenir a los estúpidos contra la literatura, vacunarlos contra ella, enseñarles a protegerse de ella, a vencer la tentación de resguardarse en ella. Instruirles en el arte de sortear las

trampas, de reconocer los señuelos —la sobrecogedora hermosura de unos versos, la desgarradora sinceridad de unos diarios—, adiestrarlos para saber saltar a tiempo sobre los agujeros negros de las palabras.

—La vida de pronto horriblemente

Ya no está a la medida del tiempo

Mi desierto rompe el espacio

El desierto podrido y lívido

De mi muerta que envidio.

Cerró los ojos dos segundos.

—Sí, puede que Nush, el amor real, de carne y hueso, la musa, la compañera de Éluard durante años, se estuviera muriendo, pero estos versos, hechos de vocales y consonantes, de imágenes volátiles, nacieron de la voluntad de convertirse en producto, de la jornada laboral del escritor, que ni siquiera se llamaba Paúl Éluard, por cierto. Es decir, de la más absoluta de las mentiras.

Y prosiguió con una frase del propio Éluard:

—«Nunca he encontrado sin embargo lo que escribo en lo que amo». ¿Lo veis? Él mismo lo reconocía. Cuando existe lo uno no existe lo otro. ¿No os dais cuenta?

Ahora le hablaba a cabellos sin ojos, castaños, morenos, rubios, largos, cortos, volcados sobre el papel. Bajo esos cabellos, los estúpidos tomaban notas a toda velocidad, como si pudiera anotarse el viento, como si esas palabras dichas hoy tuvieran algún significado más allá del humo de aquella mañana. Algo parecía ir adquiriendo sentido sin embargo, y los estúpidos lo detectaban.

Se le ocurrió cambiar el nombre tras el que se escondía Paúl Éluard. Y así, dejó de ser Eugène Grindel, un nombre que siempre le resultó antipático, para convertirse en Serge Sorel. Se regocijó pensando que sus mentiras iban a quedar escritas.

Y por supuesto, Sorel no murió de un infarto de miocardio como vulgarmente se cuenta, sino sencilla y científicamente de amor, cuando su compañera lo abandonó por la muerte.

—Y es que, a estas alturas, todo el mundo sabe que el amor es

una de las principales causas de muerte en Francia y en menor medida, aunque también, en nuestro país. « *J'etáis si près de toi que j'ai froid près des autres*».

Estuvo tentado de ir un paso más allá en este punto, de romperse y hablarles a los estúpidos del dolor de la pérdida real, de prevenirles

contra los sufrimientos de la vida, pero se rehizo sin transición porque le apetecía seguir con su discurso, porque sentía que avanzaba hacia algún lugar.

Dio un nuevo salto hasta otro Serge, también artificial, que ni siquiera era escritor pero que tenía una forma de fumar que nadie ha conseguido igualar.

Et chaque fois les feuilles mortes

Te rappellent à mon souvenir

Jour après jour les amours morts

N'en finissent pas de mourir

No se había limitado a recitar sino que había cantado a Gainsbourg, tratando de atrapar su tono canalla, arrastrando las erres y sujetando un imaginario cigarrillo entre los labios. Ahora todas las caras estaban entregadas a él. No se oía ni el zumbido de una mosca.

—Solo las canciones, muy pocas veces la poesía, nos devuelven el marchito reflejo de la vida. La novela es la más burda de las mentiras, solo la brevedad impide la falsedad total, el engaño absoluto. De los diarios personales hay que desconfiar, especialmente porque bajo la más absoluta sinceridad, bajo el desnudo integral del alma, se esconde la capa de piel más gruesa, el mayor fraude. Me porto bien pero mi pelo encanece, decía Rimbaud en sus cartas. He aquí una gran verdad, no obstante.

Y los vio por fin, sin prejuicios. Vio a los estúpidos, vio a niños jugando en el parque, inocentes criaturas que cuchicheaban o

tomaban notas, aplicados o revoltosos, las manos manchadas de tierra, el alma aún intacta. Observó a esos seres cándidos que habían perdido toda su mordiente.

—Tu crois aux contes de fées,

Aux jours néfastes, aux songes.

Moi je ne crois qu'en tes mensonges.

—Boris Vian —aclaró, con melancolía.

Cuando miró el reloj, pasaban cinco minutos de la hora. Sin embargo los estúpidos seguían allí, niños aún, esperando pacientemente.

VEINTICUATRO

Por fin iba a conocer su casa. Eran muchos los fantasmas del pasado cuyas pesadas cadenas oía arrastrarse hasta en el presente. Nada en el comportamiento de su amante los despertaba, pero la discreción de David le había resultado altamente sospechosa. Hasta que él la había invitado a su piso a cenar, abriendo de par en par todas las ventanas.

Extrajo el frasco del bolso y leyó la etiqueta: lubricante íntimo con sabor y aroma a cereza. Intensifica el placer en las relaciones, hace la experiencia más sensual. Transparente. No graso. No mancha.

De base acuosa. Compatible con el uso de preservativos.

Lo leyó distraídamente, buscando alguna clave escondida entre sus letras. La dependienta había dicho que también tenían un producto de propiedades anestésicas, especialmente indicado para las relaciones anales. Y Morgana, disimulando su contrariedad, temiendo llevar estampada en la frente la palabra sodomía, lo había descartado con indolencia.

—Con el normal será suficiente.

—¿Natural o con sabor?

—Con sabor —dijo, tratando de parecer desinhibida.

Y para corroborarlo, se llevó un ejemplar de bolsillo del Kamasutra con estampaciones en rojo y oro.

Ya en la soledad de su habitación, leyó que el sexo anal requería conocimiento, paciencia y práctica, que no era para todos, pero constituía una fuente única de placer, tanto para hombres como para mujeres. Que en las mujeres, el placer residía en la estrecha cercanía entre el orificio anal y el punto G, apenas separados por un delgado tejido. Ajá. Ahí tenía su coartada de normalidad.

Siguió leyendo. Había tres posiciones básicas: la entrada trasera, también llamada la posición del perrito, que ofrecía un fácil acceso para la penetración pero, al no permitir el contacto cara a cara, era mejor reservarla para una pareja que se conociera bien sexualmente.

En la de rodillas sobre pecho, la persona pasiva debía echarse sobre su espalda y doblar las rodillas contra su pecho. Esta postura permitía que la pareja estuviera relajada, se esforzara menos y disfrutara de un mayor contacto. Morgana descartó esta postura, la sola visión de sus

carnes enrolladas sobre sí mismas arruinaba cualquier fantasía.

Y por último, la posición de la cuchara. La persona activa debía ponerse casi en cuclillas para penetrar a la otra que, echada a su lado, debía abrir las piernas a manera de tijera. De este modo se lograban buenos ángulos de penetración.

Esta última postura no logró imaginarla por completo.

Lo importante era que él la había invitado a su piso a cenar. Y

ella estaba ansiosa por mostrarle su agradecimiento. Por eso la cereza. La figura de Nicolás en el umbral le dio un susto de muerte.

En un rápido gesto escondió el Kamasutra bajo la ropa interior.

—Necesito dinero para libros.

Su hijo la miraba, el ceño fruncido, los pantalones caídos dejando asomar la banda elástica de sus calzoncillos.

—¿Qué libros?

La voz le tembló ligeramente.

—De inglés, de lectura. *Three men in a boat* y *The Chronicles of Narnia*.

Morgana no sabía ni una patata de inglés. Podía haberle dicho cualquier título, hasta el Kamasutra en inglés, pero conocía a su hijo y sabía que mentía. Aún así, en un solo movimiento cerró el cajón, sacó la cartera de su bolso y le tendió un billete de veinte euros.

—Recuerda que mañana he quedado para cenar. No quiero que te aproveches y vengas a las tantas, ¿me oyes? —le advirtió, mientras trataba de desechar la imagen de David y ella en la

posición del perrito.

Todo sonaba terriblemente plástico en su boca, su advertencia contenía demasiada alegría.

—¿Solo veinte euros? Venga, estírate, que con esto no tengo ni para las portadas.

—He quedado con la gente del programa, vamos a probar un japonés —dijo Morgana.

Su mentira era tan innecesaria que le dejó un regusto a alga podrida en la boca. Pero ya no podía parar.

— *Sushi*, aggg. Pescado crudo —aclaró por si Nicolás, de pie, la palma de la mano extendida, no estaba al tanto de cocina japonesa.

La vidente resopló y puso diez euros más en la mano de su hijo.

—Si es que me sacas lo que quieres. Y súbete los pantalones que cualquier día los vas a perder.

Nicolás desapareció por el pasillo con su botín.

Su pequeño Nicolás. No se atrevía a confesarle su relación con David. Ya se lo había contado a su madre, se lo había contado a su hija, pero por alguna razón se resistía a contárselo a su pequeño.

Recordó su risa infantil abriéndose, y toda aquella ristra de dientecitos asomando como los de una cría de tiburón. Y lo que le gustaban a aquel niño sus generosos pechos, ni su padre podía tocarlos delante de él, saltaba como un rayo para interponerse entre ellos. Tal vez David tenía razón, era mejor ir despacio, que los acontecimientos fluyeran con suavidad. Por eso la cereza.

VEINTICINCO

Desde que Raúl empezara a clasificar a las personas según su creencia en el destino, había descubierto que el guardia jurado de la facultad era un destiniano puro: estaba convencido de que aquel pobre diablo al que descerrajó un tiro por no querer parar cuando le dio el alto, estaba destinado a la delincuencia desde que nació.

Como él mismo estaba destinado a pegarle un tiro desde mucho antes de empuñar esa pistola que parecía de juguete, que disparaba balas que sonaban como petardos pero que herían de verdad. No llegó a matar a aquel delincuente de poca monta pero le dejó secuelas de por vida, más de las que ya arrastraba.

El decano, por el contrario, no pertenecía a ese club. Convencido de que su omnipotente voluntad era más fuerte que cualquier destino, hacía de sus gestos, de la raya perfecta de sus pantalones, de la medida exacta de sus sonrisas, de sus vigorosas sin llegar a agresivas palmadas en el hombro, la energía que hacía girar la tierra.

Todo eso pensó Raúl cuando, tras abandonar el aula 314, saludó de lejos al guardia jurado y se topó con el decano, cruzó con él un saludo

de rigor e hizo ademán de proseguir su camino.

Pero el decano, haciendo uso de su arrolladora voluntad, le ofreció tomar un café.

—Tomemos un café.

Raúl eludió la invitación. Era miércoles y, como cada miércoles, tras su clase de las nueve, había quedado con Celia en su despacho, para nada en concreto.

—Es que me esperan en el despacho en quince minutos.

El decano insistió.

—Insisto. Será rápido. Hay algo que quiero comentar contigo.

Raúl se encogió de hombros, por dentro y por fuera, y se dejó arrastrar hasta la cafetería. Observaba la escena desde el patio de butacas, como si se tratara de un sainete.

Los dos cafés, elementos de *atrezzo*, aparecieron humeantes sobre la barra. El humo parecía real. El decano se pasó la lengua por la comisura derecha de sus labios y frotó una sola vez sus manos.

—Raúl, no es para nada mi intención meterme en tu vida privada

—empezó—. De hecho, me resulta tremendamente embarazoso lo que tengo que decirte, pero he de advertirte de algo que ha llegado a mis oídos.

Se ajustó el nudo de la corbata, que estaba perfecto, y bajó el volumen un semitono.

—Advertirte como amigo, ojo, no como decano —aclaró.

Se respiraba una placentera tranquilidad en la cafetería. Qué seductor era aquel cabrón, qué presencia tenía en escena, cómo dominaba los registros de su voz, cómo subrayaba las palabras con sus gestos. Su atractivo podía masticarse. No obstante, en la distancia corta, a Raúl le pareció detectar un leve tic que le impelía a fruncir levemente la nariz, un defecto en el que nunca antes había reparado. ¿Su amigo? Era agradable que aludieran a él como amigo.

—Ante todo, he de decirte que no solo no te juzgo sino que te comprendo. Esta vida es la única que tenemos, y es tan condenadamente breve, los años pasan como un suspiro…

El decano chiscó los dedos al tiempo que dejaba escapar el aire de entre sus labios.

—Que casi debería ser un imperativo moral disfrutar al máximo de los placeres que se nos ofrecen. Yo no veo ningún pecado en ello. Es más, lo contrario me parece casi una herejía.

Una desconocida lujuria atravesó ahora su rostro.

—Es un sacrilegio rechazar los dulces frutos que esta vida pone al alcance de nuestra boca.

Raúl seguía la función entretenido, calibrando lo cursi de esta última frase.

—Pero siempre hay personas que envidian a los que se atreven a vivir intensamente. Por eso hay que andarse con ojo, Raúl, y no darles armas a los mediocres para que nos ataquen. Es fundamental actuar con discreción, ¿tú me entiendes, no? Es lo único que te pido: aquí en la universidad, máxima discreción.

El decano desmenuzó la palabra en sílabas.

—Ni siquiera te lo pido, solo te lo recomiendo. Espero que te hagas cargo.

Raúl asintió, con cara de profunda empatía, de hacerse verdaderamente cargo. No tenía ni idea de lo que le hablaba el decano, pero lo importante era que comprendía el contexto, que podía leer con fluidez sus gestos, los matices de su voz, que la escenografía era la apropiada, que en la cafetería reinaba la calma, que el café no estaba ni demasiado frío ni demasiado caliente.

El silencio ininterrumpido de su interlocutor le indicó que su *partenaire* le estaba dando el pie para entrar en escena.

—Entiendo —asintió—. Disfrutar al máximo de los placeres, pero con discreción, sin alardes, como… Epicuro, que todo placer sea un bien en la medida en que tiene por compañera a la naturaleza. Me hago cargo. Me hago cargo —repitió.

—Eh… Sí, en eso podría resumirse…

¿Epicuro? El decano sonrió nervioso, si quería verlo así… Volvió a poner en línea su corbata, mientras trataba de dirimir si Raúl era un tarado que se reía de él o un hombre de una inteligencia extrema al

que había subestimado. Optó por esta segunda opción, recriminándose por no haber reparado antes en esa mente preclara.

—Me alegra que estemos de acuerdo. En el fondo, creo que tú y yo nos parecemos bastante.

Y le guiñó rapidísimamente un ojo, haciendo sentir a Raúl tremendamente femenino en este punto.

—Permíteme que esta vez sea yo quien te invite.

Raúl encontró su sonrisa francamente despreciable. Como amigo, ojo, no como decano. Acudieron a su mente unas palabras de Matisse: «Lo real comienza cuando ya no se comprende nada de lo que se hace, nada de lo que se sabe», y unidas a ellas por la cola, otras de Cioran: «Yo sé que todo es irreal pero no sé cómo probarlo».

En lugar de ahuyentarlas, decidió cerrar la conversación con ellas, como si de un fino broche se tratara.

—Yo sé que todo es irreal pero no sé cómo probarlo —dijo, esbozando una diletante sonrisa.

El decano frunció la nariz involuntariamente, tres veces seguidas, mientras trataba de devolverle la sonrisa.

—Cioran —aclaró Raúl.

Celia lo esperaba acuclillada en el pasillo, frente a la puerta de su despacho. Raúl se disculpó por la tardanza.

—Disculpa la tardanza.

Ella hizo un gesto de no pasa nada y adujo:

—No pasa nada.

Todo era obviedad aquella mañana. Las evidencias se sucedían, sin alcanzar la categoría de revelaciones. Como si de aquella canción que sonaba, entendiera la música, pero no la letra. Se acomodaron cada uno en su silla habitual y, como en una sesión de terapia, jugaron al ping pong, esta vez con el deseo, con la excusa de libro de un suicida que hable del deseo.

—Es un arrendatario al que le alquilamos el cuerpo, pero al que no podemos controlar. Ni siquiera podemos echarlo, aunque no pague puntualmente —empezó Raúl.

—Un pajarillo atrapado en una jaula que él mismo ha construido

—contrarrestó Celia.

—Un misil teledirigido, ciego, con una dirección clara, no obstante —apuntó Raúl.

—No es el reverso de la muerte, como dicen, es el reverso del amor —concluyó Celia.

Raúl se quedó meditando esas palabras y en la manera de compatibilizarlas con las de Proust, el deseo nos fuerza a amar lo que nos hará sufrir.

—El deseo y el dolor…

No supo terminar la frase, no alcanzó a devolver la pelota que quedó muerta en mitad de la pista.

A veces jugaban sin pactar a este tipo de cosas.

—¿Tú crees que hay deseos inconfesables? —preguntó Celia, abandonada la partida.

—El más inconfesable de todos es negar el propio deseo.

Raúl pensó en Morgana. Celia en el encargado, y en su forma desdeñable de subirse los pantalones.

—Yo no amo lo que deseo. Y tampoco deseo lo que amo. Por alguna extraña enfermedad.

Raúl la miró, inexpresivo. ¿Qué decir? Nada era la respuesta idónea. No dijo nada. Tantas enfermedades estaban por venir. La enfermedad se aparecía como la única verdad tangible en el horizonte.

—¿Tú crees que se puede amar a los muertos? —siguió indagando Celia—. No continuar amándolos, sino empezar a amarlos una vez muertos. Y hasta desearlos.

—Cualquier cosa que uno imagine es posible. Que uno imagine en la vida, no en la literatura —aclaró. Y esa aclaración le pareció básica.

La cuestión era: ¿podía amarse de verdad algo que no estuviera perdido, algo que no hubiera muerto ya? Lo dudaba. Últimamente paseaba a menudo por aquellos días lejanos, por aquellos queridos tiempos muertos. Rosario, el sol en su boca, el sol en sus muslos. El

paisaje nunca había vuelto a ser tan verde como cuando se besaron aquella tarde. Ningún olor tan intenso como el de aquella higuera, a cuya sombra introdujo su mano bajo la oscuridad de la falda. Solo amamos lo que perdimos.

—Dicen que el amor es el aire, pero no los pulmones. La brújula, pero no el final del camino. Eso dice una compañera de la fábrica donde trabajo. He dejado la facultad —confesó Celia.

Raúl pensó en las tardes antiguas de verano, alejándose despacio pero definitivamente, como una barca sin remos. Vio a los estúpidos abarrotando las aulas, a Celia, de espaldas, besando a un hombre sin rostro.

—Puede ser.

—Te gustaría mi compañera de trabajo. Ella entiende estas cosas.

—El aire, pero no los pulmones. La brújula, pero no el final del camino. Puede ser.

VEINTISÉIS

—Café solo.

Había encontrado el cupón dos días atrás, arrugado tras haber dormido más de un mes en el fondo de un bolsillo. Había comprobado el número tres veces, con serena incredulidad y luego le había pasado la plancha tibia, con cuidado.

Había bailado sola frente al espejo, cantando a voz en grito los coros de aquella canción de los setenta. Su cuerpo se halló de pronto frente al espejo, arrastrado por un fuerte tirón de su voluntad, *just a little bit, oh, yeah, just a little bit, little respect*, su cintura moviéndose con imponente autonomía, su cadera marcando el ritmo con autoridad, mientras su melena dibujaba elipses; convulsa, eternamente joven, simple como los coros de aquella canción.

Ahora lo recordaba, mientras removía el café negro, acodada en la barra, en un mundo matinal, tan público como irreal. Sonaba de nuevo el *soul* solo para ella, *hey baby, just a little bit, when you get home, just a little bit, mister, just a little bit*. No se lo había dicho a nadie.

El café, negro, amargo, le resultó tan simple como aquellos coros. El camarero de piel morena —simple como el café y los coros

— le había sonreído al servírselo, ¿le había sonreído?, *just a little bit, just a little bit*. Sí, rebobinando, la había mirado sugestivamente al depositar frente a ella la taza y había sonreído. Ahora procesaba la información mientras descorchaba el segundo botón de su blusa, a ritmo de *soul*.

Dejó la bolsa de El Corte Inglés en el taburete y cruzó las piernas. Había comprado un bolso y una crema antiarrugas de La Prairie, de ciento cincuenta euros, en la que no depositaba excesiva

confianza. Tenía dinero para gastar pero no había nada que deseara especialmente. Nada material. Pensó que le gustaría tocar los bíceps de aquel muchacho, *oh, yeah, just a little bit*, solo un instante, calibrar la tibieza exacta de su piel, comprobar la navegabilidad de su pecho. *Re, re, re, re, re, whip it to me respect, just a little bit*. Y

que le gustaría hacerlo pagando, sin más intermediario que unos billetes sobados por cientos de manos, *a little respect, just a little, babe*. Tuvo ganas de plantarse de un salto sobre la barra y recorrerla con pasitos de baile, trufados de sicalípticos movimientos.

Apuró el café y escribió de tirón, en el reverso del *ticket*:

—Interesada en catar tu piel. Pago bien.

Y apuntó su número de móvil. Dejó la nota sujeta por un par de euros y despareció, segura de que esos pasos eran los suyos. La calle compartía su febril entusiasmo primaveral. La luz estallaba en cada esquina. El amarillo se había hecho el rey.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando el móvil sonó.

—Salgo a las *sinco* —dijo el dulce acento.

Adela le dio la dirección de su casa con gran excitación. *Little respect. Just a little bit*. A las *sinco*. Todo era propicio, Raúl asistía a un congreso y ella era la depositaria del *soul* en su cuerpo.

Pasó el resto de la mañana en casa, acompañada por la serena musicalidad de esas eses. Trasplantó una begonia, ordenó el armario de los medicamentos, se hizo la pedicura. Eliminó la piel muerta del talón y la de alrededor del dedo gordo, recortó sus gruesas uñas, las pintó de color fucsia. La palabra madura merodeó por su mente sin aristas, se paseó campante por su fisonomía, fluyendo dulcemente por sus varices, por sus nalgas, por sus caderas. *Las sinco. Just a little bit*.

A la hora prevista, él entró en escena. Colombiano, no venezolano. Ah, creí. Y fue inevitable por unos instantes que asomaran a su mente los narcos y las selvas y la cumbia y los secuestros. Sus dientes blancos como la coca componían un maravilloso contraste con su piel color café. Apenas se dijeron nada.

Le pagó con billetes de cincuenta euros. *Sinco* billetes, segura

de que era el precio exacto por catar esa piel. Su olor quedó en las sábanas.

Una vez sola, Adela se dispuso a batir dos huevos para hacerse una tortilla. Tenía hambre, mucha hambre. La música había empezado a sonar de nuevo, como si alguien hubiera introducido una nueva moneda en su *jukebox* interior.

VEINTISIETE

Raúl removía la salsa carbonara, despacio, en la cocina azul ultramar del modesto piso amueblado que había alquilado. Tras unos segundos dibujando círculos que se evaporaban al instante en la sartén, la retiró del fuego y puso agua a hervir. Mientras esperaba la ebullición, el inquilino David Durán fue al comedor y encendió la televisión.

Había encontrado un piso sencillo, cerca de la facultad, donde sacar a respirar su otra personalidad. Un terreno neutral en medio del bombardeo que, de paso, le proporcionaba la coartada necesaria.

Se quedó atrapado en un programa de bricolaje, en el que un hombre de rudas manos serraba, lijaba, barnizaba con la maestría de un *luthier*. Daba gusto verlo, había algo hipnótico en sus movimientos. Los tablones pedían a gritos ser lijados por él, para luego ser repasados por una caricia de sus manos. La cola goteaba con lúbrica precisión. A este ritmo, pronto se aficionaría al fútbol que tanto había odiado durante toda su vida, el mismo fútbol que era la pasión de su padre. Decidió que ese sería el siguiente objetivo: tragarse un partido entero. Consultó el teletexto: Barça-Atlético de Madrid el próximo día 12.

Y por su mente cruzó la imagen de su recto progenitor, su intachable padre, encima de otra mujer. Su silueta se le apareció diáfana, aplastante. Lo imaginó sobre otra hembra, que no era su delicada madre. Vio su cuerpo de minotauro sudoroso, cabalgando con furia, sus nalgas apretadas, duras como esa carne que guardaba en la cámara congeladora de la trastienda.

Buscó anuncios con el índice. Los anuncios tenían un efecto

lenitivo, suspendían el mundo por el deseo, aliviándolo de su peso.

En ellos crecía la poesía moderna. Pañales, perfume, leche, automóviles, no importaba, la repetición de las melodías les confería ritmo y cadencia, los planos se unían formando sinalefas, en rima abrazada o encadenada, asonante o consonante. Solo ellos conseguían traspasar la barrera del tiempo, derrocar la línea recta.

Le había dicho a Adela que estaría un par de días en Toledo, en unas jornadas sobre la poesía de la experiencia y el destino. Había forzado la mentira buscando el encabezamiento más idiota, sin dejar de mirarla a los ojos. Pero ella no había movido ni una ceja. Esa misma mañana, tras haber pasado su primera noche entre sábanas nuevas y ruidos extraños, envuelto en su disfraz de sabueso, la había esperado, apostado tras el contenedor de vidrio de la esquina, y la había seguido hasta aquella fábrica en las afueras, en medio de la nada, donde trabajaba como administrativa. La había visto coger el autobús temprano, el sueño hilvanando sus pestañas, una hermosa dignidad diluida en el gesto. La había observado moverse con soltura, con maestría, con la misma que el hombre del bricolaje, ahora se daba cuenta. La había visto crecer ajena a él, tan a gusto en su propia piel. Tanto que más que desearla, la había envidiado.

El telefonillo sonó. Tras pulsar el botón del interfono, echó la pasta en el agua hirviendo. Nada más cruzar el umbral, Morgana movió la cabeza de izquierda a derecha, con pequeños movimientos desaprobatorios.

—Este lugar está pidiendo a gritos una mano femenina.

Raúl imaginó su austero refugio recubierto de cortinas satinadas, salpicado de flores de tela aquí y allá, imaginó esas paredes gritando, caras de Munch emergiendo, horrorizadas, como rostros de Bélmez.

—Me acabo de mudar —alegó—. Ya habrá tiempo para la decoración.

Con maestría en el arte del disimulo, y el gesto birlado al hombre

del bricolaje, Raúl tomó limpiamente la chaqueta de Morgana y la sustituyó por una copa de vino, con una sonrisa que bien podía clasificarse de encantadora.

—La cena estará enseguida.

Había preparado una ensalada de tomate y *mozzarella* y unos spaghetti a la carbonara. Una cena vulgar, en honor a su invitada.

Hablaron del tiempo, de la nueva ley del aborto y de las personas que entran en el metro sin dejar salir antes. Por ese orden.

Cenaron con la tele encendida, y David mantuvo, mediante monosílabos, una tediosa conversación acerca de los supuestos beneficios de las flores de Bach mientras Raúl se distraía con el anuncio del Burger King, tú eres el *king*.

Sin saber cómo, se encontró con que la conversación había virado bruscamente de rumbo y Morgana insinuaba que tal vez hubiera llegado el momento de presentarle a sus hijos, esas criaturas que a Raúl le producían una indescriptible repugnancia.

—Morgana, ¿te gusta que te llame Morgana? ¿O prefieres que te llame por tu verdadero nombre? Por cierto, ¿cuál es tu verdadero nombre?

La vidente se revolvió nerviosa en la silla. Se resistía a que Paqui asomara.

—Me llamo Francisca, pero soy Morgana para todo el mundo.

Dentro y fuera del trabajo.

Raúl estaba decidido a ser dulcemente implacable. Por algo él era el *king*.

—¿También para tus hijos?

Dudó.

—Para mis hijos soy simplemente mamá, ya sabes, las madres carecemos de vida propia y hasta de nombre —rio.

Raúl masticó un pedazo de raff que reventó dulcemente en su boca.

—¿Sabías que Rimbaud decía que el poeta debe ser vidente, que el verdadero poeta no puede conformarse con la mimesis de la realidad, con reproducir meras copias de lo que percibe a través de

sus sentidos, sino que debe convertirse en vidente, superar la observación sensorial básica y utilizar la sinestesia para captar lo oculto, para penetrar en su quintaesencia? Hasta utilizó términos esotéricos provenientes de la alquimia, y los aplicó a la poesía. La

«Alquimia del Verbo» lo llamaba.

Morgana escuchaba con atención, le sonaba vagamente aquel nombre, Rimbó, pero no entendía una palabra de lo que decía David. Ocultos y sugerentes misterios se imbricaban entre sus palabras. En cualquier caso, le pareció descifrar que el mensaje era positivo para ella.

—Justamente el otro día, en la consulta, pensaba que a veces me siento poetisa cuando echo las cartas. Me salen unas frases que ni a Bécquer, te lo prometo.

—¿Un poco más de vino? —sugirió Raúl.

Morgana ofreció su copa con cierta reticencia, no quería perder el control.

—¿Tú crees que corremos, David? Ya sé que el amor a cierta edad no se vive con la pasión de la juventud pero…

Raúl puso un dedo sobre su boca y recorrió su carnoso labio, impidiéndole componer más palabras.

—Deja que todo fluya, querida. El amor es el aire, pero no los pulmones. Es la brújula, pero no el final del camino.

Y se inclinó sobre ella en un beso lento para cerrarle la boca, sabiéndose físicamente incapaz de soportar un discurso en el que se entremezclaran Bécquer, el tarot, la poesía y su patética idea del amor maduro. Un beso dulce como la puerta de entrada a una venganza física que reservaba solo para ella.

Morgana se dio de bruces contra aquel beso, se encontró moviendo mecánicamente la lengua mientras un cortocircuito se producía en algún lugar remoto de su cerebro, colapsando el fluir de sus pensamientos. Aquella frase. La lengua de David, cálida y abultada, la empujaba a abandonarse a su vaivén, a libar a dúo de la suculenta savia. Pero aquella frase. Esa lengua que ahora dibujaba ochos en su oreja, conectando con sus ramificaciones más

profundas, convulsionándola desde el subsuelo. Morgana se estremeció sonoramente. Aquella frase. Aquella frase volvía de nuevo, como una bolsa de plástico escupida por el mar, no lograba deshacerse de ella. El aire, los pulmones, la brújula, el camino, todo daba vueltas en su cabeza mientras David rodaba ahora cuello abajo, trazando una línea continua de saliva, mientras su mano tanteaba bajo su falda los puntos cardinales para dirimir hacia dónde dirigirse.

¿Cómo era posible aquella frase?

Cuando acarició su ingle, Morgana no pudo más. Desconectó los cables oportunos de su cerebro y se abandonó al placer en aquel sofá azul de dos plazas imitación cuero, donde los pensamientos fueron engullidos por los gemidos.

Durante los cinco minutos siguientes, se entregó sin límites al magreo hasta que recordó la cereza, y estiró el brazo para alcanzar su bolso, sin interrumpir la acción. A tientas, palpó el lubricante, lo tomó entre sus temblorosos dedos, pero en el último tramo del recorrido, él la hizo estremecerse con violencia y el frasco se le escapó, desapareciendo de su vista.

Con sorpresa, comprobó que él se dirigía a su centro, sin rodeos.

A su mismísimo centro. Conmovida, rugió bajo su cuerpo, el cuello extendido, el cuerpo abierto de par en par.

Mientras la penetraba sin vocación, con disciplina escolástica, Raúl colocó las manos alrededor del cuello de Morgana, buscando comprobar si eran capaces de abarcar su grueso contorno. Lo eran.

Ella gimió aún más fuerte, entregada sin freno al placer por delante.

Cómo chillaba la condenada. Él probó a apretar un poco más, sin cesar sus rítmicos movimientos de cintura para abajo. Ella bramó aún más. Parecía imposible encontrar algo que herir bajo toda aquella carne. Apretó. Tenía el tacto de la carne de cerdo, la misma carne que colgaba de los ganchos del almacén de su padre, carne prieta, carne dura, carne muerta. El dolor imaginado encendía su deseo, haciendo más consistente su erección. No dejaba de empujar cada vez más violentamente. Ella prácticamente aullaba.

Raúl se halló de pronto sobrevolando un campo antiguo. Pudo oler todos los matices del verde, todas las tardes añejas pasaron en ristra frente a él, una tras otra, y el campo esmeralda se tornó pajizo, y luego castaño, y luego corinto. Apretó. Apretó con toda la fuerza de la que fue capaz, con un afán olvidado, con una sed insaciable, con una prístina excitación, como una última oportunidad de atrapar el tiempo entre sus manos.

No supo cuánto tiempo apretó. Solo cuando se vació dentro de ella, emergió de su aislamiento para escuchar: A veces, a la vida se le escapa una sonrisa. Bombones de la Caja Roja de Nestlé. Y

luego: batidos Puleva. Le va, le va, le va.

Morgana no se movía. Raúl, a su lado en el sofá, vio tres, cuatro, cinco, un número indeterminado de anuncios, la mente más allá de los tubos catódicos, la poesía enlatada embozando su voluntad, impidiéndole cualquier movimiento.

Morgana no se movía.

Cuando terminaron los anuncios, se subió los pantalones como un zombi, y se dirigió a la puerta. En el pasillo, le dio una patada a algo que sonó a cristal. Recogió el frasco y lo guardó en el bolsillo.

Huyó a la calle, abandonando definitivamente a David Durán en aquel sofá junto a la carne muerta y la tele encendida.

Agarrar el destino por el cuello, había dicho Beethoven. El futuro ya no era una mancha de aceite en el horizonte. Por fin, le había alcanzado, manchándolo.

VEINTIOCHO

La noche se desplomaba fuera. Adela pensó que la lavadora hacía demasiado ruido, más del habitual, y eso la angustió. Fue solo un instante, pero la angustia lo ocupó todo, como el agua penetra los conductos de la lavadora, inundando en segundos sus entrañas.

El estómago lleno, el deseo saciado, experimentó un consistente vacío. Tuvo la sensación de despertar por fin del gran sueño, del último sueño, de ser la muñeca más pequeña, la más diminuta matriuska en cuyo interior no cabía otra más.

El colombiano había empezado a perder parte del rostro, la oreja, el ojo izquierdo, media nariz comenzaban a desdibujarse.

Pronto sería solo un espejismo.

Contempló la chaqueta de Raúl sobre el galán de noche. Pensó que el amor bien podría ser eso, la costumbre que deja un vacío.

Una negación más que una afirmación, una resta más que suma.

Tenía dinero, tenía trabajo, podía tenerlo todo, incluido el sexo.

Pero la pena, invisible e inodora, seguía creciendo en algún lugar concreto, crecería y crecería hasta hacerlo saltar todo por los aires.

Se quedó mirando fijamente aquel hueco que no dejaba de crecer bajo la chaqueta.

Raúl caminó sin rumbo por las calles desiertas de la madrugada, empujado por la dulce brisa nocturna, que se confundía con su aliento. Cansado de vagar, se sentó en un banco del parque, frente a una estatua ecuestre que pertenecía a otra época, a un mundo más pausado, en el que hasta las cagadas de palomas tenían otra textura. Allí sentado, dejó que la madrugada le fuera cayendo

encima, cubriéndolo lentamente. Qué paz. De noche, la piedra, los árboles, las farolas susurraban sus secretos a quien quisiera oírlos.

De noche podía escucharse el gran latido.

Por fin estaba preparado para la despedida.

Lamido por el aire salado y húmedo de la noche, se quedó dormido, de cuatro y diez a seis y veintidós de la mañana, sentado en aquel banco, con una pierna flexionada en ángulo recto sobre la otra, como si esperara a alguien. Lo despertaron unos ronquidos y un fuerte olor a vino. Supo exactamente dónde estaba, pero no de dónde procedían los efectos especiales. Miró al vagabundo que dormía a su lado, la barba verdosa, las mejillas encarnadas de borracho. Observó cómo el aire hinchaba y deshinchaba la raída chaqueta del apestoso ángel caído.

En cuanto aprehendió la cadencia exacta de ese ronquido, abandonó aquel banco, con su barba nueva, su traje arrugado, y la sensación de que dejaba allí una vieja piel. Con la sospecha de que era él quien quedaba y el misterioso ángel apestoso el que marchaba a proseguir su vida.

Definitivamente, ya no existía el miedo.

Se encaminó a la facultad. Tomó un café en el bar de la esquina.

Leyó el periódico y pasó por alto el horóscopo.

Ya en su despacho, una chica gordita le preguntó sobre el examen. Tenía una duda acerca de los parnasianos. También tenía granos en la cara, el sebo manaba a borbotones desde su interior y se extendía por su pelo, su cutis, hasta sus pupilas parecían estar recubiertas por una película grasa. Le conmovió toda esa grasa.

—¿Las preguntas del examen consistirán en comparar dos corrientes o más bien en relacionar a un autor con un movimiento, como por

ejemplo Verlaine y el simbolismo?

—Sí, de hecho, esa será una de las preguntas del examen: Verlaine o el evangelio del simbolismo.

La chica lo miró con recelo.

—¿Entonces, no pedirá que analicemos algún fragmento de algún autor?

—¿Por ejemplo…?

—No sé… ¿ *La educación sentimental* de Flaubert?

—Sí. Esa será la segunda.

La chica, confusa, lo observó atentamente. Raúl permanecía completamente serio, sin espacio en su rostro para la ironía.

La alumna hizo acopio de toda la valentía a su alcance y dejó resbalar por la grasa una nueva pregunta.

—¿La novela experimental de Zola?

—Tercera y última pregunta.

La chica sonrió abiertamente, con todos los granos. Tenía unos preciosos *bracketts* adornando sus dientes.

El secretario se veía tan pequeño cuando Raúl pasó por su lado que le dedicó un altisonante «Buenos días».

El auténtico David Durán y sus auténticos rizos cruzaron la cafetería con una bandeja de menú en las manos, cabalgando como un lumínico efebo sobre un blanco corcel. Qué guapo era, tan inocente, tan inofensivo.

Apenas comió. A las cinco, se encaminó hacia casa, dispuesto para la despedida, no como una forma de huida, sino como una forma de quedar para siempre, de preservar la memoria, de mantener el recuerdo inmaculado. Dispuesto a fosilizar el vacío con su forma precisa, con su peso exacto: setenta y dos kilos, más veintiún gramos de alma. «Alejarme tan solo fue el modo de quedar para siempre», dijo Valente. ¿Habría dormido Valente alguna noche en un banco del parque?

La luz de la tarde entraba mansamente en el salón. La anestesia

continuaba haciendo efecto dentro de él. Yo es otro seguía gozando de sentido.

Adela lo llamó, pronunció su nombre estirando del bucle de la ele para enrollarlo en forma de interrogante y luego soltarlo con delicadeza.

—¿Raúl?, ¿eres tú?

Se abstuvo de contestar la difícil pregunta. Solo acudió a su encuentro y se miraron, se miraron, se miraron como dos refugiados

de guerra en un campo miserable y polvoriento. Qué reales eran.

Qué reales eran sus vidas. Los objetos eran irreales, su chaqueta, su peinado, las cortinas de hilo, la figura del trompetista sobre el aparador, la foto del viaje a Egipto, los quicios de las puertas, todo irreal, pero ellos, bajo la ropa, bajo la piel, eran extraordinariamente reales.

—He venido para irme —dijo Raúl. Y en su cabeza comenzó a sonar *Je suis venu te dire que je m'en vais*, mientras Gainsbourg iniciaba un chulesco y pausado desfile por el salón, custodiado por la mirada de hermosísimas y hieráticas mujeres, de decenas de Adelas, jóvenes y bellas.

Adela permanecía de pie, en el centro de la sala.

—¿Irte?, ¿adónde? —dijo.

La luz de la mesita auxiliar era acogedora, como un fuego ancestral siempre encendido, una eterna llama roja y azul.

—No lo sé.

—Ven.

Adela lo tomó de la mano y lo guio hasta el sofá. No quedaba en ella ni rastro de aquella bilis, del acíbar destilado durante meses. En su lugar, unas ascuas que no eran exactamente pena. El amor no es el final del camino, había dicho Morgana. El amor es la brújula, pensó Raúl. Es el aire, pero no los pulmones, pensó Adela. Cada uno sentía firmes los límites de su cuerpo, como conjuntos cerrados, imposibles de derramarse, de perder su forma.

Y entonces ella alzó el brazo derecho para acariciar su mejilla y él se

derrumbó, como un árbol mordisqueado por la base. Se desplomó sobre su regazo, rígido, con silencioso estrépito.

Adela acarició esa cabeza recostada sobre su falda. Y solo entonces se dio cuenta de que se había vuelto completamente gris.

—Tu pelo está completamente gris.

Pero Raúl ya no podía oírla. Había cerrado los ojos. Qué importaba lo que sucediera después, que importaba que el tiempo fuera breve si había sido recobrado.

—Voy a dejar a mi mujer —dijo el encargado.

Celia no dijo nada. Cerró por unos segundos los párpados que le pesaban como si fueran de elefante viejo. Quiso decir:

—Yo soy el camino equivocado, una brújula sin norte.

Otra odiosa frase hecha, pensó. Todo se pega. Pero no dijo nada.

—Lo tengo decidido.

Él conducía en paralelo y a toda velocidad, siguiendo la línea continua de su propio discurso. Ella permanecía en la vía muerta, siempre en el mismo kilómetro.

—Una brújula sin norte, además de una asesina —musitó Celia.

—¿Qué?

El encargado se hurgó someramente la nariz mientras trataba de decodificar las últimas palabras de Celia mediante la repetición interna. Aunque en primer plano en su mente, debatía la idea de si sería mejor pillar un piso en la zona de Celia, por la que directamente se accedía a la carretera del polígono, o por su barrio de siempre.

—Nada —contestó Celia.

Y envidió la simpleza de ese dedo, de esa nariz, la ingenuidad de creer que sus decisiones podían variar el curso de los acontecimientos. La mujer del encargado no le producía ninguna clase de culpabilidad porque no existía, era un concepto abstracto, virtual, como un pixel o un bit.

Retornó a aquella sala del hospital, a aquella máquina de refrescos, con la publicidad de Font Vella estampada en el frente. Y

ya no era verdad que no hubiera pensado en nada durante la larga espera. No era cierto que hubiera existido un vacío temporal que la hubiera engullido mientras el cuerpo agónico de Tino permanecía tendido sobre una camilla, manipulado por varios pares de manos

enguantadas. Lo pensó todo entonces, lo vio todo justo antes de huir.

Cerró los ojos e imaginó la nada como el lugar más agradable, la nada blanca como el algodón, o negra como el espacio interestelar.

El lugar donde Pizarnik, donde Plath, donde Tsvetáieva.

El encargado seguía hablando de ventajas, de desventajas, de minutos por carretera, de metros cuadrados. Deseó que se fuera, estar sola y pensar en un plan para desaparecer.

Cuando Morgana despertó, la mujer de la lámina de Modigliani la miraba fijamente, con un rastro de oleosa ironía en el rostro, interrogándola sobre su presencia en aquella estancia. Se asustó.

Era manifiestamente de día, la luz entraba a raudales por las ventanas sin cortinas. No recordaba qué había sucedido. Le dolía la cabeza, tenía el cuerpo entumecido. Llamó a David.

—David.

Su voz cascada la sorprendió. Le dolía la garganta. Carraspeó y volvió a llamar a David, sin obtener respuesta. ¿Tan tarde era? Lo buscó por el pequeño piso. Ni una nota, nada. La tele seguía encendida, en un programa de call tv en el que había que tratar de adivinar la palabra sumergida en la sopa de letras. Una burda estafa. Las tetas de la presentadora dañaban directamente la retina.

Cómo odiaba esos programas. Apagó la tele, se vistió, se lavó la cara, se peinó, recorrió el piso por última vez y se marchó, cerrando la puerta con suavidad. Le dolía la garganta.

Ya en casa, mientras trataba de colocar unas mantas en el último estante del armario de Nicolás, se le rompía una de sus espectaculares y cuidadas uñas. Se partía con un ruido seco, de crujir de huesos.

—Mierda —exclamó.

Y fue como un negro presagio, como un clic fatal. Miró sus manos, y esa uña quebrada que desentonaba grotescamente.

Esperaba que nadie hubiera notado su ausencia la noche

anterior. El espejo encima de la cómoda le descubrió unos pequeños cardenales que comenzaban a marcarse alrededor de su cuello, unas huellas rojizas, desiguales, sobre la nívea piel. Los juegos de David iban cada vez más lejos, ¿por qué siempre tenía que haber una mosca en la sopa?, se lamentó. Y deseó ser vulgar, no ser sofisticada por una vez en su vida.

Una vez guardadas las mantas, se dispuso a hacer lo propio con la ropa de Nicolás. Se encaramó a la cama de su hijo para acceder al altillo, y con dificultad, corrió una de las cajas para hacer sitio. Un objeto se precipitó sobre ella, golpeándole la cabeza.

—Mierda —volvió a exclamar en la soledad de la leonera.

Abierto sobre el suelo, el proyectil: un cuaderno de tapas duras, escrito con garrapiñada letra adolescente, donde pudo leer: «Hoy la gorda ha salido a cenar con su chulo. Cree que soy idiota, que me engaña, que no huele a sexo a varios kilómetros de distancia».

Y en una página posterior: «Hoy es mi cumpleaños. He ido con los colegas a ver la última de Miyazaki. La gorda me ha regalado una cadena para el cuello, la muy perra cree que el perro soy yo. La odio, la odio como un perro rabioso».

VEINTINUEVE

Raúl despertó aquella mañana con una dulce pasta espesando su boca. Dudó si aquel encuentro al alba había sido un sueño, pero el frasco de lubricante sobre la mesilla de noche le confirió visos de realidad.

Se sentía cansado pero feliz tras haber completado el círculo, aun a pesar de haber amanecido exactamente en el punto de partida. La luz perpendicular que caía a plomo era sin embargo distinta hoy, más salvaje, más auténtica.

Estaba dispuesto a compartir el escaso tiempo de libertad que le quedaba con Adela, dispuesto a ocupar el lugar que ocupó ese tal Raúl. A usar sus trajes, a lavarse los dientes con su cepillo, a hablar con su voz, a colarse estremecido por la dulce hendidura de su mujer, hasta que vinieran a por él.

Al salir de la cama, su cuerpo dibujó en el colchón el hueco exacto del anterior inquilino. Disfrutó a pequeños sorbos de ese nuevo tiempo venidero, más rápido y pausado, mientras tomaba el café que ella

había dejado preparado. El sol se derramaba como una lana sobre la mesa de la cocina, desprendiendo sus finas hebras al trasluz.

Je seguía siendo un *autre*. Pero ese un *autre* era como un hijo pródigo, recobrado.

El destino ya estaba echado. El amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón. Solo quedaba que vinieran a por él, un final que a lo lejos ponía límites, dotando de sentido el presente.

«Afortunado es el hombre que tiene tiempo para esperar», dijo Calderón de la Barca.

Él esperó.

Adela echaba de menos la compañía de Celia mientras tomaba café, sola, la luz ambarina, propia del inminente verano, penetrando tamizada por las altas cristaleras, la huella de Raúl aún fresca en el cuerpo, tras su encuentro con gel lubricante. No preguntó, no quiso saber. Le olían las manos a cereza y a sexo.

¿Dónde estaba Celia? Llevaba días sin ir a trabajar.

El encargado tenía la mirada triste, perdida. Adela se imaginó subida a una de aquellas enormes máquinas, la bata levantada y el hombre de bata blanca ocupándola desde atrás. Y de pronto, como si sus pensamientos fueran sonoros, él la miró fijamente, casi traspasándola, con la mirada profunda del hombre inteligente que jamás fue. La sensual melancolía de aquel rostro la sobrecogió.

Leyó en ella que Celia no iba a volver.

Celia despertó y vio su nuca, la nuca de Tino a escasos centímetros de ella. En ese breve espacio entre el sueño y la realidad, quiso alcanzar el cuello, tocarlo. Pero no podía moverse. Él no se dio la vuelta. Ella quiso pedirle perdón, implorar su perdón.

Pero él tenía cosas más importantes de que hablarle. De contabilidad. Del debe y el haber que, le explicó, siempre suman lo mismo. En uno de los libros, había orgasmos, había dolor, había alegría, había aburrimiento, había remordimientos, a dos columnas, cada cosa en su columna correspondiente. Todo lo que entra en él debe, todo lo que sale en el haber. En el otro libro, nada. A dos columnas también. Dos columnas vacías. Las cuentas cuadradas, en los dos libros. ¿Lo entiendes? Sí, aseguró Celia. ¿Pero lo entiendes?, casi chilló.

Cuando despertó, el encargado ya no estaba.

Recogió despacio sus pertenencias, hizo una pila con sus camisetas, sus vaqueros, sus bragas y sus calcetines. Luego fue al baño e hizo lo propio con los tarros, las cremas, los jabones, el

cepillo y la pasta de dientes. Cuando le llegó el turno a los libros, dudó. Decidió dejarlos todos menos uno: *Madame* Bovary, pensando que tal vez le hiciera falta para los exámenes de septiembre.

Raúl, en pijama, resolvió que no iría a la facultad, no tenía clases que impartir y ningún trabajo urgente reclamaba su presencia.

Encendió la tele y vio unos cuantos anuncios en un barrido diagonal.

Casi de forma instintiva, su dedo buscó el canal de videncia. Allí estaba Morgana, viva, semoviente, hablándole a la cámara, con un discreto collar de perlas ensangrentadas alrededor de su cuello. En sus ojos negros flotaba una profunda tristeza. Sobre su rostro, sobrevolaba la bella mariposa de la dignidad, surgida del gusano de la humillación. Por primera vez la encontró hermosa.

Y recordó aquel poema de Goytisolo: *si todo vuelve a comenzar*…

¿Dónde andaría aquel libro? Con el sonido de la tele encendida, decidió dedicar el resto de la mañana a poner en orden su biblioteca. Dudó si hacerlo por autor, por género o por editorial.

BÁRBARA BLASCO GRAU (Valencia, 1973). Estudió Dirección cinematográfica en el CECC (Centre d'estudis cinematogràfics de Catalunya) y guion en la escuela de cine de San Antonio de los Baños en Cuba, y en la UIMP, en la escuela de guionistas Luis García Berlanga. Licenciada en periodismo, con premio extraordinario fin de carrera. Ha trabajado en diversos medios locales de Valencia y en el gabinete de prensa de la Bienal.

Coautora de diversos libros: *Un cuento para cada problema* de Babia ediciones, *Mujeres* de Premio editado por la Consellería de Bienestar social, *Con niños por los parques naturales valencianos* para la Consellería de Territorio y Medio Ambiente, o *Voces de experiencia* para la Concejalía de Bienestar Social del Ayuntamiento de Valencia. Ayudante de mago, bailarina de *cabaret*, camarera, teleoperadora, actriz secundaria, periodista… ha desempeñado multitud de oficios, todos ellos absurdamente productivos hasta desembocar en el maravilloso e improductivo mundo de la literatura, laberinto del que no consigue salir. *Suerte* es su primera novela.

Document Outline

- Suerte
  - Uno
  - Dos
  - Tres
  - Cuatro
  - Cinco
  - Seis
  - Siete
  - Ocho
  - Nueve
  - Diez
  - Once
  - Doce
  - Trece
  - Catorce
  - Quince
  - Dieciséis
  - Diecisiete
  - Dieciocho
  - Diecinueve
  - Veinte
  - Veintiuno
  - Veintidós
  - Veintitrés
  - Veinticuatro
  - Veinticinco
  - Veintiséis
  - Veintisiete
  - Veintiocho
  - Veintinueve
- Autora